MAR ÁLVAREZ



No te enamores en el Caribe





No te enamores en el Caribe

Mar Álvarez



Copyright © 2025 Mar Álvarez

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabacion o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de su autora.

Contents

Copyright
así comenzó todo
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
No te enamores en otoño

Books By This Author
About The Author

así comenzó todo

La verdadera amistad tiene el poder de transformar un día gris en uno lleno de luz.

Una reunión con amigas, esas que siempre están cuando más las necesitas, te recuerda que no importa lo que pase, ellas estarán ahí para apoyarte, escuchar y compartir sonrisas que sanan el alma.

Dicho esto, te quiero regalar este brevísimo relato (aunque es posible que ya lo tengas) donde os presento a las cuatro protagonistas que conforman la serie No te enamores en otoño. Espero que os guste y, de nuevo, muchas gracias por estar ahí.





Prólogo

La traición de París

MARA

La lluvia tamborilea contra los cristales del pequeño café parisino que hay cerca del hotel en el que, hasta ahora, me he estado hospedando. A pesar de que he querido correr, huir, mis piernas no han dado más que para recorrer los pocos metros que separan ese lugar infernal de este en el que estoy ahora mismo sentada. Y no es por la lluvia, no. Sino por el aire que falta de mis pulmones.

Apenas puedo respirar, pero lo hago, aunque supongo que será por puro instinto de supervivencia.

Cuando ha venido el camarero y ha notado mi estado de agitación, me ha preguntado si me encontraba bien. Y mi única respuesta ha sido que me trajera una copa de vino. Y luego, otra. Me da igual si es de las caras o si se trata de matarratas; lo único que quiero es algo que me adormezca la mente y me haga olvidar lo que mis ojos acaban de presenciar.

París debería ser la ciudad del amor, el lugar donde las parejas se miran a los ojos con promesas silenciosas mientras pasean junto al Sena o bajo la luz de la Torre Eiffel. Pero para mí, París ahora es una trampa, una cruel ironía envuelta en luces doradas y adoquines mojados.

Todo comenzó dos días después de nuestra llegada a Francia. Jaime y yo habíamos llegado al aeropuerto llenos de expectativas y risas nerviosas. Aunque llevamos tres años casados, esta es, al fin y al cabo, nuestra *ansiada* luna de miel. Un viaje que habíamos tenido que postergar en varias ocasiones principalmente por cuestiones económicas. Pero, ¿qué más daba esperar si todo cuanto quería lo tenía junto a mí?

No voy a decir que nuestra relación haya sido siempre un camino de rosas. Al año de casados descubrí que la convivencia no era una tarea fácil. Que lo que antes te resultaba *gracioso* de tu compañero de vida, a veces empezaba a no resultar tan divertido. Pero, a pesar de todo, supimos aguantar el tirón.

Después llegaron los silencios entre nosotros, que ya no resultaban tan cómodos como al principio, como si cada uno estuviera en su propio mundo. Pero bueno, no por vivir en pareja te tienes que anular como individuo. Compartíamos la mayoría de nuestros momentos, si bien yo seguía saliendo de vez en cuando con mis amigas, y él hacía tres cuartos de lo mismo con sus amigos.

A eso se le sumó el hecho de que, por aquella época, perdí mi empleo y no encontraba nada relacionado con mi profesión de contable. Jaime me decía que no me viniera abajo, que ya conseguiría algo, y que mientras que a él no le faltara el trabajo, todo estaría bien. Al fin y al cabo, solo tenía veintiséis años por aquel entonces y contaba con una buena experiencia profesional que, sin duda, podría ser una baza a mi favor. Pero estar en el paro después de disfrutar de mi propia independencia económica, no era una situación fácil de digerir.

Quizás por eso él me pidió que organizase nuestra *luna de miel*. Sí, esa que llevábamos aplazando tanto tiempo. Antes no habíamos podido llevarla a cabo debido a que nuestros ahorros no eran nada del otro mundo. Pero ahora que no teníamos más que su sueldo y mi subsidio por desempleo, no es que estuviera muy convencida de que fuera el momento más oportuno.

Sin embargo, él insistió. Quiero suponer que pensó que así tendría algo a lo que dedicarme, en lo que volcarme mientras aparecía la oportunidad de un nuevo empleo. Por lo que me convencí a mí misma de que igual no era tan mala idea y terminé por aceptar, entusiasmada. Organizar nuestro viaje, fue mi *trabajo* durante aquellos últimos seis meses de convivencia.

Le enseñaba lugares que ver, hoteles donde podríamos alojarnos sin que se nos fuera de precios, posibles excursiones que realizar y guías en español dedicados a mostrarnos todo lo que la Ciudad de la Luz tenía para ofrecer…

En definitiva, me empapé de cuanto pude para que nuestra semana en París fuera simplemente perfecta.

A veces, él estaba receptivo… y otras, no.

Sin embargo, yo me ilusioné. Y volví a creer en el *nosotros*. En recuperar lo que quizás habíamos perdido en nuestro día a día. Porque yo lo amaba con locura. Y el a mí, también. A buen seguro, el poder salir un poco de la rutina nos vendría genial a los dos.

«Será perfecto», le había dicho una y otra vez, convencida de que las promesas de amor eterno no eran solo palabras huecas.

Pero la perfección tiene maneras extrañas de quebrarse.

La primera señal fue pequeña, casi imperceptible. Durante el recorrido por Montmartre, noté cómo Jaime parecía especialmente interesado en los comentarios de Rebeca, nuestra guía turística. Según nos contó el día de su presentación, era oriunda de La Rioja y se había trasladado a París hacía poco para perfeccionar su francés mientras enseñaba la ciudad a grupos de españoles.

Se trataba de una chica joven, vibrante, simpática y una risa que llenaba los espacios entre las palabras… Algo que no pasó desapercibido para Jaime.

«Es solo un poco de entusiasmo», pensé, reprimiendo el leve pinchazo de incomodidad que me embargó al ver cómo mi marido se inclinaba hacia Rebeca para escucharla mejor cada vez que ella hablaba. De hecho, me pareció hasta ridículo pensar mal de él. Al fin y al cabo, era nuestra *deseada* luna de miel…

El segundo aviso fue menos sutil. Durante una cena en un bistró, salí un momento para responder una llamada de mi madre. Al volver, encontré a Jaime y Rebeca sentados juntos, riendo a carcajadas. Demasiado cómodos, demasiado cercanos. Cuando les pregunté qué era aquello tan gracioso, él le restó importancia al asunto con un gesto despreocupado.

—Solo una tontería—, dijo, pero evitó sostenerme la mirada. Ella se levantó y se alejó para dirigirse hacia otra pareja que formaba nuestro grupo.

¿Por qué habría de pensar mal? Al fin y al cabo, era nuestra *esperada* luna de miel…

Sin embargo, el tercer golpe llegó como una bofetada, rápido e inevitable. La tarde siguiente, estaba prevista una visita libre por el Louvre. La agencia que teníamos contratada nos había dejado en la puerta del museo, nos había dado las entradas, y a fin de que pudiéramos recrearnos a nuestro antojo y a nuestro ritmo, se acordó que nos recogería varias horas después en el mismo lugar donde nos había dejado el autobús.

—Cariño, no me encuentro demasiado bien —me comentó Jaime cuando estábamos a punto de entrar.

—¿Qué te pasa? —le pregunté. Lo cierto es que no tenía muy buen aspecto.

—Supongo que estoy cansado. Llevamos un tute que no veas y no me apetece quedarme horas viendo cuadros, la verdad… Además, me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres que volvamos al hotel? Se lo podemos comentar a la pareja de Zaragoza para que cuando los recoja el autobús, les digan que no nos esperen.

—No, no, mi amor… —Jaime movió la cabeza de lado a lado con energía, a pesar de que me acababa de asegurar que le dolía—. Sé la ilusión que te hacía venir al Louvre. Quédate tú.

—Pero si no estás bien, yo no lo disfrutaré igual. Y si te vas solo, no me quedaré tranquila, mi vida.

—No es nada, mujer. Solo me hace falta bajar un poco el ritmo por hoy y descansar. Me tomaré un ibuprofeno nada más llegar al hotel y me echaré a dormir un rato. Creo que lo que necesito es recuperar el sueño perdido. Y no vas a quedarte ahí mirándome como duermo mientras te pierdes la visita. No tiene sentido que lo hagas.

—Pero…

—Anda, hazlo por mí. Me sentiría peor aún si supiera que no vas a la visita por mi culpa.

Aun reticente, pero confiada, le di un beso rápido antes de marcharme con el resto del grupo. No sin antes asegurarme de que, si se ponía peor, me llamaría para ir de inmediato junto a él.

—Te lo prometo. Ahora, ve.

No disfruté el museo. De vez en cuando miraba el móvil pensando en él, en cómo se encontraría, si le había dado una de sus migrañas que lo dejaban hecho un trapo o si, como había asegurado, no era más que un simple dolor de cabeza por el cansancio.

Así que, al final, decidí regresar por mi cuenta. Él era más importante que un montón de obras de arte y, la verdad, ya habría tiempo de volver al museo en cualquier otra ocasión. Si no en este viaje, pues en otro.

Al abrir la puerta de nuestra habitación, los encontré. No hubo tiempo para procesar, para dudar o engañarme a mí misma. Allí estaba Jaime, mi esposo, en *nuestra* cama, con Rebeca. Las sábanas revueltas y las risas ahogadas llenaban el aire, hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

El mundo se detuvo. En ese instante, quedé paralizada. No grité. No lloré (al menos en ese momento, porque después llegaron millones de lágrimas). Sólo permanecí inmóvil en la puerta, con las manos temblando mientras mi mente trataba de comprender cómo había llegado a esta situación. Al fin y al cabo, ¡era nuestra *jodida* luna de miel!

—Mara… —fue todo lo que Jaime pudo decir mientras Rebeca se cubría con las sábanas, buscando una salida rápida de la escena.

Pero yo no quería explicaciones. No quería gritos ni confrontaciones. Solo quería desaparecer.

Me di media vuelta para marcharme de allí. Lo oía gritar mi nombre en la distancia, pero por nada del mundo quería volver a hablar con él.

Una vez en la calle, me refugié en el café que había al otro lado de la acera.

Y aquí sigo. Desde mi posición, lo veo salir del hotel y mirar a un lado y a otro de la calle con el rostro desencajado. Me encojo en mi asiento, como si con eso pudiera evitar que él me descubra. Finalmente, echa a correr como un loco hacia una dirección cualquiera hasta que lo pierdo de vista.

Cinco minutos después, sale ella.

Es en este instante cuando decido lo que voy a hacer.

Entro de nuevo al hotel. Meto con rapidez mis cosas en una de las dos maletas que llevábamos y, al terminar, cierro la puerta sin mirar atrás. Una hora después, estoy en un taxi camino al aeropuerto Charles de Gaulle, con el corazón roto en mil pedazos, como también lo están mis sueños de estúpida enamorada.

Acurrucada en el asiento trasero y por primera vez en todo el día, siento las lágrimas rodar por mis mejillas.

—Mademoiselle, ça va? —me pregunta el conductor.

No le contesto. No tengo ni fuerzas para hacerlo. Y todavía me queda un largo viaje de regreso.

Mis pensamientos son un torbellino de sentimientos: la humillación, la traición, la sensación de haber sido arrancada de una ilusión cuidadosamente construida. No obstante, entre la confusión y el dolor, una firme determinación comienza a formarse en mi interior.

Nadie volverá a hacerme daño. No volveré a sufrir por ningún otro hombre.

Logro encontrar un vuelo que me lleve de vuelta a casa, aunque eso sí, es a precio de oro.

Me da igual. Yo solo quiero salir de aquí.

En el avión de regreso a España, miro por la ventanilla junto a mi asiento mientras las luces de París se desvanecen en la distancia.

«Nunca más», me prometo a mí misma.

Nunca más permitiré que alguien tenga semejante poder sobre mí. Nunca más me volveré a entregar al amor con tanta ingenuidad.

Si el amor no es un refugio seguro, entonces no lo necesito. Como dice el refrán, *mejor sola que mal acompañada.*

Pero al aterrizar en Madrid, la realidad me golpea con fuerza. El trabajo de Jaime es el único sustento de la unidad familiar. Solo me quedan unos pocos ahorros que tengo guardados desde que la empresa de marroquinería donde trabajaba cerró.

Voy a tener que empezar desde cero. Buscar la manera de mantenerme por mí misma y salir adelante como sea. El trabajo no es que sobre, pero estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, a trabajar de lo que sea necesario, con tal de no tener que depender de nadie. Esa será mi única prioridad.

Todo lo demás queda atrás: mis sueños, mis planes, mi fe en que el amor pueda ser mi ancla.

Por el contrario, en este instante me siento como una mujer a la deriva, tratando de reconducir un barco que navega sin timón en medio de una tormenta.

No será un camino fácil. Pero si algo he aprendido de esta luna de miel arruinada, es que el corazón roto puede convertirse en una verdadera coraza.

Y, a Dios pongo por testigo —como dijo Escarlata O'Hara—, que pienso usarla muy bien.



Capítulo 1

Un billete al Caribe



MARA

14 años después

JOE: *¿Y cómo se te ocurre irte sola?* —me preguntan en el chat *Terapia de Grupo* que tenemos en WhatsApp—. *Sabiendo que tienes aquí a tus amigas del alma a quienes les encantaría acompañarte… Mala persona.*

Sonrío porque sé que no me lo dice en serio. ¡Si a la primera que le cuesta coger quince días de vacaciones seguidos es a ella, la friki del trabajo!

Termino de doblar mi ropa y la meto en la maleta. Todavía me falta por preparar la bolsa de aseo, y me recuerdo que debo meter el bote de producto antiencrespamiento para mi pelo. Con la cabeza de rizos que tengo y la humedad del Caribe, me temo que voy a tener la melena hecha un desastre a todas horas.

Justo en este instante llega otra notificación al móvil que tengo sobre la cama. Vuelvo a mirar la pantalla y compruebo que

esta vez es Mariluz.

M.LUZ: *Y lo dice la obsesa del trabajo que no desconecta ni en verano. Déjala, Joe. Mara, a diferencia de ti, sí que necesita desconectar*. *Bastante tiene con aguantar a todos los clientes pesados que le cuentan su vida cada vez que van a buscar su viaje ideal. Ahora le toca a ella disfrutar.*

JOE: *Eh, eh, que a mí también me gustan las vacaciones. Lo que pasa es que siempre me ponen problemas para cogerlas. Y ya sabes que ahora que hemos vuelto de Francia, mi nuevo compañero y yo estamos más liados que la pata de un romano.*

MLUZ: *¿Eso significa que ya os lleváis mejor?*

JOE: *Bueno, nos soportamos, que no es poco. Tenemos maneras diferente de trabajar, pero le voy cogiendo el gusto a compartir tareas con él.*

MLUZ: *¿El gusto? No puede ser… ¡Me han cambiado a mi amiga! ¡Pero si a ti siempre te ha gustado trabajar sola!*

JOE*: Eso no es verdad. Me gusta trabajar con Víctor.*

M.LUZ*: Claro, tu asistente que te conoce y sabe ya de qué pie cojeas…*

Me dejo caer en la cama junto a la maleta, con el móvil en la mano. Sonrío al ver cómo se han desviado de la conversación, pero no me importa.

Me olvido un instante de lo que estoy haciendo y empiezo a teclear sobre la pequeña pantalla.

MARA: *Hola, chicas. Estaba terminando de preparar la maleta.*

De inmediato, la conversación cambia de tercio.

JOE: *Y que, ¿cómo lo llevas?*

MARA: *Bien, creo que ya lo tengo todo listo. ¿Sabéis? Mariluz tiene razón. Me apetece mucho irme unos días, y esta oferta no la podía dejar pasar. Al fin y al cabo, son quince días, y entre los descuentos de la agencia y la temporada baja, me ha salido tirado de precio.*

No tardo en recibir otra respuesta. Carmen, la más sensata del grupo, añade:

CARMEN: *Haces bien, chiquilla. Pero, eso sí, haz muchas fotos y nos las mandas cuando puedas. Para que nos muramos de envidia.*

JOE: *Sí!! Queremos saber qué tal por esas playas paradisiacas. Aunque primero toca el crucero, no?*

MARA: *Así es. Tal y como llegue a Punta Cana, nos trasladan al puerto y de allí cogemos el crucero que nos llevará por las pequeñas Antillas. Ya sabéis: Santa Lucía, Martinica, San Marteen… Y cuando terminemos, me queda la semana en Playa Bávaro, en el Hotel Palladium.*

JOE*: Chica, tú sí que te lo montas bien. ¡¡Menudo viaje!! Pues ya sabes, si encuentras un guía que merezca la pena, date un homenaje y luego nos lo cuentas.*

Río sin querer. Joe me conoce y sabe que no me gustan las ataduras; con nada, ni con nadie. Bueno, a excepción de ellas, mis amigas (que son para mí un pilar fundamental del cual no me podría desprender), y mi trabajo que, aunque no me guste, es el que me permite vivir.

M.LUZ: *Por cierto, ¿seguro que no quieres quedar antes de irte? Puedo organizar algo rápido en mi casa después de terminar la clase de esta tarde.*

CARMEN: *Por cierto, ¿Qué tal te va el taller? ¿Te está gustando? ¿Es lo que esperabas?*

M.LUZ: *Puff, está súper interesante. Y el profesor no hace más que alabar mi trabajo. Estoy muy emocionada.*

JOE: *Si es que tú lo vales, cielo. Lo que pasa es que cuando te lo decimos nosotras, no nos crees*.

M.LUZ: *Es que vosotras no sois precisamente las personas más objetivas de la tierra, que todo hay que decirlo… Pero bueno, que nos desviamos. Mara, ¿te apuntas a esa despedida express?*

Miro el último mensaje y ladeo la cabeza de lado a lado.

MARA: *Os lo agradezco, chicas, pero mañana tengo que madrugar para coger el tren que va a Madrid, y de allí ir al aeropuerto. Prefiero descansar esta noche que me espera un viaje bastante largo.*

CARMEN*: Sí, es lógico. Porque ya sabes que por muy express que se diga que va a ser la quedada, nos dan las tantas y mañana todas tenemos que trabajar. Ya habrá tiempo para quedar cuando vuelvas y así nos cuentas de primera mano todo lo que has visto.*

M.LUZ: *Pues nada, será para entonces. Disfruta mucho, suertuda. Y no te olvides de dar señales de vida de vez en cuando para hacernos saber que estás bien.*
MARA: *No preocuparos, mis niñas, que lo estaré. De todas maneras, os manaré fotos a cada momento, os lo prometo*.

Me despido del grupo y dejo el móvil sobre la mesita de noche. A pesar de que intento mantenerme ligera y positiva, siento esa familiar presión en el pecho. ¿*Suertuda*?

¿En verdad lo soy?

¿Por qué?

¿Por trabajar en una agencia de viajes que me permite viajar a dónde quiera por mucho menos de lo que pagaría un cliente habitual?

No, suerte sería disfrutar de mi trabajo, no verlo como una cárcel con vistas al exterior.

Cuando me divorcié de Jaime hace catorce años, el mundo se me vino encima. No solo perdí la confianza en el amor, sino también la estabilidad. Él tenía un buen trabajo, yo no. Volver a casa de mis padres, después de tres años de casada, nunca fue una opción. Y no porque no los quiera con locura, sino porque necesitaba mi espacio.

Así que me vi obligada a encontrar algo rápidamente para no depender de nadie, y así acabé siendo comercial en la agencia. No es que sea un mal trabajo, pero siempre siento que estoy vendiendo vacaciones que nunca voy a disfrutar de verdad.

Me levanto de la cama y cierro la maleta con decisión. Tal vez este viaje sea diferente. Seguramente porque no tengo expectativas, no busco nada. Solo quiero desconectar.

Me he levantado cuando apenas rompía el alba y aquí estoy ya, en el tren camino a Madrid. El zumbido constante del *Alvia* es casi relajante mientras contemplo los paisajes que se desdibujan por la ventanilla. A mi lado, una pareja joven susurra y se ríe. Sus manos entrelazadas me hacen apartar la mirada.

«Ya no me afecta», me repito, pero sé que no es del todo cierto.

«El amor es una puta mierda. ¿Quién lo querría en su vida (aparte de Mariluz, que es una romántica empedernida)?»

No me gusta sentirme así. Para evadirme, saco el e-book de la mochila y me pongo a leer; cualquier cosa con tal de no ver a la parejita que tengo al lado.

Y así transcurre el resto del trayecto.

Al llegar al aeropuerto, el bullicio me envuelve. Localizo el mostrador de facturación y me dirijo allí. Antes de entregar la maleta, reviso mi billete. Mientras espero el turno, mi móvil vibra. Es Carmen.

CARMEN: *Espero que tengas un vuelo tranquilo. Y que encuentres alguna aventura caribeña, aunque no sea amorosa.*

Sin duda, mis amigas me conocen. Saben lo que NO quiero.

Suspiro y le contesto:

MARA: *Si encuentro algo, será un buen cóctel y una tumbona. Con eso me doy más que por satisfecha.*

No tarda en responder con un GIF de una copa levantándose en un brindis.

Subo al avión y me acomodo en mi asiento junto a la ventanilla. El piloto anuncia que el trayecto será de nueve horas y media. Me pongo los auriculares y dejo que la música llene mi mente mientras el avión despega.

A medida que ganamos altura, cierro los ojos e intento visualizar los días que me esperan. Islas paradisíacas, playas de arena blanca, aguas de color turquesas, nada de preocupaciones.

Pero en el fondo sé que no es solo eso lo que busco en el Caribe. Es algo más profundo, aunque no quiera admitirlo ni siquiera ante mí misma.

Porque, por mucho que lo niegue, una parte de mí sigue deseando que la historia hubiera sido distinta.



Capítulo 2

Todos a bordo



MARA

El puerto de La Romana hierve de actividad. Algunos cargan maletas pesadas, mientras otros sostienen cámaras colgadas al cuello, listos para captar el inicio de sus vacaciones. La brisa caribeña me envuelve, cálida y salada, como una promesa en la que estoy a punto de dejar atrás el tedio y la rutina.

Entro en mi camarote y respiro hondo. El aire acondicionado ofrece un contraste que agradezco tras el calor pegajoso del puerto. Dejo la maleta junto a la cama y me tiro sobre el colchón sin siquiera quitarme las sandalias. El movimiento suave del barco me provoca una especie de mareo agradable, como si el vaivén me recordara que estoy en un lugar distinto, lejos de todo lo conocido.

Me tomo un momento para procesar la realidad: quince días lejos de casa, de la oficina, de los clientes pesados que llaman exigiendo el *viaje perfecto,* como si yo tuviera el poder de controlar el clima o la calidad de los hoteles. Suspiro y me incorporo lo suficiente hasta quedar apoyada sobre mis codos.

—Esto es lo que necesitas, Mara —me digo en voz baja, tratando de convencerme.

No es que me pese haber venido sola, pero sin duda, van a ser muchos días sin ver una cara conocida.

«Tonta, ya conocerás gente a bordo… En estos cruceros todo el mundo hace muy buenas relaciones. Lo único que espero es que los compañeros de la mesa que me han asignado para las cenas sean agradables».

Busco la tarjeta de embarque y la guardo en el bolsillo interior de mi bolso.

«No la pierdas, Mara», me recuerdo mentalmente. Esta tarjeta es la llave para entrar y salir del barco. Si la extravío, me meteré en un buen lío.

Esta parte del mundo no la tengo demasiado explorada. Es cierto que había venido antes al Caribe, que he visitado lugares como Riviera Maya, Cartagena de Indias o Costa Rica. E incluso ya he estado antes en República Dominicana. Pero sí es la primera vez que me embarco en un crucero por el Caribe para ver otras islas que no están normalmente en el recorrido comercial de estancias semanales. Y la verdad es que me apetece mucho.

Me pongo de pie y me dirijo al balcón del camarote. Ya que podía elegir, no iba a quedarme con uno interior sin vistas a nada. Ya puestos, me decidí a pillar uno exterior con salida a una de las cubiertas, donde pienso aprovechar para ver todas las puestas de sol que me sean posibles.

Al abrir las puertas correderas, una ráfaga de aire cálido me recibe como una bofetada. Me dejo caer sobre la barandilla, permitiendo que el sol acaricie mi rostro. Las vistas son espectaculares: el océano se extiende hasta el horizonte, brillando bajo la luz dorada de la tarde.

Sonrío sin darme cuenta. No recuerdo la última vez que sonreí de manera espontánea, sin que hubiera una razón específica. Quizás esta escapada realmente sea lo que necesito.

De repente, la incertidumbre se filtra entre mis pensamientos. ¿Y si regreso igual de perdida que cuando me fui? Sé que no soy feliz, pero tampoco sé qué hacer para cambiar mi situación. Mi vida

se ha convertido en un compás de espera interminable: un trabajo que no me apasiona, relaciones fugaces que no dejan huella y una sensación constante de vacío.

Miro al horizonte, como si el océano pudiera ofrecerme respuestas. Nada. Solo el sonido de las olas rompiendo suavemente contra el casco del barco.

Mi atención se desvía hacia el muelle. Los pasajeros continúan subiendo a bordo, formando una fila desordenada. Por algún extraño motivo, un hombre capta mi atención. Va vestido como el típico turista caribeño: pantalón corto claro, camisa floreada y un sombrero tipo Panamá que parece sacado de un catálogo de viajes.

Sonrío con ironía; definitivamente ha entendido mal el concepto de elegancia vacacional. Me pregunto si habrá llegado en el mismo vuelo que yo. No lo recuerdo, aunque bien podría haber estado en otra fila o sentado en una sección diferente del avión y por eso, no lo he visto. Porque de haberlo hecho, con esas pintas, no me hubiera pasado desapercibido. Seguro.

En ese momento, el hombre en cuestión levanta la vista hacia el barco, y nuestras miradas se cruzan por un instante. Me sorprende la intensidad de sus ojos, incluso a la distancia. Sonríe de una manera desenfadada y, para rematar la escena, se quita el sombrero y hace un gesto de saludo.

—Ridículo —murmuro para mí, aunque no puedo evitar que una risa suave escape de mis labios.

Es guapo, lo admito, pero no estoy aquí para flirtear con el primer hombre que me sonría. He venido para desconectar, para pensar, para intentar encontrar algo de claridad en este caos que llamo vida.

Haciendo un gesto de negación con la cabeza, vuelvo al interior del camarote, cerrando las puertas del balcón tras de mí. Me siento de nuevo en la cama y dejo que el colchón me abrace. Para mi pesar, mis pensamientos vuelven a deslizarse hacia terrenos pantanosos.

Han pasado catorce años desde mi divorcio, y aunque lo he superado en muchos sentidos, una parte de mí sigue anclada a esa herida. Jaime, mi exmarido, fue mi gran amor, o al menos eso pensé.

Hasta que lo encontré en la cama con otra mujer durante nuestra luna de miel.

La traición dejó una marca profunda en mí, una que no he sabido borrar. Desde entonces, el amor me parece una apuesta demasiado arriesgada, una partida en la que siempre termino perdiendo.

Pero aquí estoy, embarcada en un crucero por el Caribe, buscando algo que ni siquiera sé definir. Tal vez sea esperanza. Tal vez, sea paz.

—Deja de pensar de una maldita vez, Mara. Disfruta y olvida —me reprocho en voz alta.

Acompaño mi decisión con movimientos certeros: me levanto y empiezo a deshacer la maleta. Coloco la ropa en el pequeño armario del camarote, y ordeno los vestidos ligeros, los bikinis y las sandalias. He venido preparada para disfrutar del clima tropical, aunque una parte de mí (mínima, que todo hay que decirlo) a veces dude de que realmente pueda relajarme.

Mientras guardo mis cosas, a mi mente regresa el hombre del sombrero Panamá. Me pregunto quién será, si viaja solo o acompañado. No debería importarme, pero hay algo en su sonrisa que me intriga.

—No empieces, Mara —me reprocho sin comprender por qué he pensado en él.

Me recuerdo por enésima vez que he venido aquí para aclararme, no para distraerme con turistas atractivos. Pero tampoco voy a negarme un buen revolcón si surge la oportunidad con la persona adecuada.

Sonrío ante mi propio pensamiento. Quizás no estoy tan rota como creo.

Con un suspiro, cierro la maleta vacía y la guardo debajo de la cama. Me estiro de nuevo sobre la colcha, dejando que el movimiento del barco me arrulle. Mañana comenzará mi aventura, y estoy decidida a aprovechar cada instante.



Capítulo 3

Encuentros en alta mar



MARA

El salón en donde nos han reunido a todos los pasajeros del crucero está abarrotado de turistas quienes, como yo, esperan impacientes las explicaciones sobre el itinerario previsto. Algunas familias con niños ocupan las primeras filas, mientras que las parejas se sientan con las manos entrelazadas, irradiando emoción por lo que les espera. Me acomodo en una de las sillas del fondo, cruzo las piernas y dejo que mi mente divague mientras observo el ir y venir del personal.

Una mujer uniformada con una impecable chaqueta blanca sube al pequeño escenario situado frente a nosotros. Sonríe de manera profesional mientras ajusta el micrófono.

—Bienvenidos a bordo —anuncia con entusiasmo—. Nos alegra muchísimo que hayan elegido pasar sus vacaciones con nosotros.

Los aplausos resuenan en la sala, y me uno al gesto de forma automática, aunque sin demasiada emoción.

—Como os adelantamos en la nota informativa que les dejamos en cada uno de vuestros camarotes, esta reunión tiene la finalidad de ofrecerles algunas pautas importantes para que disfruten al máximo de esta experiencia —continúa la mujer. Salvo por algún niño que se pone a hacer gorgoritos, se hace el silencio en el auditorio. La mujer asiente, consciente de que ha atraído la atención de los asistentes—. En primer lugar, les informo de que navegaremos principalmente durante las noches para que puedan amanecer cada día en el puerto de destino que corresponda según el itinerario previsto, para que así puedan disponer de toda la jornada para visitarlo.

Eso tiene sentido. Prefiero dormir mientras el barco se desplaza, así me ahorro el mareo de ver el horizonte moviéndose constantemente.

—Además —añade—, tenemos un programa variado de excursiones con guías locales. Estas actividades no están incluidas en el precio del crucero, pero pueden reservarlas directamente en nuestro mostrador de atención al cliente. A la salida de la reunión, encontrará a varios de nuestros tripulantes con los folletos que contienen los servicios que se ofrecen, para que lo estudien, por si fuera de su interés.

Un murmullo recorre la sala. Puedo imaginar a algunas personas calculando mentalmente cuánto dinero extra deberán gastar.

—Un último detalle muy importante: la hora de partida es inamovible. No esperamos a nadie, así que asegúrense de estar de vuelta en el barco a la hora marcada, después de cada visita a tierra. Todos los días encontrarán bajo su puerta información pormenorizada de la isla a visitar durante el día siguiente: hora prevista de desembarco, tiempo previsto, recomendaciones generales y, como les digo, la hora de partida. Por favor, repito que deben tener esta última advertencia muy presente pues no podemos parar la navegación por retrasos indebidos.

Eso arranca algunas risas nerviosas. Nadie quiere ser el pasajero que se queda varado en una isla mirando cómo el barco se aleja en el horizonte.

—¿Y si la excursión se retrasa por algún motivo ajeno a nosotros? —se oye preguntar a alguien por algún punto indeterminado del salón.

—Si se trata de alguna de las excursiones organizadas por nuestro crucero, por supuesto que lo tendríamos en cuenta. En tal caso, no duden de que estaríamos informados en todo momento de cualquier eventualidad que pudiera surgir y tomaríamos las decisiones oportunas en consecuencia. No obstante, como nos consta que hay pasajeros que, una vez llegados a puerto, *contratan* sus excursiones de manera independiente con ciudadanos locales, que todo sea dicho, no siempre son guías oficiales, sino personas que buscan ganarse un dinero extra, ahí no nos hacemos responsables de las demoras que puedan producirse. En este punto, quiero advertirles que, si bien son excursiones más económicas que las que nosotros ofrecemos, en su mayoría carecen de seguro de responsabilidad civil. Por lo que, si algo sucediera, serán ustedes quienes deban correr con las consecuencias que se deriven.

El murmullo aumenta en la sala. Observo desde mi posición retrasada a los pasajeros que deben estar comentando este último consejo. En efecto, mientras buscaba información sobre el viaje, leí sobre isleños particulares con furgonetas que ofrecen enseñar la isla a un módico precio, sin obviar el correspondiente regateo previo de rigor para que no te saquen hasta los ojos. No es mi caso, pero intuyo que sí el de los muchos asistentes que en este momento deben estar debatiéndose sobre qué es mejor hacer.

La charla continúa con información sobre los restaurantes, las actividades a bordo y las medidas de seguridad. Anoto mentalmente los horarios de las cenas y los espectáculos nocturnos, aunque no estoy segura de si me animaré a asistir a muchos eventos.

Cuando finalmente la reunión termina, la mayoría de los pasajeros se dispersa con rapidez. Yo me quedo un poco más, observando cómo el personal recoge algunos folletos del escenario.

—A ver qué tal empieza esto —me digo en voz baja mientras me dirijo hacia la salida.

La primera cena del crucero es un espectáculo en sí misma. Los camareros van y vienen con bandejas llenas de platos cuidadosamente presentados, mientras el sonido de la vajilla y las conversaciones llenan el elegante comedor. Me asignan una mesa grande junto a otros siete pasajeros. Tres parejas y yo, la única solitaria… o eso creo hasta que lo veo.

El hombre de la camisa floreada.

Solo que esta vez no lleva esa prenda estridente, sino una camisa blanca perfectamente planchada y unos pantalones oscuros. Luce impecable, casi irreconocible, pero hay algo en su porte relajado que lo delata.

Cuando el maître nos acomoda en nuestros asientos, el destino o la logística deciden que él y yo nos sentemos juntos. Nos lanzamos una mirada rápida de reconocimiento antes de que ambos esbocemos una sonrisa cortés.

—Hola —dice mientras toma asiento—. Isaac.

—Encantada. Mara —respondo, sin extender la conversación.

—Uy, calo ese acento de inmediato. Tú eres de mi tierra. ¿Sevillana, quizás?

Sonrío y chasqueo la lengua, al que le acompaña un guiño.

—Casi. De Cádiz, aunque vivo en San Fernando.

—¡Genial! Vivimos cerquita.

Genial, ¿por qué? ¿Acaso se cree que una vez que dejemos el crucero tengo intención de seguir viéndole?

Los camareros comienzan a servir el primer plato, una ensalada con frutas tropicales y vinagreta de maracuyá. Isaac observa el plato con curiosidad antes de probar un bocado.

—Delicioso —comenta, dirigiéndose a mí—. ¿No te parece?

—Está bien —contesto, manteniendo mi tono neutral.

Él no parece desanimarse por mi respuesta seca. Se limpia los labios con la servilleta antes de mirarme directamente. El resto de las parejas parecen que están demasiado centradas en las excursiones que tienen previsto realizar, y las están poniendo en común para ver en cuáles coinciden. Las tres parejas son más jóvenes que yo, y bueno, que mi compañero de mesa, así que parece que han hecho piña entre ellas y a nosotros nos han dejado un poco al margen.

—¿Viajas sola? —Isaac interrumpe mis pensamientos con la pregunta.

Lo miro y su mirada me parece traviesa, casi risueña. Quizás su interés solo radique en mostrarse amable, pero como yo desconfío de todos los hombres por naturaleza, me tomo la interrupción como la clásica pregunta que suele ser el preludio de una conversación destinada a derivar en un burdo intento de ligoteo.

—Sí —admito, tratando de no sonar demasiado cortante—. ¿Y tú?

—También solo —responde, y luego añade con una sonrisa—. Aunque parece que ahora somos compañeros de mesa.

Me limito a asentir, decidida a no dar pie a más comentarios. Isaac, sin embargo, no parece dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—¿Primera vez en un crucero? —pregunta.

Bueno, se ve que el hombre tiene ganas de conversar. Y tampoco es cuestión de parecer una borde. Con mantener las distancias, es suficiente.

—Así es, ¿y tú? —pregunto, más por educación que por verdadero interés.

—La tercera —revela con tono desenfadado—, aunque esta es la primera vez que lo hago por el Caribe. Me gusta desconectar y dejarme llevar por el itinerario.

«¿Y siempre viajas solo?», estoy a punto de preguntar. Pero me muerdo la lengua a tiempo, para no darle carrete.

—¿A qué te dedicas? —vuelve a dirigirse a mí, genuinamente interesado.

Supongo que está tratando de resultar amigable, pero las barreras que yo sola levanto a mi alrededor cuando un hombre guapo parece mostrar interés en mí, empiezan a asomar. Porque este, con sus ojos castaño claro y su pelo cobrizo, no está nada mal. Además, a pesar de que su sonrisa es bonita, reconozco que lo que más me agrada es su timbre de voz. Grave, sereno, profundo.

—Trabajo en una agencia de viajes —respondo, no del todo relajada—. Así que supongo que era cuestión de tiempo que tarde o temprano terminara en un crucero como este.

Isaac sonríe, lo que hace reafirmarme en que tiene una sonrisa muy atractiva, de esas que parecen iluminarle el rostro. Pero no estoy aquí para dejarme seducir por sonrisas bonitas, por muy sinceras que parezcan.

—¿Y tú? —le pregunto por cortesía.

—Digamos que soy profesor —afirma con una mueca—. Pero tengo la facilidad de trabajar en cualquier parte, así que puedo disponer de mi tiempo como quiera. Además, como yo mismo me gestiono el horario, soy el único que decide cuando me tomo unas vacaciones.

—Vaya, eso suena muy bien —murmuro. Más quisiera yo tener un trabajo así, pero no es el caso. Me veo atada a unos horarios muy estrictos, y aunque tengo la posibilidad de viajar por cuatro perras, la disponibilidad de mis días de vacaciones deja mucho que desear.

El resto de la cena transcurre en un equilibrio extraño. Las parejas conversan entre sí, y nosotros dos mantenemos un diálogo intermitente. Isaac es educado y curioso, pero yo sigo manteniendo las distancias con él. No estoy dispuesta a dejarme seducir por el encanto de un desconocido, por muy interesante y atractivo que sea o parezca.

Al llegar el postre, un exquisito mousse de chocolate, Isaac hace un comentario que me toma por sorpresa.

—¿Has ido esta tarde a la sesión informativa?

—Ajá —me limito a contestar antes de meterme una cucharada del delicioso pastel en la boca.

—Pues no te he visto por allí.

—Ni que me hubieras buscado…

—Lo hice —admite, con toda la naturalidad del mundo.

No puedo evitar mirarlo de hito en hito.

—¿Disculpa? ¿Cómo va a ser, si no me conoces?

Él se limpia la comisura de los labios con la servilleta antes de contestar.

—Claro que sí. ¿Acaso no te acuerdas de que nos habíamos visto antes cuando yo embarcaba y tú estabas en el balcón?

Así que me ha reconocido. Y si yo arqueo la ceja con asombro, él me devuelve el gesto con curiosidad.

Sí, está claro que nos hemos llamado mutuamente la atención.

Como prefiero no contestar, él cambia el rumbo de la conversación, como si nada hubiera pasado.

—Y, bueno, ¿has contratado alguna de las excursiones? Espero que coincidamos más veces durante el crucero, además de en las cenas, claro está.

Definitivamente, este tío me está entrando. No lo disimula ni un poquito.

—Quizás —respondo, tratando de sonar indiferente, y sin aclararle las excursiones que tengo intención de realizar, y que ya tengo contratadas desde origen.

Giro la cabeza para mirarlo de frente, y tengo la sensación de que hay algo en su expresión que me inquieta. Hay una intensidad tranquila en sus ojos que me hace sentir vulnerable, y no me gusta.

La vulnerabilidad no existe en mí. No es APTA para mí.

Mientras los camareros retiran los platos, me prometo a mí misma no bajar la guardia.

«Este viaje es para aclarar mi mente, no para distraerme con hombres encantadores.»

Sin embargo, parece que no va a ser sencillo porque, mientras nos levantamos de la mesa y nos dirigimos a la salida del comedor, Isaac camina a mi lado. No me siento cómoda, pero de momento, solo de momento, no voy a actuar como una estúpida antipática para decirle que eche para allá tres metros.

—Hay espectáculo ahora a las once en el auditorio. ¿Te apetece que vayamos? —me sugiere.

—¿Juntos? —pregunto, sorprendida.

Mi respuesta debe haberle causado gracia, porque se le escapa una risa traviesa.

—Bueno, si quieres ir por tu cuenta, nos vemos directamente allí.

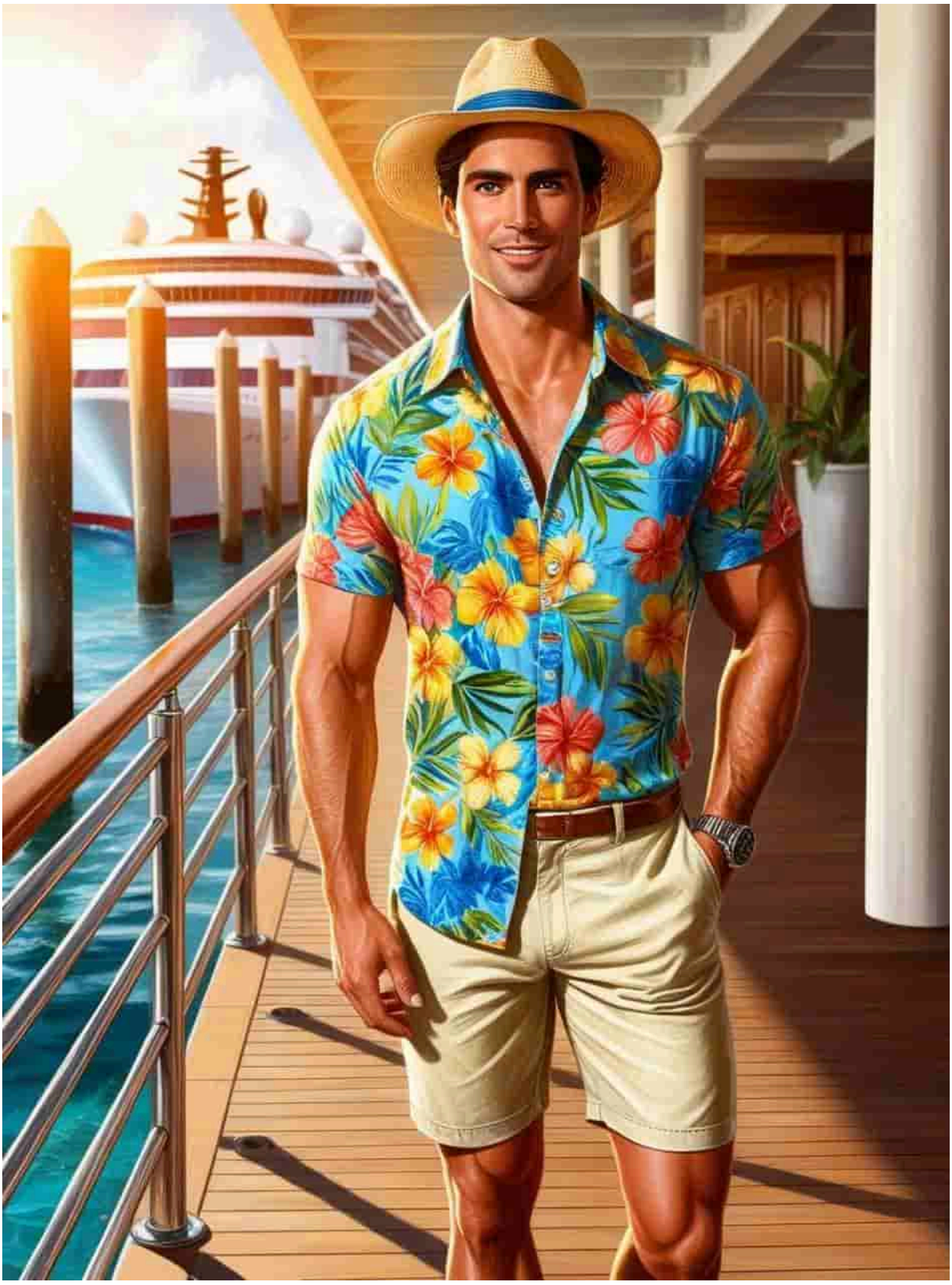
¿Y por qué se cree que yo tengo ganas de ir acompañada? ¿Acaso a este *lumbreras* no le ha dado por pensar que si vengo sola es por algo?

—No sé si iré, la verdad. El vuelo ha sido largo e igual esta noche me la tomo de descanso.

—Ohhh —se lleva la mano al pecho con exagerada desilusión —, es una pena. Bueno, pues si cambias de opinión, por allí estaré esperándote.

—Claro, lo tendré en cuenta…

Pues si lo que espera es verme, más le vale que lo haga sentado…



Capítulo 4

Cansancio mal disimulado



ISAAC

El espectáculo está por comenzar, y el auditorio ya está casi lleno. El ambiente está cargado de energía; las luces se atenúan poco a poco mientras el murmullo de la gente se disipa. Me acomodo en una de las butacas centrales, solo, con el programa del show entre las manos. Un número de baile, algo de magia y una banda que promete música caribeña para cerrar la velada. Pero, para ser sincero, mi atención está lejos del escenario.

Me descubro mirando una y otra vez hacia las puertas que dan acceso al gran salón, como a las butacas que me rodean.

Soy consciente de que la estoy buscando.

Mara.

No esperaba verla sentada en mi misma mesa, pero no negaré que me alegré cuando la reconocí: la chica con la que crucé miradas esa mañana en el puerto mientras subía a bordo. Me llamó la atención incluso a la distancia, con su cabello oscuro rizado que parecía tener vida propia, agitado por la brisa del muelle.

Ahora que la he visto de cerca, confirmo lo que mi intuición ya me decía: es preciosa. Morena, con unos ojos castaños que, en ciertos ángulos, emiten destellos verdosos bajo la luz, y un cuerpo menudo que parece desafiar el espacio a su alrededor.

Es curioso que una mujer como ella esté aquí sola. Aunque, bueno, yo también lo estoy. Quizá las historias detrás de nuestras soledades sean parecidas.

Durante la reunión informativa de esta tarde la busqué con la mirada, sin éxito. Pensé que quizá no había asistido, pero el salón estaba atiborrado de gente, y siendo ella tan menuda, tal vez simplemente no la vi. Sin embargo, el destino quiso sentarnos en la misma mesa en el restaurante. Y teniendo en cuenta que los asientos asignados permanecerán inalterables durante toda la travesía, me alegra saber que al menos, durante la hora u hora y media que dure el servicio de cena, la tendré junto a mí.

Admito que me ha dejado intrigado desde el primer momento, incluso cuando con su actitud distante me ha dejado claro que no está interesada en socializar demasiado. Aun así, no pude evitar probar suerte invitándola al espectáculo. Su negativa ha sido educada, pero contundente.

«Estoy cansada», me puso como excusa. Supongo que debí tomarlo como un cierre definitivo, pero aquí estoy, pensando en ella mientras el show comienza.

El espectáculo es vibrante y colorido, pero no logra captar toda mi atención. Cuando por fin termina, el público aplaude con entusiasmo. Me uno a ellos, pero mientras veo cómo familias y parejas van abandonando el auditorio con parsimonia, a mí no me apetece en absoluto retirarme aun a mi camarote. No me tienta para nada el encerrarme entre esas cuatro paredes.

Así que, a pesar de la hora, deambulo por los pasillos del barco hasta llegar al bar principal. La música *chill out* suave y el murmullo de las conversaciones llenan el espacio. Como el ambiente es agradable, me acerco a la barra dispuesto a pedir alguna bebida antes de retirarme definitivamente. Algo suave y sin alcohol, que no quiero levantarme al día siguiente con dolor de cabeza y perderme la primera de las excursiones del recorrido a causa de una resaca.

Pido zumo de piña a la camarera que se me acerca solícita y me giro hacia la sala mientras espero que me lo sirvan.

Y entonces la veo.

Mara está sentada sola en el otro extremo de la barra, con una copa en la mano, comiendo de un recipiente con frutos secos.

Una sonrisa aflora a mis labios. Así que se iba a retirar a descansar, ¿eh?

Cuando me entregan mi consumición, decido acercarme a ella, despacio, sin prisas, y cuando estoy a su lado, me apoyo con ligereza sobre la encimera, dejando que mi voz salga con un tono relajado.

—Pensaba que estabas cansada y que te ibas a acostar.

El respingo que acaba de dar revela que la he asustado. Levanta la vista, sorprendida al principio, pero pronto sus labios se curvan en una sonrisa fresca, casi desafiante.

—Ya, yo también lo creía —responde, dando un pequeño sorbo a su bebida—, pero parece que necesitaba algo más antes de dormir.

—¿Y qué has pedido? —pregunto señalando su copa.

—Un San Francisco. ¿Y tú?

—Zumo de piña. Ya veo que estamos hechos unos viciosos los dos, ¿no?

Mara se ríe, y el sonido me sorprende por lo genuino que es. La tensión que había percibido en ella durante la cena parece haberse disipado un poco.

—Sí, de primera… —me responde con ironía—. ¿Qué tal ha estado el espectáculo? ¿Te ha gustado? —pregunta, girándose ligeramente hacia mí.

Frunzo los labios antes de dar mi parecer.

—Entretenido, pero me gustó más la compañía de la cena, aunque para mi gusto, se quedó corta.

Ella arquea una ceja, como si estuviera evaluando si mi comentario es una línea de ligue barata.

—¿El qué? ¿La cena? ¿Acaso te has quedado con hambre? —pregunta con ironía.

—Tal vez de conversación.

Su expresión se suaviza un poco, pero mantiene esa barrera que parece llevar siempre consigo.

Nos quedamos en silencio por un momento, y cuando se dirige a mí, su pregunta me sorprende.

—¿Cómo es que has venido solo al crucero? —me inquiere—. No es lo normal.

Sonrío.

—Cierto, así que lo mismo te podría preguntar yo a ti… —Contrarresto—. La mayoría de la gente en un crucero suele venir acompañada.

—Ya lo he notado. Así que parece ser que tú y yo somos los raritos del grupo —me replica sin poder contener una risa suave.

—Es posible… —Aprovecho para acercarme a ella un poco más solo para susurrarle al oído—: Pero me gusta pensar que los raros son los más interesantes…

Gira la cabeza hacia mí, pero en esta ocasión, no me rehúye.

Por el contrario, se limita a sonreírme de nuevo, aunque no dice nada. Me doy cuenta de que probablemente no quiere compartir demasiado, y lo respeto.

—Durante la cena me comentaste que esta es tu primera vez en un crucero. ¿También es la primera vez que vienes al Caribe? —le pregunto, cambiando de tema.

—No, ya había estado antes en esta parte del mundo, pero visitando otras zonas. Ya sabes: Riviera Maya, Cartagena de Indias, Punta Cana… lo típico.

—Para mí, en cambio, es la primera vez. Me gusta viajar, pero como te comenté, los cruceros que he hecho hasta ahora han sido por Europa. Y la única vez que *crucé el charco*, fue para ir a Nueva York un verano, aunque me gustaría repetir experiencia quizás en otra época, como Navidad. Pero cuando tienes hijos de quienes estar pendiente, se hace difícil faltar en fechas tan señaladas.

—¿Tienes hijos?

—Sí, tres. Dos niños y una niña.

—¡¿Tres?!

Veo como su expresión cambia de repente, como si le fuera a dar un soponcio. Tengo la impresión de que lo último que le he dicho no le ha gustado demasiado.

—Así es —me reafirmo, no obstante—. Estoy divorciado y su madre y yo tenemos la custodia compartida.

—Bueno, ahora sí creo que se me está haciendo tarde —me suelta, confirmando así mi percepción—. Creo que volveré al camarote. Supongo que mañana nos veremos durante la cena.

—¿Te gustaría que fuéramos a bailar? —le pregunto de repente.

—¿Perdona?

—Me pregunto si te apetecería acompañarme un rato a la discoteca.

—Ya te he dicho que…

—Si no te apetece bailar, al menos para saber que música ponen. Te juro que, si no ponen más que música machacona, me doy media vuelta y nos vamos. Bueno, suponiendo que el *pichu-pichu*, como le digo a mis hijos, te guste tan poco como a mí.

Se ríe, y eso me tranquiliza. Por un momento, he tenido la sensación de que pensaba salir corriendo.

—De verdad, Isaac, prefiero irme a la cama.

Mara toma el último sorbo de su San Francisco y deja la copa sobre la barra.

—¿Segura esta vez? Quizás me de una vuelta más tarde y puede que te encuentre encima de una barra dándolo todo.

—Segura —se vuelve a reír y me doy cuenta de que es un sonido que me agrada.

—Está bien. Entonces, te acompaño hasta el ascensor, si no te molesta.

Ella me mira, como si estuviera debatiéndose entre aceptar o negarse, pero finalmente asiente.

Caminamos juntos por el pasillo en silencio. Esta vez parece haberse instalado entre nosotros una especie de tregua tácita. Cuando llegamos, ella se detiene y se vuelve hacia mí.

—Hasta mañana, compañero de mesa.

—Hasta mañana, Mara.

Entra y observo cómo la pierdo de vista a medida que las puertas de acero se van cerrando, dejándome frente a mi reflejo, borroso sobre el material pulido.

Tengo la sensación de que Mara tiene más capas de las que está dispuesta a mostrar, y yo, estoy deseoso de poder descubrirlas una a una.



Capítulo 5

Explorando Santa Lucía



MARA

El aire huele a sal y a algo dulce que no logro identificar del todo. Puede que sean flores. O frutas. O la mezcla de ambas flotando en el ambiente cálido y pegajoso de Santa Lucía.

Apenas he bajado del barco y ya siento el cambio de ritmo. Aquí todo parece ir más lento, con una cadencia pausada y relajada que contrasta con el bullicio organizado del crucero. Un guía local, un hombre alto de piel oscura y sonrisa amplia, nos da la bienvenida con un acento melódico y contagioso. Nos explica que vamos a recorrer algunos de los lugares más emblemáticos de la isla, desde las famosas montañas *Pitons*, hasta la bahía de *Marigot*, haciendo algunas paradas en plantaciones de cacao y ron.

Miro a mi alrededor mientras el grupo se reúne, tratando de identificar a las personas con las que compartiré el día. Y ahí está él.

Isaac.

Camisa de lino clara, gafas de sol y ese aire despreocupado que parece acompañarlo siempre. No sé por qué me sorprende

encontrarlo aquí. Lo más lógico en un barco lleno de turistas, es que muchos acaben en las mismas excursiones organizadas. Pero hay algo en él que me pone en alerta. No de un modo negativo, sino más bien como una pequeña alarma interna que me recuerda que no debo bajar la guardia.

Él también me ve y me hace un gesto con la cabeza. Se acerca a mí caminando con las manos en los bolsillos de forma desenvuelta.

—Vaya, qué coincidencia —dice cuando lo tengo a mi lado.

—Sí, ya veo —respondo con indolencia—. Este debe ser un tour muy popular, a la vista de la gente que hay esperando aquí para salir —respondo con una media sonrisa, mirando a cualquier parte que no sea él.

Isaac suelta una pequeña risa y asiente.

—Puede ser. Pero me da a mí que muchos de los que están aquí están a la caza y captura de un guía local que les haga la excursión por menos dinero que lo que sale la que organiza el barco.

—¿Y no será por casualidad tu caso? —Mi pregunta suena antipática a mis oídos, pero no puedo evitar el deje de sarcasmo que impregno a mis palabras.

—Me temo que no. En esta ocasión, he tirado por el tour oficial. —Se inclina ligeramente hacia mí— ¿Acaso te molesta?

—¿Por qué habría de hacerlo? —Esta vez sí, lo miro directamente a los ojos.

—No sé, eso mismo me estaba preguntando yo ahora. Quizás solo haya sido una impresión mía.

—Pues tu impresión se equivoca —O quizás no tanto, me reconozco en silencio.

—En tal caso, prefiero pensar que nuestro encuentro es obra del destino —afirma, imprimiendo un tono melodramático a su respuesta.

El humor se refleja en sus ojos y me pregunto si este hombre nunca tiene un mal día.

—¿Eres de los que creen en esas cosas?

—Digamos que no descarto posibilidades —admite, encogiéndose de hombros.

Antes de que pueda contestar, el guía pide que tomemos asiento en el minibús que nos llevará de un punto a otro de la isla. En efecto, no son muchos los que se han apuntado a la excursión *oficial*, así que nos acomodamos en el vehículo y, tal y como me temía, él se sienta junto a mí.

—No te importa que me siente a tu lado, ¿verdad? —me vuelve a preguntar, insistiendo en si su compañía me molesta.

Y la verdad, no es que sea eso exactamente. Es solo que me incomoda, aunque ignoro el por qué.

—Ya no tiene caso… —murmuro, aunque le dedico una sonrisa que no llega a alcanzar a mis ojos. Me vuelvo hacia el cristal y observo como otros pasajeros se van subiendo a furgonetas que son auténticos cascajos.

—Entonces, ¿lista para la aventura? —pregunta mientras se acomoda a mi lado.

Lo miro de reojo. Algo en mi interior me dice que esta no es una buena idea. ¿Por qué no se ha sentado en otro lado? ¿O por qué no le he dicho que se busque otro asiento?

¿Por qué va a ser? Porque soy borde, pero no tanto…

—Supongo —respondo, sin querer admitir que, en realidad, hace mucho tiempo que no me siento realmente lista para nada.

La isla es una maravilla.

Las montañas *Pitons* se alzan majestuosas, verdes e imponentes contra el cielo azul. Hacemos una parada en un mirador desde donde se pueden ver en todo su esplendor, y aunque he visto imágenes de ellas con anterioridad, la realidad es mucho más impresionante.

—¿No te parecen majestuosas? —dice Isaac a mi lado.

—Sí —admito—. Hay sitios en que las fotos no pueden capturar del todo la magia que transmiten. Tienes que estar aquí para sentirlo.

Isaac guarda silencio un momento, y noto cómo sus ojos siguen fijos en el paisaje… o tal vez en mí.

—Son como las cosas que marcan —dice por fin—. Solo cuando estás frente a ellas, cara a cara, entiendes su verdadero

tamaño.

Lo miro y tengo la sensación de que en esta ocasión no está bromeando y que la afirmación va con intención. O quizás yo lo he interpretado de esta manera.

Me gustaría sostenerle la mirada, pero hay algo en sus ojos que me encoge por dentro. Así que hago lo que mejor se me da: levantar la barrera.

—En efecto. Pasa lo mismo con las malas experiencias, ¿no te parece? —digo con un tono más ligero, como si solo estuviera haciendo un comentario sin más.

Él lo capta y me sonríe con una expresión que parece decir «vale, te dejo que te anotes el tanto».

Seguimos la ruta. Pasamos por una plantación de cacao, donde nos muestran el proceso de elaboración del chocolate desde el grano hasta la tableta. La mezcla de olores es embriagadora, y el guía nos ofrece probar una pequeña muestra.

—Dulce y amargo a la vez —comenta Isaac mientras saborea el chocolate.

—Como la vida —respondo sin pensar demasiado.

Él me observa de nuevo, pero esta vez no esquivo su mirada.

Hace amago de decirme algo, pero se queda en eso, en un simple intento.

—¿Nos hacemos una foto? —me sugiere, cambiando así completamente de tercio.

No veo motivo para negarme, así que acepto y muestro mi sonrisa más sincera (bueno, o, mejor dicho, la típica de las fotos que siempre quedan bien cuando las revisas más tarde).

Él comprueba el resultado y parece satisfecho al observar la instantánea.

—Deberías sonreír más, Mara. Si seria eres preciosa, cuando te ríes tu cara resplandece. Como dice mi padre, eres de las que cortan la respiración con tan solo un simple gesto —Me la enseña y compruebo que, en efecto, el resultado es bastante aceptable, por así decirlo— Si me das tu teléfono o tu dirección de correo, te la puedo pasar para que tú también la tengas... —sugiere.

Seguramente sea un ofrecimiento sincero, pero no puedo evitar encresparme de inmediato.

—Yo no quiero cortar la respiración de nadie —le espeto, mostrándole otro aspecto más de mi carácter agrio. Y por supuesto, no le doy ninguna de las dos cosas que me ha pedido.

No me gusta que, salvo que a mí me apetezca, me adule ningún hombre.

Y así, me subo al autobús y no vuelvo a hablarle en todo el trayecto de vuelta al barco.

Una vez en mi camarote, mientras me preparo para la Cena de Gala que tendrá lugar esta noche, repaso los acontecimientos del día. No puedo evitar que una sensación extraña se apodere de mí.

Salvo por el momento de la foto, debo admitir que me lo he pasado bien. Me he reído y he disfrutado del día más de lo que esperaba. Y, lo reconozco, todo eso me incomoda un poco, porque parte de culpa de que haya sido así la tiene Isaac.

Aún no sé si él me gusta o si simplemente me resulta interesante, pero es más fácil levantar barreras que dejarse llevar por el devenir de los acontecimientos. Si tú controlas la situación, nada puede salirse de madre.

Una vez vestida, observo mi reflejo en el espejo y me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no me esfuerzo en verme bien para nadie. Por supuesto, eso no ha cambiado en absoluto. Aunque debo admitir que, como dirían mis amigas, estoy espectacular (que para eso ellas me quieren bien), hoy no me he arreglado así por nadie —y no digo nombres—, sino únicamente por mí misma.

Aun así, cuando entro al restaurante y lo veo esperándome en la mesa, con un traje impecable y el pelo ligeramente revuelto, algo en mi estómago se aprieta.

—Vaya, tú sí que sabes arreglarte —dice con un tono apreciativo cuando me siento.

—No es tan difícil cuando el código de vestimenta lo exige —le rebato quitándole importancia a mi aspecto.

—Aun así, estás increíble.

—Gracias —digo, sin saber bien cómo recibir el cumplido.

El resto de los integrantes de nuestra mesa van ocupando poco a poco sus asientos y la cena transcurre entre conversaciones animadas con el resto de los comensales, donde cada cuál va contando sus impresiones sobre la isla que acabamos de abandonar. Isaac se muestra participativo, pero también atento, aunque sin agobiar. Y yo, poco a poco, empiezo a relajarme.

Al terminar la cena, la mayoría se dirige al auditorio, donde hay un espectáculo de música en vivo. Sin embargo, no me apetece encerrarme en un sitio con tanta gente. Prefiero salir a la cubierta a respirar aire fresco.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Mara?

Quizás sea por su tono calmado, pero en esta ocasión, no me nace decirle que no. Así que salimos juntos a disfrutar de la noche estrellada.

El aire es cálido, con una brisa suave que alivia un poco la temperatura. Caminamos en silencio unos metros hasta que nos apoyamos en la barandilla, mirando el mar oscuro y tranquilo.

—Mara, quería pedirte disculpas si algo de lo que haya dicho o hecho te ha molestado. De verdad, nunca ha sido esa mi intención.

Su tono sincero me conmueve y soy consciente de que no he sido una buena compañera de viaje, a pesar de que he disfrutado de la excursión… y quizás, por qué no, también de la compañía.

—No, discúlpame tú a mí. Me temo que a veces no sé morderme la lengua a tiempo y digo cosas que a lo mejor no siento. Es algo que no puedo controlar.

—Entiendo.

Guardamos silencio unos minutos. No sé si lo entiende o no, pero al menos, parece que, con tan breve intercambio de palabras, hemos firmado una especie de tregua.

—Te has divertido hoy —dice de repente.

No lo pregunta, lo afirma.

—Un poco —admito, dejando escapar una leve risa.

—Más que un poco… Venga, reconócelo que tampoco te va a hacer daño.

Lo miro con una ceja arqueada.

—¿Siempre eres tan insistente?

—Solo cuando algo me interesa.

Ahí está de nuevo.

Su tono es ligero, pero el mensaje está implícito. Y lo noto.

Podría fingir que no lo entiendo. Podría ignorarlo o incluso alejarme. Pero no lo hago. Porque, aunque no estoy lista para nada, hay una parte de mí que disfruta de esta sensación.

—Debería regresar a mi cuarto —digo en lugar de responder a su indirecta—. Mañana nos espera una nueva excursión.

Isaac sonríe, como si esperara exactamente esa respuesta.

—Claro. Pero no me digas que estás cansada, porque ya no me lo creo.

Suelto una pequeña carcajada y niego con la cabeza.

—Está bien, entonces no lo diré. Hasta mañana, Isaac.

—Hasta mañana.

Me doy la vuelta y me dirijo a mi camarote. Pero mientras camino, no puedo evitar volver la cabeza para mirar hacia atrás, buscándolo a él.

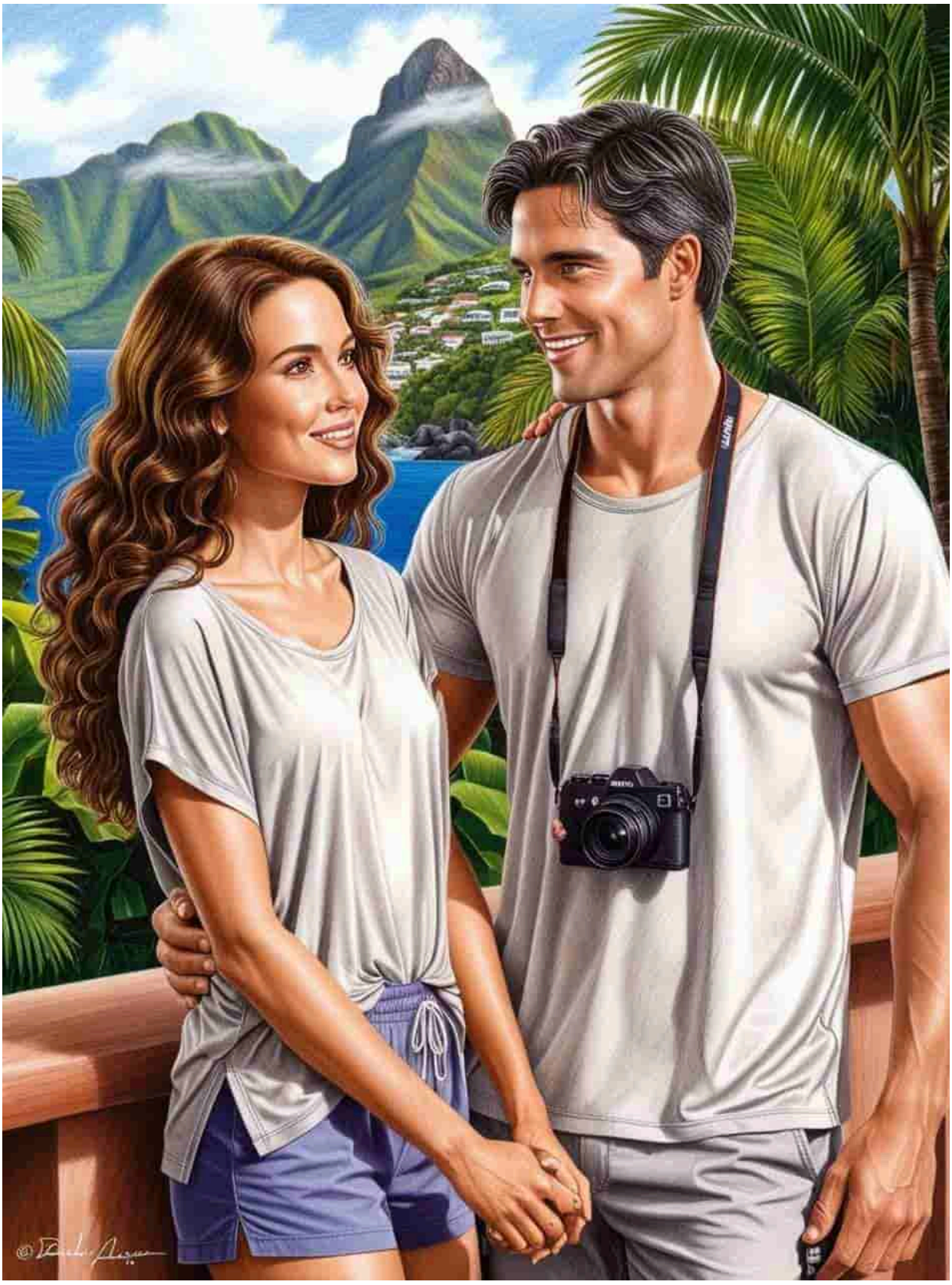
Y lo encuentro.

Y me mira.

Y le sonrío.

Y me da por pensar en que, tal vez, por primera vez en mucho tiempo, estoy bajando la guardia. Porque aunque he estado con algún rollo pasajero en alguna que otra ocasión —nada digno de destacar—, este hombre me provoca un pellizco interior que me pone nerviosa.

Y eso, en sí mismo, es peligroso.



Capítulo 6

Días de sol y risas



MARA

Me despierto con la luz del sol filtrándose por la cortina del camarote y la sensación placentera de haber dormido bien. Puede que demasiado bien.

No quiero analizarlo mucho. Después de nuestra excursión por Santa Lucía, decidí dejar de pelearme con mis fantasmas del pasado y dedicarme solo a disfrutar de este viaje. Sin más. Y la verdad es que lo estoy haciendo: me estoy divirtiendo de lo lindo.

Aunque, por más que me cueste admitirlo, en gran parte es por Isaac.

No sé cómo lo hace, pero ha conseguido que, durante gran parte del tiempo que pasamos juntos (que no todo, que tampoco hay que exagerar) deje de lado mi actitud defensiva sin que apenas me dé cuenta. No me presiona, no intenta traspasar las líneas que, de forma inconsciente, trazo a mi alrededor. Solo está ahí, con su sonrisa fácil, su particular sentido del humor y esa mirada de quien sabe que tiene paciencia de sobra para esperar su momento.

La primera vez que lo vi con su camisa floreada, pensé que sería el típico turista en plan ligón de crucero. Ahora sé que es mucho más que eso.

Y, sin estar convencida al cien por cien de si es lo correcto o no, me permito bajar la guardia. Solo un poco, aunque no es algo en lo que quiera pensar en estos instantes. Como solía decir mi personaje favorito de película… «mañana será otro día».

Respecto al crucero en sí, Martinica se nos muestra como una auténtica explosión de color. Desde los puestos de frutas hasta las fachadas coloniales de Fort-de-France, todo parece más vibrante bajo el sol del Caribe.

Allí visitamos una fábrica de ron. El guía nos explica el proceso de destilación, nos pasea entre barricas bien colocadas y al final nos ofrece una cata. Isaac y yo probamos varias muestras, algunas tan dulces que parecen caramelos y otras tan fuertes que me queman la garganta.

—¿Sabes? Creo que deberíamos llevarnos una botella de estas al barco —dice él, alzando un pequeño frasco de ron especiado.

—¿Para qué?

—Para brindar por nuestra amistad al final del crucero.

—¿Tan seguro estás de que seguiremos llevándonos bien hasta el final?

—Por supuesto —afirma con confianza—. Pero, si lo prefieres, también podemos brindar por la paciencia que me tienes.

No puedo evitar reírme.

Más tarde, nos llevan a una playa de arena blanca y aguas cristalinas. Nos tumbamos en las hamacas y disfrutamos del calor y de la brisa marina.

Es relajante.

Demasiado.

Cierro los ojos, sabiendo que Isaac está a mi lado, sin sentir la necesidad de hablar. Y eso provoca que me invada una inusitada sensación de paz.

Pero claro, la paz con Isaac no suele durar demasiado.

—¿Sabes que tengo un superpoder? —dice, con tono misterioso.

Entorno un ojo sin girarme del todo.

—Sí, claro, seguro.

—No, en serio. Tengo el poder de identificar la nacionalidad de cualquier turista solo por su forma de comportarse.

Me giro hacia él, divertida.

—Venga ya… «Menos lobos, Caperucita…»

—Ya verás. Observa a ese señor de allá —dice, señalando con la barbilla hacia un hombre que saca un bocadillo envuelto en una servilleta de una mochila enorme—. Creo haberlo visto en el barco, aunque no he cruzado una palabra con él. En cualquier caso, apuesto a que es español. Claramente. Nadie más trae comida rapiñada de un bufé gratis a una excursión y la saca como si fuera un tesoro.

—Vale, acepto esa. ¿Y aquella pareja con camisetas iguales y sombrero de paja?

—Canadienses. No me preguntes por qué, pero en ese país siempre llevan camisetas a juego. Es como una ley no escrita del turismo de pareja en Canadá. Lo vi en un documental. O bueno, igual solo lo soñé. En cualquier caso, estoy seguro de que lo son.

—Puff, esa explicación está cogida con pinzas… ¿Y qué me dices de esa chica de ahí, con el palo selfie, las sandalias de plataforma y el vestido que se le vuela como si estuviera en un videoclip de los años 2000?

Él la observa durante unos segundos con seriedad fingida.

—Hummm, dejémoslo en indeterminado, aunque me arriesgaría a decir que se trata de una *influencer* internacional. Probablemente está aquí para grabar un reel de «cómo vivir tu mejor vida mientras un mosquito le arruina el ángulo perfecto».

Suelto una carcajada tan fuerte que algunas personas se giran a mirarnos. Me tapo la cara con las manos, entre risas.

—Dios mío, qué de tonterías dices. Estás fatal.

—Lo sé. Pero te he hecho reír, y ese es otro de mis superpoderes.

Lo miro, y en este instante me doy cuenta de que, sin saber cómo, le estoy cogiendo cariño. De ese que te da calorcito por dentro

sin necesidad de grandes gestos.

Vuelvo a cerrar los ojos, con una sonrisa aún en los labios.

La siguiente parada es en Antigua, que nos recibe con su historia y sus vistas impresionantes.

Visitamos las ruinas de un antiguo fuerte británico, donde Isaac vuelve a decir otra de sus chorradas.

—Déjame adivinar —dice, mirando las piedras desgastadas—. Esto fue construido por soldados aburridos que solo querían alejarse del jefe y ver puestas de sol en paz.

—Bueno, no sería tan mala idea. El ocaso desde aquí debe ser una pasada, así que tampoco se les podría reprochar que lo hicieran.

—Además, si hacían bien su trabajo, y compartían el ron con los de arriba, igual hasta los podían ascender a comandantes. Sin duda, estos ingleses se lo debían montar muy bien.

Nos reímos y seguimos el recorrido. En un momento dado, el guía nos lleva a un acantilado desde donde se ve el océano infinito. El viento me revuelve el cabello y, sin darme cuenta, suspiro.

—Te gusta, ¿verdad? —pregunta Isaac a mi lado.

—Mucho.

—A mí también. Es ese tipo de lugares de los que, de alguna forma, te recolocan por dentro, ¿no te parece?

Vuelvo la mirada hacia él y lo veo observándome con un brillo en los ojos delatador. Pero yo me hago la loca y le codeo en el brazo.

—No puedo decir que no, compañero. Y si tan bien te sientan estos paisajes, quizás deberías viajar más —le sugiero.

—Tal vez. Pero soy de la opinión de que todos los viajes se disfrutan más cuando se hacen con la compañía adecuada.

—¿Acaso eres exigente con la compañía?

—Bueno, depende de cómo se mire. Me gusta reírme, que me sigan las tonterías, y que no se desesperen si me pierdo buscando el mejor sitio para ver el atardecer.

—Vaya, tampoco me parece ninguna bobada lo que pides.

—Si te soy sincero, tengo que admitir que hacía tiempo que no disfrutaba tanto de un viaje como con este.

Pienso mi respuesta, pero no se me ocurre nada gracioso.

—Quizás tú podrías ser esa compañera de viajes —añade, dejándome descolocada.

—Quizás…

Lo digo sin pararme a pensar en cuál podría ser la contestación más adecuada. Lo sorprendente es que, al hacerlo, no entro en pánico. No saboteo mi sensación de paz. Solo dejo ahí la respuesta flotando entre nosotros, como una posibilidad real.

Nuestra cuarta parada tiene lugar en Barbados, donde vamos a practicar snorkel después de un breve recorrido por la ciudad.

Estoy nerviosa. No es que no sepa nadar, pero nunca he sido de las que se sienten cómodas en el agua.

—¿Lista? —pregunta Isaac, ya con las gafas y el tubo puestos.

—No.

—¿Quieres que te deje sola? A lo mejor estarías más cómoda dejándote llevar por el guía en vez de quedarte conmigo.

—¡Ni se te ocurra! —grito sin pensarlo.

Él sonríe y se sumerge primero. Elegante, seguro, desapareciendo en el azul como si perteneciera a ese mundo submarino. Me coloco las gafas, el tubo, respiro hondo y salto. Cuando abro los ojos bajo el agua, veo un mundo completamente distinto. Peces de colores y corales que parecen de otro planeta. Todo es tan impresionante que casi de inmediato consigo olvidarme del miedo.

Cuando salimos a la superficie, estoy sin aliento. No solo por el ejercicio, sino por la experiencia. Por la sensación de haber hecho algo que creía fuera de mi alcance.

—¿Qué te pareció? —pregunta él, quitándose el tubo.

—Increíble.

—¿Lo ves? A veces, solo hay que lanzarse.

No sé si lo dice por el snorkel… o por otra cosa.

San Martín es la última escala antes de regresar al barco para los últimos días de travesía.

Pasamos la mañana en un mercado local probando comida y regateando por el precio de unos souvenirs. Isaac insiste en

comprarme un pareo de colores vivos, y yo le digo que no es necesario.

—Tómalo como un recuerdo de este viaje —dice, extendiéndomelo.

Dudo por un momento, pero termino por aceptarlo.

No sé qué me pasa con Isaac. No estoy acostumbrada a este tipo de atenciones sin sentirme en deuda. Pero con él es diferente. No espero que quiera nada a cambio, porque él parece que tampoco espera nada de mí que yo misma no esté dispuesta a ofrecerle de manera voluntaria.

Y eso me desarma.

Las excursiones diarias nos dejan agotados, pero de algún modo, siempre acabamos juntos por la noche. A veces en el auditorio, viendo algún espectáculo. Otras, simplemente tomando algo en uno de los bares del barco.

Y siempre, sin falta, terminamos en la cubierta, apoyados en la barandilla, contemplando la inmensidad del mar.

—¿Te das cuenta que, a pesar de que llevamos una semana para arriba y para abajo juntos, compartiendo gran parte de las horas del día, aún no me has contado apenas nada sobre ti? —me pregunta en la que ha de ser nuestra última noche a bordo.

—Quizás porque no haya mucho que contar…

—No te creo. —Se gira para mirarme, con una expresión que revela que realmente quiere saber más acerca de mí—. Tus ojos me dicen que eres alguien que ha vivido cosas. No sé si buenas o malas, pero desde luego, que te han marcado.

Mi primer impulso es bromear, desviar la conversación. Pero algo en su tono serio, a la vez que sereno, hace que me quede en silencio.

—Isaac... No…

—Tranquila —dice, alzando las manos. Se ha dado cuenta de mi incomodidad y, tal y como es típico en él, parece comprenderlo—. No tienes que decir nada que no quieras.

Me sonríe de manera tranquilizadora, aunque intuyo que se muere por saber más, por preguntarme cosas.

Me muerdo el labio. No. No voy a contarle nada a alguien a quien solo conozco desde hace una semana. Y mucho menos a un hombre… género que me produce total desconfianza. Si bien debo admitir que, en el caso de Isaac, hay algo que provoca que mis sólidos cimientos se tambaleen. Y esa sensación me causa inseguridad. Es más fácil manejar tu vida cuando te vistes con una coraza para evitar que te vuelvan a hacer daño, a permitir que alguien se inmiscuya en los recovecos de tu alma. No estoy preparada para que nadie, y menos un tipo con una sonrisa encantadora y que está para mojar pan, me arrebate mi frágil seguridad a las primeras de cambio.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunto, cambiando de tema. A veces, es más sencillo rodear el río que atravesarlo de frente—. ¿Por qué viajas solo? Ya sé que me dijiste que estabas divorciado y eso, pero, me extraña que un tipo tan agradable como tú…

—¿Te parezco agradable? —me interrumpe.

Yo le hago un gesto condescendiente y él se ríe, pero me invita con un ademán de la mano a terminar de formular la pregunta que he dejado a medias.

—Me cuesta creer que no haya nadie con quien te apetezca irte de viaje.

Él se apoya en la barandilla y suspira.

—¿Aparte de con mis hijos? Bueno, tienen colegio ahora, así que no puedo traérmelos conmigo. Pero aparte de ellos… —Ladeo la cabeza esperando una respuesta mejor, y él termina por encogerse de hombros antes de continuar—. Digamos que, a veces, empezar de cero es necesario.

Su respuesta me desconcierta. ¿Empezar de cero? ¿Está huyendo acaso de algo? ¿De alguien?

Antes de que pueda preguntar más, él sonríe.

—No sé. Es bueno desconectar de todo lo rutinario para conectar con uno mismo. Y mira, esto me ha traído a una situación que yo no esperaba encontrar.

—¿A qué te refieres?

—A ti. No imaginaba conocer a alguien como tú, que me hace valorar el momento en el que estoy, y que, en este instante, es lo

único que me importa. Simplemente, porque tú estás en él.

Me mira.

Y, por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien realmente me ve.

Mi corazón da un pequeño vuelco. Se acelera. Y me asusto.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —digo, dando un paso atrás.

No me gusta esta sensación…

Isaac asiente, pero no se mueve.

—Buenas noches —me despido.

Empiezo a caminar para dirigirme a mi camarote, pero, por alguna razón que desconozco, me detengo.

Miro hacia atrás.

Él sigue ahí, observándome.

Y, sin pensarlo siquiera me detengo, doy media vuelta y camino de nuevo hacia él.

¿Por qué? No lo sé.

Cuando estoy otra vez a su lado, no digo nada.

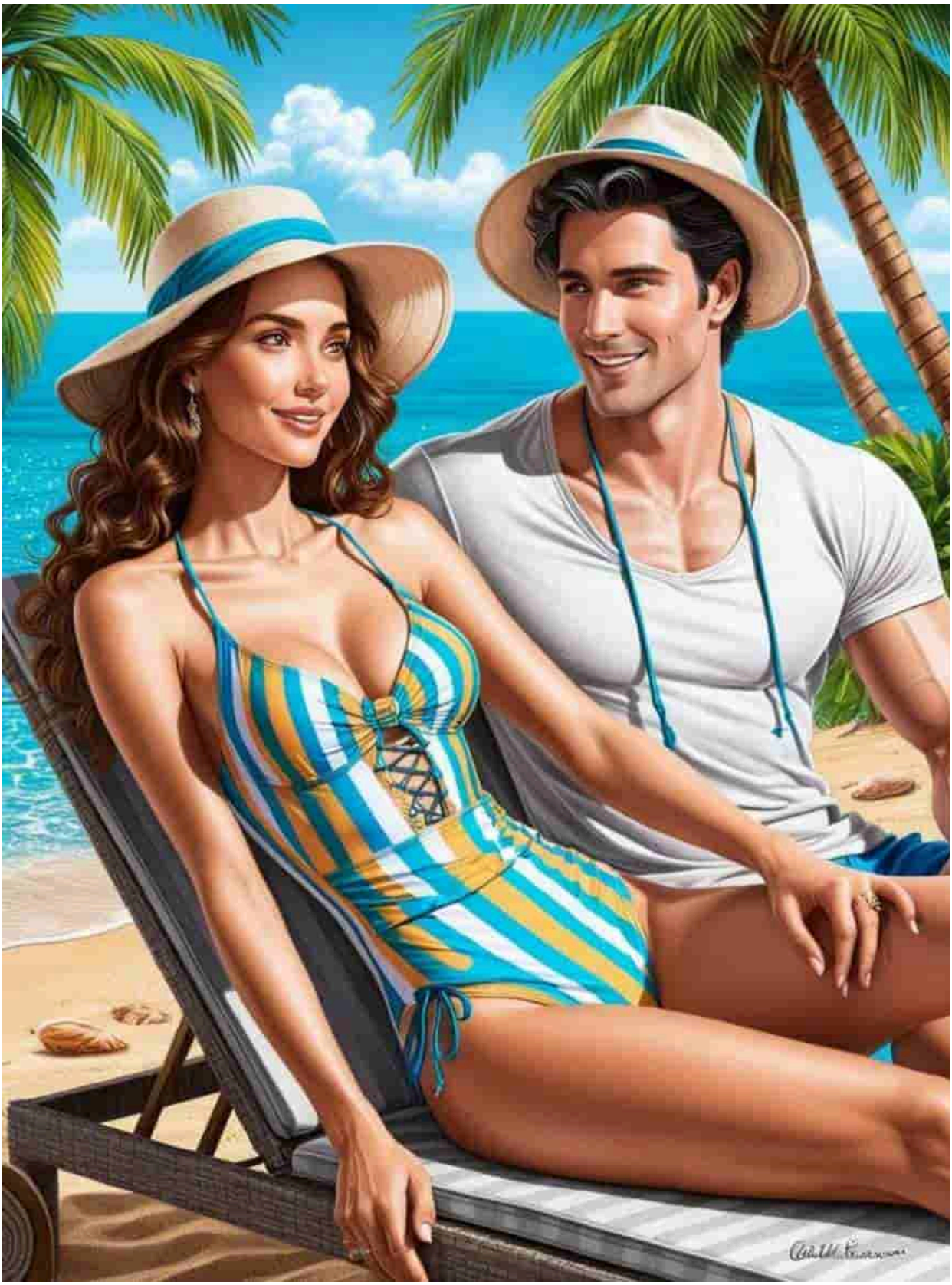
Él tampoco.

Solo nos quedamos mirándonos en silencio.

Y cuando al fin él extiende la mano, simplemente la tomo.

Demonios, no sé qué estoy haciendo. Qué me está pasando.

Solo sé que, en esta ocasión, me apetece dejarme llevar.



Capítulo 7

La noche que no debió suceder



MARA

Isaac sostiene mi mano con una seguridad que contrasta con el revoltijo de emociones que me oprimen el pecho. Siento el calor de su palma, la firmeza con la que me guía a través de los pasillos del barco, y aunque sé que podría soltarme en cualquier momento, no lo hago.

No sé qué estoy haciendo.

No sé en qué momento dejé de poner barreras y me permití llegar hasta aquí.

La puerta de su camarote se abre con un leve clic, y en cuanto entramos, la sensación de intimidad se intensifica. Hay una lámpara encendida con luz tenue y la cama perfectamente hecha. El leve movimiento del barco, que apenas se percibe, nos acuna en el ambiente acogedor de la habitación.

Isaac me suelta la mano con suavidad y se gira para mirarme. No dice nada. No hace ningún movimiento apresurado. Simplemente

espera. Como si entendiera que este momento no depende solo de él, sino también de lo que yo decida hacer.

Mis pensamientos son un caos. Desde que lo vi por primera vez con su camisa floreada en plan guiri total, ha ido entrando en mi vida con una naturalidad que me desconcierta. Y es algo que no me explico, aunque tampoco estoy segura de querer buscarle una explicación. Lo que sí sé es que me hace reír, me hace sentir ligera, cómoda, relajada… Como lo era yo antes de…

Mi cabeza me grita que es peligroso sentirse así con alguien, confiar de nuevo en otra persona. Pero parece que ese músculo que late en mi pecho le ha dado por desconectar del cerebro e ir por libre.

Por eso, estoy aquí. Porque la guerra que sostengo entre la razón y el corazón, parece que tiene un claro ganador en la batalla de hoy.

—No tienes que quedarte si no quieres —me dice en voz baja, como si temiera romper el hechizo que nos rodea.

Por un instante miro hacia atrás, en dirección a la puerta que tengo a la espalda. Pero mi mirada apenas se desvía un segundo. Es mucho más tentador lo que tengo frente a mí y cuando él alza la mano y me aparta un mechón de pelo del rostro… cuando sus dedos rozan mi piel con tanta ternura, mi cuerpo responde antes que mi mente.

Soy yo quien cierra la distancia entre nosotros.

Isaac deja escapar un leve suspiro de sorpresa cuando me acerco más, cuando alzo la mano para apoyar la palma en su pecho. No me detiene. No se lanza sobre mí con urgencia. Solo espera. Y en esa espera hay una paciencia infinita, como si me diera el tiempo que necesito para decidir.

—Mara… —susurra.

Mi nombre en su voz tiene un peso distinto.

Me alzo sobre las puntas de mis pies y lo beso.

Su respuesta es inmediata, pero controlada. Sus labios se mueven con una delicadeza que me desarma, como si comprendiera cada uno de mis miedos y los ahuyentara con cada caricia, con cada

roce. Sus manos se posan en mi cintura, atrayéndome con lentitud, dándome de nuevo la oportunidad de alejarme si lo deseo.

Pero no quiero alejarme.

Me pierdo en la sensación de sus labios explorando los míos, en la manera en que nuestros cuerpos se adaptan con una facilidad pasmosa. Sus caricias son suaves, sin prisas. Me recorre con un cuidado que me sorprende, como si entendiera que necesito esto: sentirme querida, sentirme segura.

La ropa se convierte en una barrera innecesaria a medida que los besos se vuelven más profundos. Y, en algún momento, todo lo que soy queda al descubierto ante él.

Isaac no deja de mirarme.

—Eres preciosa —musita, y su voz es tan sincera que un escalofrío me recorre la piel.

No contesto. No puedo.

Lo único que puedo hacer es abandonarme a lo que me ofrece.

Y por primera vez en mucho tiempo, dejo de pensar.

Juntos nos movemos arrullados en una perfecta sintonía hasta alcanzar la cama. Nos tumbamos sobre ella y dejamos volar libre a nuestras manos y a nuestra imaginación. A medida que las caricias se intensifican, el deseo va en aumento, mientras buscamos una liberación que nos rescate del frenesí que nos invade.

Los besos se vuelven más urgentes. Nuestra fusión, cada vez más necesaria.

Y cuando por fin se consuma nuestra unión, la explosión de sensaciones que nos invade es de tal intensidad que nos convertimos en un solo ser, en el más amplio sentido de la palabra.

El amanecer se filtra por la pequeña ventana del camarote cuando abro los ojos.

Tardo unos segundos en recordar dónde me encuentro, en darme cuenta de que no estoy sola en la cama.

El cuerpo de Isaac está a mi lado, relajado, con una expresión tranquila mientras duerme. Su respiración es pausada, su torso descubierto se alza y baja con cada inhalación, y hay algo en la

manera en que su brazo rodea mi cintura que me produce un nudo en el estómago.

El pánico se instala de golpe en mi pecho.

No por lo que he hecho, sino por lo que sé que he entregado.

¡Dios!

Esto no está bien. Nada bien.

Es un completo error. Isaac no es un don nadie con el que buscar un desahogo momentaneo como ha ocurrido en otras ocasiones; sé que es algo más y me aterroriza pensar qué puede ser ese algo…

Me siento en la cama con el corazón desbocado. Los recuerdos de la noche anterior inundan mi mente en un torbellino confuso de sensaciones y siento que no tengo ni idea de cómo lidiar con ello.

No debería haber sucedido.

No debí permitir que alguien se acercara tanto.

Es un hombre divorciado.

Con hijos. ¡Tres nada menos!

Con ataduras.

¡Huye!

Me paso las manos por el rostro y luego miro a Isaac. Sigue dormido, ajeno a la tormenta de pensamientos que me está carcomiendo por dentro.

Si se despierta y me sonríe con esa facilidad que tiene, si me besa como lo hizo anoche, no sé si tendré la fuerza necesaria para irme.

Y yo necesito marcharme.

El barco está a pocas horas de llegar a su destino final. Si salgo ahora, si me visto y regreso a mi camarote, podré hacer mi maleta y desaparecer antes de que él tenga la oportunidad de decir algo.

Sí. Eso será lo mejor.

Con movimientos rápidos pero silenciosos, me deslizo fuera de la cama y recojo mi ropa. Me visto con la prisa de quien huye, evitando cualquier ruido que pueda despertarlo. En mi afán de desaparecer, solo me coloco las prendas imprescindibles para que mi

aspecto sea aceptable. Pero cuando me acerco a la puerta, poso la mano en el pomo y me detengo un momento.

Me giro una última vez.

Isaac sigue dormido.

Noto un nudo en el pecho.

¿Por qué me siento así? ¿Por qué no puedo verlo como un polvo más? ¿Como otros tantos surgidos desde la necesidad una vez me hube separado y decidí que ningún hombre volvería a regir los designios de mi corazón?

Porque él es tan, tan…

No me atrevo a poner en palabras lo que Isaac es para mí. Es mucho más fácil ignorar la pregunta que buscarle una respuesta adecuada. O al menos, cierta.

Decido que este es el momento de terminar de una vez una aventura que quizás nunca debió haber comenzado.

Incapaz de continuar observando el cuerpo que yace tendido sobre el colchón, abro la puerta y me voy.



Capítulo 8

La mujer que se esfumó



ISAAC

Despierto con una sensación extraña, como si algo estuviera fuera de lugar. Sin embargo, mis párpados se resisten a abrirse para afrontar nuestro último día a bordo del crucero. Todavía tenemos algunas horas por delante para hablar de nosotros.

Nosotros. Me encanta como suena.

Durante un instante, el calor residual a mi lado me hace pensar que Mara sigue aquí, pero cuando alargo la mano, deseoso de sentir la suave piel de mi compañera bajo mis yemas, solo encuentro sábanas vacías.

Abro los ojos.

El camarote está en penumbra, iluminado apenas por la luz tenue que se filtra a través de la cortina. El murmullo lejano del océano y el suave vaivén del barco son los únicos sonidos en la habitación.

Mara no está.

Me incorporo lentamente, frotándome el rostro con las manos mientras mi mente embotada termina de despertar.

Se ha ido.

Aunque, bueno, no debería sorprenderme… En el fondo, lo sabía. Lo intuía. Pero eso no significa que me guste.

Apoyo los codos en las rodillas y dejo escapar un suspiro mientras hundo mis dedos en el cabello revuelto.

Anoche fue… especial. Mucho más de lo que imaginaba cuando la llevé de la mano hasta mi camarote. No fue solo atracción o deseo (que, desde luego, no faltó). Fue algo más.

Algo que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Desde mi divorcio, he tenido algunas citas, pero ninguna ha despertado en mí la chispa que alguna vez sentí por mi exmujer. Con Mara, sin embargo, es distinto. No puedo explicarlo con palabras, pero lo sé, lo siento.

Me levanto de la cama y me acerco a la pequeña ventana de mi camarote donde observo que nos aproximamos a nuestro último puerto, La Romana, donde está previsto que desembarquemos. No puedo quedarme aquí quieto, de brazos cruzados, lamentándome porque ella se ha ido sin que tengamos una conversación. Tenemos varias cosas que decirnos y aún estamos los dos en el barco. Tengo tiempo de encontrarla.

No obstante, decido darme una ducha rápida antes de vestirme. Luego salgo del camarote con un objetivo claro: dar con ella antes de que el crucero termine.

La primera parada es el bufé del desayuno. Es el lugar más apropiado para hallarla a esas horas de la mañana.

Durante esta semana a bordo, muchas veces hemos coincidido allí, sin buscarlo ni pretenderlo. Espero que hoy no sea una excepción.

Me paseo entre las mesas con disimulo, buscando con la mirada aquel cabello oscuro y rizado donde me he sumergido durante las últimas horas de la noche.

Pero Mara no está.

Ni en el bufé, ni en la cubierta principal, ni en la piscina, ni en los salones interiores.

¿Dónde se ha metido?

Intento hacer memoria, recorriendo mentalmente los lugares en los que podríamos haber coincidido, pero el tiempo sigue corriendo y el barco cada vez está más cerca de atracar en La Romana.

No me rindo, y empiezo a recorrer cada una de las plantas, esperando encontrarla en alguna parte.

¿Por qué nunca le pregunté cuál era su camarote exacto? Es posible que se encuentre allí encerrada terminando de preparar las maletas antes de desembarcar (algo que, dicho sea de paso, también debería estar haciendo yo). Pero mi necesidad por encontrarla es mucho mayor a doblar cuatro prendas para meterlas perfectamente ordenadas en una valija.

Me cruzo con algunos de los pasajeros con los que hemos compartido mesa y mantel durante las cenas, y cuando les pregunto si la han visto, nadie me da razón de ella.

No puede haberse esfumado así, sin más.

El desasosiego empieza a instalarse en mi pecho.

No quiero que esto termine así.

No después de lo que ha pasado entre nosotros.

No sin al menos darle la oportunidad de saber si lo que sentí anoche fue solo un desliz pasajero para ella… o si significó algo más.

Cuando la bocina del barco anuncia la llegada al puerto, sé que, irremediablemente, se me acaba el tiempo.

No tengo más opción que regresar a mi camarote y hacer la maleta a toda prisa. Mi plan de buscarla antes de desembarcar se complica cada vez más, pero no voy a rendirme todavía.

Guardo mis pertenencias con movimientos rápidos y torpes, maldiciéndome por no haber preparado todo con antelación. La idea de perder la oportunidad de hablar con Mara me pone de los nervios. Ya no soy capaz de discernir si estoy ofuscado por mi fracaso o porque ella no haya movido ni un dedo para vernos.

Al fin y al cabo, lo que compartimos anoche fue cosa de dos, y me resisto a pensar que solo haya sido una muesca más en su colección de hombres (suponiendo que la hubiera).

Cuando finalmente estoy listo, salgo del camarote con la esperanza de verla en los pasillos, en la cubierta, en la fila para desembarcar… en cualquier sitio.

Pero no.

Mara se ha esfumado.

Y a mí, no me queda más remedio que rendirme y dar por perdida la batalla.

El calor pegajoso del puerto me recibe en cuanto piso tierra firme. El sol del Caribe brilla con fuerza, ajeno a la desilusión que araña mi pecho.

Me abro paso entre los pasajeros que se despiden de las amistades encontradas y que buscan sus autobuses que, en la mayoría de los casos, los transportarán al aeropuerto donde tomarán el avión que los lleve de vuelta a casa.

No es mi caso. Busco el vehículo que debe llevarme al hotel donde pasaré la siguiente semana, pero en este momento, lo último que me apetece es seguir con mis planes de vacaciones. Mi ánimo está por los suelos y no tengo ganas de pasar otra semana lejos de mis hijos. Ellos siempre consiguen arrancarme una sonrisa, sin importar cuál sea mi estado anímico. Su amor incondicional, sus abrazos sinceros, sus besos desinteresados, es toda la cura que necesito para un corazón roto. Porque es así como me siento: como si me hubieran pisoteado el corazón.

¿Cómo es posible que todo esto haya sucedido en poco más de una semana?

Llegué al Caribe con la intención de desconectar, de pasar unos días relajados sin pensar en el pasado ni en el futuro.

Pero ahora solo puedo pensar en el presente.

En lo que he perdido sin siquiera tener la oportunidad de comenzarlo de verdad.

Cuando encuentro el transporte, y me identifico ante el guía que nos ha de acompañar a todos los que hemos ampliado la semana

de crucero con una semana extra de estancia en un hotel de todo incluido, me apremian para que guarde rápidamente mi maleta en el habitáculo del bus para poder irnos de una vez.

—Vaya, señor, pensábamos que nos iba a dejar plantados —dice con un tono sarcástico, revisando su reloj con evidente impaciencia.

Su tono y su ceño fruncido no deja lugar a dudas de que no está muy contento por haber tenido que esperar por mí.

Lo último que me faltaba era aguantar la cara larga de aquel hombre que no parece muy conforme con la demora.

—Había mucha gente desembarcando a la vez. Lamento el retraso —me disculpo, aunque mis palabras no suenan sinceras.

—Está bien, está bien. Súbase que aún nos queda algo más de una hora de trayecto por delante y tenemos información que ofrecerles que puede ser de su interés.

—Claro…

Subo al autobús con el ceño fruncido y me siento en el primer hueco que encuentro libre, a poca distancia del conductor.

El interior del vehículo está climatizado, pero no me basta para calmar la sensación de ardor en mi pecho. Dejo caer la cabeza contra el respaldo con un suspiro.

Alrededor, los demás pasajeros charlan animadamente, emocionados por la semana que les espera en Playa Bávaro. El guía comienza a hablar por el micrófono, explicando detalles del hotel, actividades a realizar, excursiones recomendadas… Desde luego, el hombre no pierde el tiempo para vender su catálogo de ofertas disponibles.

Pero su perorata me entra por un oído y me sale por otro, incapaz de procesar sus palabras.

Mi mente sigue atrapada en el barco. En la sensación de las sábanas frías a mi lado. En la forma en que Mara desapareció sin una palabra.

¿Cómo he podido ser tan ciego?

¿Tan ingenuo como para pensar que nuestra noche juntos significó algo para ella?

Muevo la cabeza con frustración y miro por la ventana. El paisaje tropical se desliza ante mis ojos, pero yo solo veo su rostro en mi mente.

Mara.

La mujer que, sin proponérselo, ha conseguido remover algo dentro de mí que creía enterrado para siempre.

Y lo peor de todo es que ni siquiera puedo odiarla por ello.



Capítulo 9

El destino juega sucio



ISAAC

El trayecto se me hace eterno.

Cuando al fin llegamos al hotel, la brisa cargada de sal y humedad me golpea al bajar del autobús. El sol brilla con fuerza sobre la fachada del Palladium, un resort lujoso rodeado de palmeras y con el inconfundible aroma del mar flotando en el aire.

Recupero mi maleta y camino hacia la recepción, intentando mantenerme en piloto automático. Solo quiero hacer el check-in e irme a mi habitación. Quizá una ducha fría me ayude a sacármela de la cabeza.

Como he sido uno de los primeros en apearme, no tengo a mucha gente delante de mí en la cola que nos conduce a la recepción. Pero para mí desesperación, son más lentos de lo que me gustaría tramitando las entradas en el hotel.

La cola avanza despacio hasta que por fin es mi turno. Me toman los datos y me colocan la pulserita de rigor en la muñeca, cual palomo anidado, que deberé llevar durante los siguientes días para

poder tener acceso a todo lo que el hotel puede ofrecer a sus huéspedes. Finalmente me entregan las llaves magnéticas y al girarme para ir rumbo a mi habitación, de repente, mi mirada se fija en una silueta familiar que permanece de espaldas unos metros detrás de mí.

Cabello oscuro. Rizado.

Un escalofrío me recorre la espalda.

No. No puede ser.

Parpadeo, seguro de que es solo mi imaginación jugándome una mala pasada. He estado buscándola por todas partes desde esta mañana, y debo estar viendo visiones. Pero algo en la forma en que esa mujer se mueve, en la inclinación de su cabeza, me hace contener el aliento.

Y entonces, ella se gira.

Y nuestros ojos se encuentran.

Por un instante, ninguno de los dos se mueve.

Su expresión refleja la misma sorpresa que debe tener la mía.

Así que no fui el único que extendió el viaje. No fui el único que tomó este autobús, que contrató este hotel…

El destino, ese cabrón con un sentido del humor retorcido, lo ha vuelto a hacer.

Mara pestañea, mira a un lado a otro como si buscara una vía rápida de escape. Pero en esta ocasión, soy yo el que se adelanta a sus movimientos. Me acerco a donde está y cuando la tengo frente a mí, le ofrezco una sonrisa ladeada.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —murmuro, inclinándome un poco hacia ella—. Que ahora ya no puedes huir de mí tan fácilmente.

Mara no contesta de inmediato. Me sostiene la mirada con esos ojos castaños que a veces se tiñen de verde y otras, de guerra.

Se cruza de brazos.

—¿Quién te ha dicho que estoy huyendo de ti?

Chasqueo la lengua.

—Nadie, por supuesto. Solo lo he deducido por tu elegante maniobra de evasión, digna de un agente secreto.

Ella entrecierra los ojos.

—No creí que fuese necesario dejar una nota en la mesilla.

—No, claro, con desvanecerte como un fantasma bastaba —respondo con una sonrisa tensa—. Pero, ¿sabes? Lo mínimo habría sido un «oye, gracias por la noche» o, no sé, un «hasta luego». Algo.

Ella me lanza una mirada que no sé si pretende ser defensiva o desafiante. Sé que no estamos en el lugar más apropiado para hablar de lo que ha pasado, en medio de una recepción repleta de viajeros aburridos que esperan que les llegue su turno para ser atendidos. Pero no me puedo contener. Quizás sean los nervios después de la mañana que he pasado por culpa de esta hechicera que tengo frente a mí.

—No sabía que *eso* venía con manual de cortesía post-camarote.

—No es cortesía. Es… respeto.

—¿Respeto? —repite, alzando las cejas—. ¿Qué tiene que ver lo que pasó anoche con el respeto?

—No lo sé. Sólo estoy intentando entender por qué alguien con quien compartí algo tan… real, tan jodidamente bonito, decide salir corriendo al amanecer como si la persiguieran los demonios del infierno.

Me doy cuenta que las parejas que nos rodean están la mar de interesados en nuestra conversación, pero sigo siendo incapaz de mantener la boca cerrada.

Ella se queda en silencio un segundo.

—No fueron demonios —alza la barbilla y me mira con falso orgullo—. Esta soy yo.

—Ya, lo imaginaba —murmuro, bajando un poco la voz—. ¿Sabes cuál es tu problema, Mara? Que huyes hasta de ti misma.

—¿Y tú qué sabes de mí, Isaac? Apenas me conoces.

—No hace falta pasar años con alguien para saber cuándo miente. O cuándo se muere de miedo.

—¿Y ahora qué, también resulta que eres psicólogo?

—No. Pero no soy idiota, aunque tú creas lo contrario.

Nos quedamos un segundo en silencio.

—Mira —digo, un poco más tranquilo—, yo no vine a este viaje buscando una historia de amor, ni una aventura. Me encontré

contigo. Me gustaste. Me gustas. Pasé días increíbles a tu lado y anoche… anoche fue más de lo que he sentido en mucho tiempo.

Ella traga saliva, pero no baja la mirada.

—Fue una noche. Solo eso. Nada más.

—Sí. Una. Pero no una cualquiera. Y no me vengas con que para ti no significó nada, porque no te lo crees ni tú.

Veo cómo se tensa. Sus manos aprietan el asa de su bolso con fuerza.

—Vale, sí significó —admite al fin, en voz baja—. Pero eso no implica que tenga que llevarnos a algo más. No entiendo por qué estás tan molesto conmigo. ¿No te ha dado por pensar que quizás yo no esté preparada para lo que tú pareces querer?

Entrecierro los ojos y doy un paso más hacia ella.

—¿Y qué crees que quiero, exactamente? —le pregunto.

—¿Seguir viéndome? ¿Tener algo más? ¿Convertir esta historia caribeña en una de esas películas que terminan con dos personas felices desayunando en una casa con jardín?

Doy un paso atrás y por primera vez en toda la mañana, se me escapa una sonrisa traicionera.

—No suena mal, ahora que lo pintas así.

Ella resopla.

—No te rías de mí —me exige.

—No me río de ti, Mara. Me río porque tienes tanto miedo, que prefieres sabotear lo que podría ser algo bueno antes de dejar que ocurra.

—¿Y tú qué? ¿No te da miedo?

La cola sigue avanzando, y ya está próximo el turno de Mara. Me niego a irme dejando la conversación a medias.

—Es posible. Pero me da más miedo arrepentirme que no haberlo intentado.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, como si no esperara esa respuesta. Luego desvía la vista.

—Tú no sabes por lo que yo he pasado —reconoce al fin—. Quizás tú tuviste un divorcio modélico, pero no siempre es así.

—No. No lo sé. Pero solo porque no me dejas acercarme lo suficiente para saberlo.

Un nuevo silencio se instala entre nosotros. Esta vez no es tenso. Es doloroso.

—Tienes razón —admite derrotada en voz baja—. Huyo. Huyo porque me cuesta confiar. Porque cuando lo hice, me rompieron por dentro. Y me juré a mí misma que nadie volvería a hacerme daño.

—Yo no soy él. —Son solo cuatro palabras, pero espero que sean lo bastante contundentes como para que ella entienda.

—Lo sé.

Llegamos por fin al mostrador de recepción y me veo obligado a dejar en pausa la conversación mientras ella es atendida. Me retiro unos pasos y, al mirar a la pareja que sigue a Mara, veo que me observan con la curiosidad pintada en los ojos.

Desde luego, no se cortan ni un pelo, aunque tampoco nosotros lo hemos hecho al hablar en un lugar tan inapropiado.

Cotillas.

—¿Desean continuar oyendo nuestra conversación, señores? Si quiere les compro unas palomitas —le ofrezco con una sonrisa tan falsa como una moneda de tres euros.

Ellos no responden; por el contrario, desvían la mirada y yo de nuevo, me vuelvo a centrar en Mara, que es quien me importa.

Cuando por fin termina sus gestiones, la tomo del brazo y, esta vez sí, la llevo a un aparte. Esos minutos que hemos estado separados, me han servido para terminar de calmarme.

—Entonces, ¿por qué no lo intentamos? ¿Por qué no me dejas demostrarte que no todos los hombres te van a fallar? —le pregunto sin el tono de aspereza anterior.

Sus ojos se llenan de algo que no sé si es tristeza, miedo o ternura. Tal vez un poco de todo.

—Porque no sé si tengo fuerzas para volver a empezar.

—Entonces no empecemos. Solo sigamos con lo que sea que comenzamos en ese barco. No tienes que prometerme nada.

Ella baja la mirada.

—No vine aquí para enamorarme, Isaac —dice, y esta vez su voz no tiembla. Es firme. Directa. Como una puerta que se cierra de golpe.

—Yo tampoco —respondo, sin dejar de mirarla.

—Pues entonces será mejor que lo dejemos aquí —añade, cruzando los brazos—. Antes de que esto se complique.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que lo dejemos aquí? ¿Después de todo lo que…?

—Sí —me interrumpe, como si necesitara sacárselo de dentro antes de que su resolución flaquee—. No quiero esto. No quiero complicaciones. No quiero arriesgarme.

—¿A qué? ¿A sentir algo otra vez? ¿A darte la posibilidad de que algo salga bien por una maldita vez?

—¡Sí! —responde con los ojos brillando, no sé si de rabia o de temor—. Porque ya sé cómo termina. Porque lo he vivido. Porque no quiero volver a sentirme hueca por dentro.

—Mara…

—No.

Da un paso atrás. El gesto es tan simbólico como real.

—Lo mejor que puedes hacer —añade, con la voz más baja ahora— es olvidarte de mí. Haz como si no me hubieras visto. Finge que este encuentro nunca ocurrió.

—No pienso hacer eso.

—Pues hazlo, porque será lo que haga yo —replica, dándose la vuelta.

Y entonces no me contengo.

—Eres una cobarde.

Ella se detiene en seco, pero no se gira.

—Puede ser —responde después de un breve silencio—. Pero al menos no me voy a arrepentir de haberme evitado otra caída.

Y se aleja.

Sin mirar atrás.

Sin darme opción a más.

Me quedo allí, inmóvil, viendo cómo se pierde entre la gente del vestíbulo. La rabia me arde en el estómago, pero no contra ella. O no solo contra ella.

Estoy furioso porque sé que está atemorizada. Porque sé que, aunque me ha cerrado la puerta, no lo ha hecho con seguridad, sino con pánico.

Y porque yo no soy de los que se rinden sin más a la primera.

Ni a la segunda.

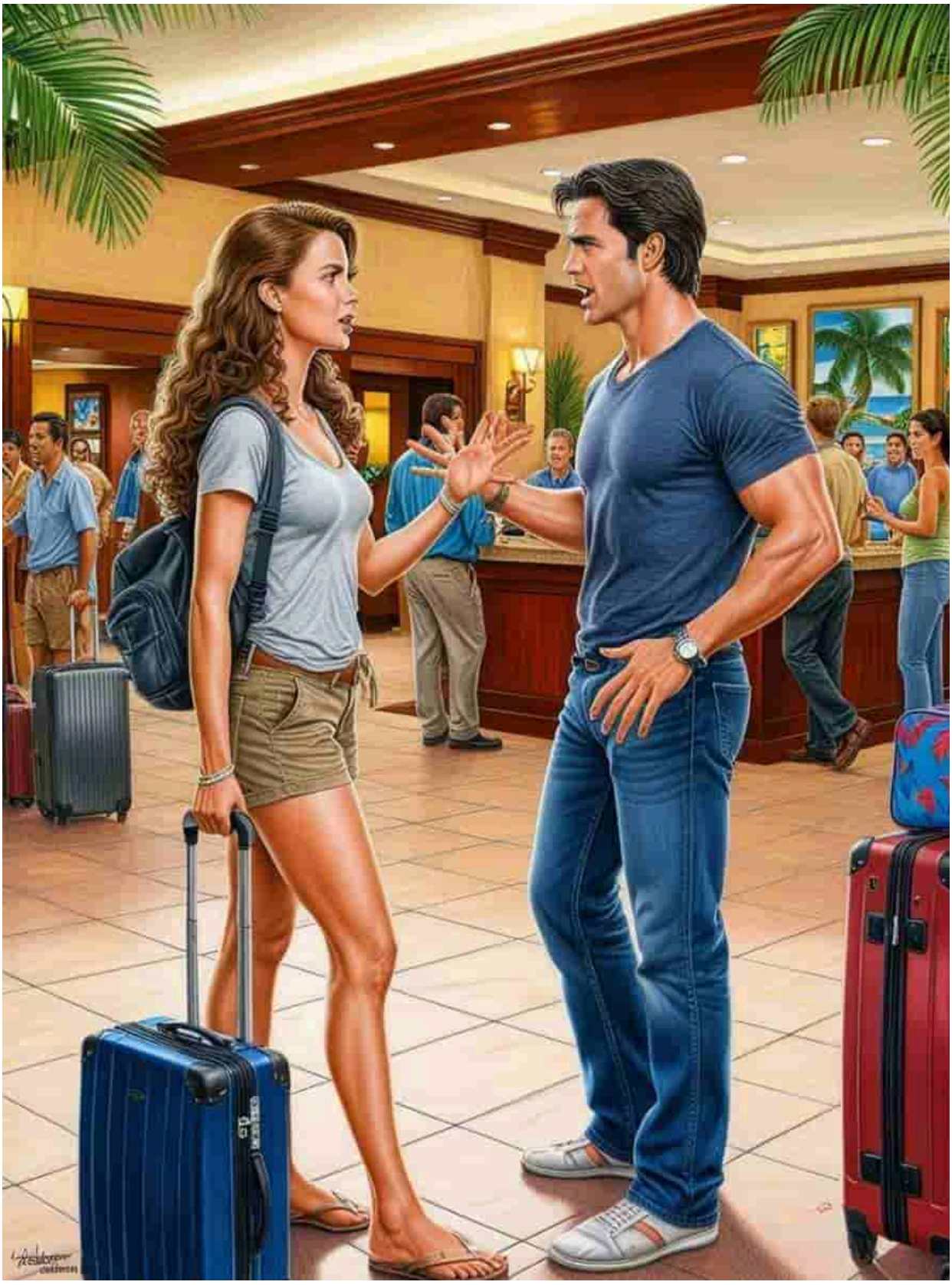
Cuento con una semana por delante.

Siete días en este paraíso para lograr que deje de huir. Para demostrarle que a veces, no todo termina mal.

No va a ser fácil.

Pero ella merece que lo intente.

Y yo no pienso tirar la toalla.



Capítulo 10

Un clavo saca a otro clavo



MARA

Cierro la puerta del camarote —bueno, mejor dicho, de la habitación, que este encuentro con Isaac me ha vuelto medio tarumba— y me apoyo en ella con los ojos bien cerrados. Ni en mis peores pesadillas habría imaginado este desenlace. En ningún momento habíamos hablado de nada que fuera más allá del crucero, por lo que no llegué a comentarle nada a Isaac acerca de que mis vacaciones en el Caribe durarían no una, sino dos semanas. Para ser sincera, ni siquiera pensé que nos volveríamos a ver una vez hubiéramos desembarcado.

Y mira tú por dónde, aquí estamos. Los dos en Playa Bávaro, ¡en el mismo hotel!, después de haber compartido una noche que preferiría haber podido borrar con un chasquido de dedos.

Hummm, quizás borrar no sería exactamente la palabra, porque no puedo negar que fue increíble. Pero sí *omitir*. Como cuando comes chocolate en mitad de una dieta. Sí, es delicioso mientras dura, pero luego aparece la culpa y la ropa apretada. En

este caso, la ropa apretada es la expresión de frustración que se ha quedado en la cara de Isaac cuando lo he dejado en mitad del *lobby*.

Pero lo hice porque es lo mejor.

O eso creo.

Me dejo caer en la cama y resoplo mirando al techo. Los ventiladores giran lentamente, creando una sombra hipnótica sobre las paredes. Aquí estoy, en un paraíso tropical, sufriendo por un hombre que, hace una semana, ni siquiera existía en mi vida. Definitivamente, mi suerte con las vacaciones debería ser estudiada por algún equipo científico.

—Genial, Mara. Eres oficialmente una tonta con diploma.

Mi voz resuena en la habitación vacía. Y lo peor es que, en el fondo, sé que Isaac tiene razón. He sido una cobarde. He salido huyendo antes de enfrentar lo que estoy sintiendo. Pero, ¿acaso alguien puede culparme después de mi historial amoroso?

Me incorporo apenas un poco sobre los codos y recojo las rodillas. ¿Qué pretendía Isaac? ¿Que dejara caer las murallas que he conseguido levantar durante años como autoprotección, así como así? ¿Que volviera a creer en cuentos de hadas después del desastre monumental que fue mi matrimonio?

Ni loca.

Lo cual no significa que sea inmune a su encanto. No lo soy. De hecho, es precisamente por eso que he huido en cuanto he podido. Porque sé que, si me quedo demasiado cerca, acabaré cediendo de nuevo. Isaac tiene ese *algo* que consigue derretir mis defensas con solo una sonrisa, y eso es arriesgado.

Peligroso.

Demasiado peligroso.

Me vuelvo a desplomar sobre la cama como si hubiera un imán que tira de mí y cierro los ojos. Vale, necesito un plan. Algo que me mantenga alejada de Isaac durante esta semana. Algo que nos deje claro, a él y a mí misma, que no estoy interesada en nada que se parezca ni remotamente a una relación. Tengo que sacármelo de la cabeza como sea. Sólo serán unos días y después volveré a mi rutinaria y segura vida, que, aunque no sea para tirar cohetes, es la que me tiene atados los pies en el suelo.

Y entonces, en un ataque de lucidez (o de estupidez, aún no estoy segura), una frase que decía siempre mi amiga Joe aparece en mi mente como un letrero de neón:

«Un clavo saca a otro clavo».

Abro los ojos de golpe. ¿Realmente acabo de plantearme buscar a otro hombre para olvidar a Isaac? ¿Tan desesperada estoy?

Me quedo pensando un instante.

Sí, lo estoy. Tanto como para intentar cualquier cosa que me ayude a sacármelo de la cabeza. Suena horrible, pero quizás esa sea la solución.

Me levanto de la cama de un salto y voy hasta el baño para mirarme en el espejo. Mi reflejo me devuelve una mueca burlona. Mi pelo está revuelto por el viento, mis ojos parecen cansados, y mi expresión revela una profunda irritación.

—Tranquila, guapa, no es como que estés planeando casarte otra vez —me digo con sarcasmo—. Solo buscas un poco de diversión. Algo pasajero. Sin ataduras. Como cuando comes helado directamente del envase. Solo por el placer inmediato.

Pero… ¿a quién pretendo engañar?

—Aghhhhhh. ¡Mierda!

Sacudo la cabeza con determinación. No voy a pasar esta semana escondiéndome como una adolescente asustada. No pienso permitir que Isaac vea lo mucho que me afecta.

Si él insiste en que soy cobarde, demostraré justo lo contrario. Encontraré un hombre atractivo, simpático, y totalmente desechable, para recordarme a mí misma que no necesito a nadie especial en mi vida.

Sobre todo, no necesito a Isaac.

¿Poco ético? Quizás.

¿Maduro? Para nada.

¿Absolutamente desesperado? Completamente.

Pero nadie es perfecto, ¿verdad?

Además, estoy en un resort de lujo en el Caribe. No será tan difícil dar con un candidato para mi pequeña operación «Isaac Fuera».

Sonrío para mí misma con renovada audacia.

—Vale, Isaac. ¿Quieres guerra? Muy bien; la tendrás.

Unas horas después, ya duchada y con un vestido de verano que resalta mi piel ligeramente bronceada, salgo decidida de la habitación. El resort es espectacular, con senderos bordeados de palmeras, piscinas enormes y playas de postal. Vamos, el escenario ideal para encontrar mi *clavo*.

Camino hacia el bar situado junto a la piscina principal. Es media tarde y los huéspedes ya empiezan a reunirse allí. Localizo un taburete vacío y me siento, haciendo una rápida inspección visual del terreno.

Mi primera conclusión es inmediata: hay demasiadas parejas. Parejas que parecen felices, parejas acarameladas, parejas mayores jugando a las cartas... Genial. Justo lo que necesito para mantener alto mi nivel de líbido y confianza.

Pero entonces, como si el universo quisiera echarme una mano, aparece un chico alto, de cabello rubio y sonrisa deslumbrante, que se acerca a la barra justo a mi lado.

—Hola, ¿qué tal? —saluda con acento claramente extranjero.

¿Es a mí? ¿Los hados se alían por fin a mi favor?

—Mucho mejor ahora —respondo automáticamente, sonriendo con más coquetería de la que siento.

Su sonrisa se amplía.

—Soy Oliver. ¿Y tú?

—Mara.

—Un placer, Mara. ¿Quieres tomar algo conmigo?

—Claro, ¿por qué no?

Misión «Isaac Fuera» oficialmente en marcha. Y, además, qué demonios, Oliver no está nada mal. Alto, rubio, sonrisa bonita… No parece especialmente profundo ni complicado. Es ideal.

Y justo cuando creo que todo va viento en popa, alguien se coloca justo al otro lado de la barra, exactamente frente a mí, apoyado con estudiada calma.

Levanto la vista, y mi corazón da un vuelco.

Isaac me mira fijamente, una ceja levantada y una sonrisa burlona bailando en sus labios.

Oh, por Dios. ¿Esto es en serio?

—¿De verdad, Mara? ¿Tan rápido pretendes sustituirme?

Oliver me mira confuso. A continuación, lo mira a él, y de nuevo, posa sus ojos en mí.

—¿Es tu novio? —pregunta, incómodo.

—¡No! —respondo rápidamente—. Solo es alguien que se cree que tiene derecho a opinar sobre mi vida.

—Ah —dice Oliver, mirando de nuevo a Isaac con gesto de intriga—. Bueno, pues yo mejor os dejo.

El rubiales se marcha de manera apresurada, espantado o, mejor dicho, tirando la toalla antes de que el combate dé siquiera comienzo.

Isaac sonríe triunfante.

—¿Este es tu plan, Mara?

Siento cómo mis mejillas enrojecen.

—¿Qué plan, ni qué ocho cuartos? ¿Acaso no puedo hablar con quién me venga en gana?

—Por supuesto. Pero de verdad, ese «mucho mejor ahora» —parodia mi voz—, ha sonado patético.

Me envaro de inmediato y lo miro con el deseo de que los rayos láser que lanzan mis ojos lo fulminen y lo conviertan en ceniza.

—Eres insoportable.

—Y tú adorablemente predecible.

—¿Qué haces aquí? —pregunto molesta.

—Lo mismo que tú. Tomando una copa en un lugar precioso, en una agradable tarde de otoño.

Frunzo el ceño, irritada.

—No pienso jugar a este juego contigo, Isaac.

—Eso está por verse.

Y antes de que pueda responder, se da media vuelta y se aleja, dejándome plantada y furiosa.

¿Así que esas se trae? ¿Pretende acaso intentar ahuyentarme a todos los hombres disponibles del resort?

Pues si esa es su estrategia, que empiece la partida. Se va a dar cuenta por sí mismo de que a mí, no me gusta perder.

Pero mientras lo veo alejarse con paso seguro, mi corazón se acelera. En el fondo sé que, si entro en este juego con Isaac, hay

muchas posibilidades de que la única que salga escaldada sea yo.

Y, aun así, pienso seguir adelante.

Aunque eso me pueda costar mucho más que mi dignidad.

—Esto no va a acabar bien —susurro para mí misma, sabiendo que ya estoy atrapada en una partida de la que probablemente salga muy mal parada.



Capítulo 11

El peligroso juego de las miradas



ISAAC

Estoy apoyado en un rincón discreto de unos de los bares del hotel que están situados a pie de playa. A pesar de ser una palapa no muy grande, desde mi ubicación me doy cuenta de que puedo observar sin ser visto. Ayuda el hecho de que esté pobremente iluminado a esas horas de la noche con una ristra de luces que lo cruza de lado a lado, ofreciéndole a sus usuarios un entorno íntimo, al que el susurro del mar le sirve de compañero idóneo.

Me siento un poco patético escondiéndome en las sombras, pero hoy no quiero que Mara note que estoy aquí. Esta vez voy a jugar mis cartas de manera diferente porque quiero descubrir realmente cuál es la mano de ella.

O al menos eso es lo que me digo para convencerme de que no soy un tonto romántico al que se lo comen los celos.

Desde el incidente con Oliver en la tarde de ayer, me he prometido mantener una distancia prudente. Mara dejó claro que quería alejarse, y yo, en teoría, debo respetar eso. Pero en la

práctica, aquí estoy. Oculto en la penumbra de la última mesa del local —o como me gusta llamarlo, en mi puesto de observación estratégico— viendo cómo la mujer que me vuelve loco hace esfuerzos titánicos por reemplazarme con cualquier hombre que se cruce en su camino.

Se me escaba un profundo suspiro mientras observo cómo Mara se acerca a la barra del bar con pasos firmes y decididos, aunque yo sé que está más insegura de lo que pretende mostrar. Me conozco sus gestos, sus nervios camuflados con aparente seguridad.

La veo pedir una copa con simulada despreocupación, aunque el leve movimiento inquieto de sus dedos sobre la barra la delata. Lleva puesto un vestido corto y ligero, que destaca sus piernas bronceadas y su cabello oscuro y rizado, que cae libre por sus hombros, iluminado tenuemente por las luces decorativas del lugar. Tengo que morderme la mejilla por dentro para evitar moverme de mi sitio y acercarme a ella.

No. Hoy toca esperar, así que me obligo a quedarme quieto y respirar profundo. Resulta difícil y frustrante, pero mi convicción es firme.

Entonces aparece él. Un camarero joven, alto y con una sonrisa perfectamente entrenada para seducir a turistas incautas. Típico espécimen playero de hotel caribeño, de esos que parecen sacados de un catálogo de vacaciones.

Y lo peor es que a Mara parece encantarle, o al menos, eso quiere aparentar. ¿Será consciente de que está coqueteando con alguien cuyo trabajo consiste precisamente en mantener felices a las mujeres solitarias que visitan este hotel? Probablemente sí. Pero está claro que no le importa en demasía. Está desesperada por enviarme un mensaje, y ha elegido al pobre camarero como mensajero.

Me recuesto contra el respaldo de mi asiento, fingiendo indiferencia. Una parte de mí quiere marcharse, ignorar esto y dormir plácidamente. Otra parte, mucho más testaruda y masoquista, prefiere quedarse para observar hasta dónde es capaz de llegar.

Por supuesto, gana el masoquista.

Desde mi *escondite estratégico*, veo cómo ella inclina ligeramente la cabeza hacia atrás, riendo de algo que ha dicho el

joven dominicano, demasiado cerca de ella para mi gusto. Aprieto los dientes y tomo un sorbo largo de mi bebida, tratando de contener las ganas de irrumpir en esa escena como un superhéroe celoso.

Porque eso sería aún más patético si cabe.

Resoplo por lo bajo, cansado de mí mismo.

—Eres un desastre, Isaac —me digo a mí mismo, tomando otro trago largo—. Esto te pasa por enamorarte de una mujer testaruda.

Sin embargo, al fijarme más atentamente, noto algo curioso: aunque Mara sonríe y coquetea, de vez en cuando desvía la mirada discretamente hacia distintos puntos del bar… y solo me pregunto si me estará buscando. Lo intuyo porque me busca de la misma forma en que yo la busco a ella: con disimulo, fingiendo que no lo hace. Y eso me arranca una leve sonrisa.

Así que no está tan segura de su pequeño plan maestro.

Mientras observo la escena, intento convencerme de que estoy haciendo lo correcto al quedarme quieto. Mara tiene que tomar sus propias decisiones. Yo no puedo imponerle lo que debe sentir. Pero cada vez que el camarero se le aproxima, siento una punzada de rabia en el pecho que me hace considerar seriamente si no sería mejor acercarme, tomarla de la mano y recordarle lo bien que encajan nuestras bocas cuando no discutimos.

Vuelvo a beber un trago profundo. Esto no es justo. ¿Por qué tiene tanto poder sobre mí? Una sola mirada suya bastaría para derribar todas mis defensas, y ella ni siquiera lo sabe.

O quizá sí… Demasiado bien, diría yo.

Continúo vigilando, y cuando creo que no puedo sentirme más miserable, el dominicano, que ahora mismo tiene cara de haber ganado la lotería, apoya una mano sobre el hombro de Mara con confianza. Ella parece dudar unos instantes, tensa, y mi cuerpo entero se prepara para intervenir.

Pero entonces sucede algo que no me espero: Mara se aparta un poco; parece incómoda. Mira alrededor una vez más, claramente buscando a alguien —¿a mí? —, y cuando no logra encontrar lo que parece que busca, su expresión se transforma en una clara

decepción. Sus hombros caen ligeramente, pierde el interés y niega con suavidad cuando el camarero le susurra algo al oído.

¡Lo ha rechazado! Sonrío para mí mismo, aunque intento no regodearme demasiado. Bueno, quizá sí lo hago… un poco.

El camarero asiente, resignado, recoge unas copas vacías de la barra, y se despide de ella con esa sonrisa profesional que seguro usa como parte del uniforme. Mara le devuelve un gesto educado y se queda a solas, moviendo distraídamente la copa entre sus manos.

Es curioso cómo su rostro se suaviza cuando cree que nadie la observa. Esa fachada de mujer implacable se disuelve en cuanto piensa que no la miran. Veo vulnerabilidad, inseguridad, y sí, quizá incluso un poquito de culpa en su expresión.

Finalmente, después de unos minutos más mirando distraídamente su copa vacía, Mara suspira, deja algo de propina sobre la barra y camina lentamente hacia la salida, completamente sola.

La sigo con la mirada mientras se marcha, incapaz de evitar la satisfacción que me invade. Quizá no esté todo perdido después de todo. Ella sigue teniendo dudas. Sigue pensando en mí. Está jugando al despiste porque está asustada, pero siente algo, y no puede ocultarlo completamente.

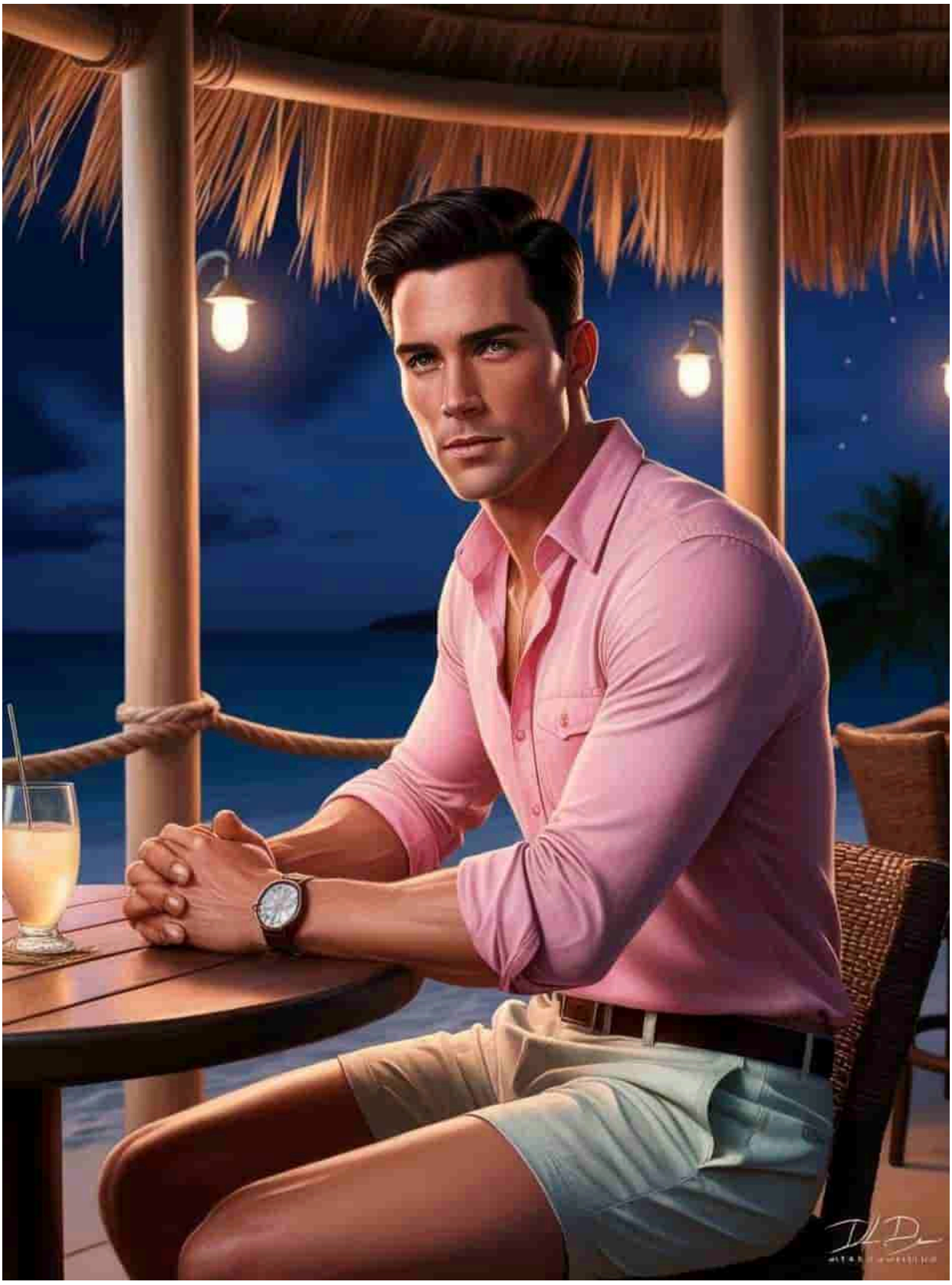
Me incorporo despacio y dejo la copa en una mesa cercana. Se me ha escapado la sonrisa idiota del año, lo admito. Esta noche no es una derrota, al contrario: es un pequeño paso hacia adelante. Porque ahora sé que Mara todavía está aquí, conmigo, aunque no quiera admitirlo.

Pero no pienso ponérselo fácil. No iré tras ella ahora mismo, que yo también tengo un poco de orgullo. No mucho… pero sí algo.

Esta vez quiero que sea ella quien decida volver. Ya lo intenté cuando le mostré mis cartas el día que llegamos al hotel, y no funcionó. Ahora jugaré con sus reglas: lentas, frustrantes y confusas.

Tenemos aún varios días por delante en este paraíso tropical. Días en los que pienso demostrarle que puedo ser paciente, que estoy dispuesto a esperar a que deje de tener miedo. Aunque me cueste repetir noches como ésta: agazapado en la penumbra de un

bar de playa y tragando más celos de los que mi dignidad debería permitirme.



Capítulo 12

Jugando con fuego



MARA

No me enorgullezco de mis decisiones recientes. Pero en mi defensa, debo decir que no estoy operando bajo condiciones normales.

Una cosa es irte de vacaciones al Caribe para desconectar del trabajo, del estrés, de la rutina… y otra muy distinta es acabar metida en una lucha emocional contra alguien que hace que me hierva la sangre con solo levantar una ceja.

Y sí, lo admito: estoy hablando de Isaac.

Ese hombre tiene la capacidad innata de sacar lo peor y lo mejor de mí. Me hace reír, me hace rabiar, me hace pensar en cosas que había enterrado tan profundamente que ya ni recordaba que existían. Cosas como la ilusión, la confianza, la complicidad… el maldito deseo de volver a intentarlo con alguien.

Y, lo peor de todo, es que es tan condenadamente encantador, que hasta cuando lo odio, me dan ganas de besarlo.

Así que he llegado a una conclusión lógica de que sólo hay una opción posible: necesito neutralizar el efecto Isaac. Pero esta vez de

verdad, porque lo de anoche con el barman dominicano fue una chapuza (por mi parte, claro está). Sé que, si le hubiera dado más carrete, la situación entre los dos hubiera terminado de una manera muy diferente a como lo hizo. Es decir, que seguramente no me hubiera ido a la cama sola y con una frustración de tres pares de narices.

Un clavo saca a otro clavo.

Me lo repito una y otra vez para tratar de que se me quede grabado a fuego en la mente.

Así que me planto frente al espejo con mi bikini más favorecedor (léase: el que más me aprieta el pecho sin cortarme la circulación) y un pareo ligero que deja ver justo lo necesario. Me suelto el pelo, me echo un poco de protector solar con olor a coco —porque una tiene dignidad, pero también cutis— y salgo de la habitación con paso firme.

Hoy, mi objetivo es uno: Oliver, el guiri que conocí el otro día en la piscina. Rubio, simpático, soltero (o eso supongo porque viene solo, aunque a estas alturas me importa un pimiento) y lo suficientemente desnortado como para no darse cuenta de que lo voy a usar de escudo humano contra el huracán que para mí es Isaac.

Me doy un paseo por las zonas comunes del resort y por fin localizo a mi objetivo en una tumbona junto a la piscina. Está leyendo un libro. Un *libro de papel*, de esos que la gente llevaba a la playa antes de que los móviles lo absorbieran todo. Añado un punto mental extra a su favor.

Me acerco con paso despreocupado, aunque cada movimiento lo tengo bien medido.

—¡Hola, Oliver! —digo animada, como si fuera la chica más simpática del complejo y no una bomba hormonal con pareo.

Él levanta la vista, sorprendido. Su sonrisa es de esas que se podrían catalogar como genuinas. Me siento un poco culpable, pero solo un poco.

—Mara, qué gusto verte —responde en un español precario, pero entendible.

—Te estaba buscando…

La sorpresa de él se vuelve más tangible. Suelta el libro y me mira con gesto complaciente.

—¿A mí?

—Quería pedirte disculpas por los lamentables modales de mi amigo del otro día. No tenía derecho a meterse en nuestra conversación.

—Pensé que no era más que un novio celoso.

—¿Novio? ¡Ja! En absoluto. Apenas es un simple conocido. Nadie importante…

Una sonrisa lobuna se intensifica en su rostro pálido, que ha empezado a enrojecerse por los efectos del sol. ¿Acaso este hombre no sabe lo que es la protección solar? Como no tenga cuidado, va a terminar como una gamba cocida.

—¿Te apetece sentarte un rato? —me pregunta con amabilidad.

Hago un barrido con la mirada alrededor de la piscina, buscando…

No, joder, no busco nada. Ni tampoco a nadie.

Sin embargo, lo encuentro. Está plácidamente sentado bajo una sombrilla, cerca del bar.

—Sí, claro —respondo al fin, ocupando la tumbona de al lado, con una sonrisa dulce que no sé de dónde saco.

Comenzamos a hablar. Bueno, *él* comienza a hablar. Yo más bien escucho. Me cuenta que es profesor de biología en Orlando y que está aprovechando unos días que tenía disponibles para recorrer el Caribe solo. No porque sea un espíritu libre, sino porque su novia lo dejó hace tres meses y decidió no cancelar el viaje.

Fantástico. Estoy ligando con el club internacional de los corazones rotos.

Mientras él sigue explicándome cómo funciona la fotosíntesis en las plantas tropicales —juro que no es broma—, yo intento mantener la atención. Lo intento de verdad. Pero es que mis ojos, como si fueran perros mal entrenados, vuelve una y otra vez al mismo sitio: la sombrilla donde *sé* que está Isaac.

No me atrevo a mirar, pero tengo la certeza física de que me observa. Lo siento en la piel, como cuando sabes que te va a caer

una gota de helado en una camisa blanca.

Sigo escuchando a Oliver. Me habla ahora de su pasión por las aves. Literalmente. Aves. Pájaros. Y de repente estoy atrapada en una conversación sobre los hábitos migratorios del petirrojo europeo.

Si me trago otra palabra como «ecosistema» o «hábitat natural», juro que gritaré.

—¿Y tú? —pregunta de pronto—. ¿A qué te dedicas?

Bueno, por fin el guiri ha decidido salir de su burbuja particular.

¿Por qué será que tengo tan mala puntería para ligar?

—Agencia de viajes —respondo con tono neutral, sin muchas ganas de detallar—. Vendo felicidad embotellada a gente que cree que unas vacaciones lo solucionan todo.

Oliver se ríe. A pesar de todo, me gusta su risa, es limpia. Casi me hace sentir mal por estar usándolo como carnada de celos.

—Me alegro de que te hayas acercado hoy a mí —dice, observándome con interés.

—Sí, yo también me alegro —respondo, sin añadir que en realidad me estoy conteniendo para no salir pitando.

Él asiente, y noto cómo sus ojos me recorren con algo más de interés que antes. Y ahora sí, no puedo evitar desviar la mirada hacia donde no debería.

Por supuesto, allí sigue.

Isaac.

Apoyado en su tumbona, con una cerveza en la mano y las gafas de sol caladas como si fuese un modelo de catálogo. Pero yo sé que está mirándonos. Lo sé. Porque en cuanto nuestros ojos se cruzan, él levanta apenas su cerveza a modo de brindis, con una media sonrisa ladeada.

Me entran ganas de tirarle una sandía a la cabeza.

Pero no. Solo sonrío dulcemente a Oliver y me acerco un poco más a él.

—¿Te apetece tomar algo en el bar? —sugiero, más por escenografía que por sed.

Oliver acepta encantado. Nos levantamos, y mientras caminamos juntos, yo me aseguro de balancear las caderas con la

sutilidad de una coreografía ensayada. Isaac no se inmuta. No se levanta. No frunce el ceño. Solo... me observa.

Grrrrr, ¡qué rabia!

Llegamos al bar y pedimos dos mojitos. El barman nos sonríe como si viera esta película todos los días, que probablemente lo hace. Nos sentamos en uno de los sofás del *chill out*. Oliver sigue hablándome de las estrategias de camuflaje de los insectos y yo finjo escuchar, aunque mi atención se divide entre cada palabra y la sensación de que algo no cuadra.

No es culpa de Oliver. Es un tipo encantador. Simpático. Educado. Inteligente. Aunque, bueno, también un poco aburrido; la disertación que me está soltando no hay por donde cogerla.

No obstante, me empeño en echarle la culpa a Isaac. Porque, si bien pueda sacarme de quicio, y aunque me haya convertido en una versión inestable de mí misma, lo cierto es que... cuando no lo tengo cerca, lo echo de menos.

Un pensamiento absolutamente irritante. E incomprensible.

En un momento dado, Oliver deja su vaso en la mesa y me mira, algo más serio.

—¿Puedo ser honesto?

—Claro —respondo, aunque algo en su voz me dice que lo que voy a escuchar no va a ser de mi agrado.

—Eres muy guapa. Y divertida. Pero tengo la sensación de que estás pensando en otra persona.

Boom.

Puñetazo directo al ego.

Parpadeo, incómoda.

—¿Por qué lo dices?

Él sonríe con amabilidad y de forma educada.

—Porque llevas toda la conversación mirando por encima de mi hombro.

—Oh, oh… yo… —Boqueo una y otra vez. ¿Y ahora que digo?

Oliver se encoge de hombros.

—No pasa nada. Es solo que no me agrada ser el plan B de nadie. Ni siquiera en vacaciones.

Y se levanta, dedicándome una última sonrisa antes de marcharse.

Me quedo sola en el sofá, con dos mojitos a medio terminar y un nudo en el estómago.

Bravo, Mara. Lo acabas de hacer de puta madre.

Me siento tan ridícula, tan, tan… fracasada, que no tengo fuerzas ni para irme a la habitación. En lugar de eso, camino hasta la playa y me siento un rato en una de esas tumbonas solitarias que miran al mar como si esperaran respuestas.

La brisa acaricia mi piel y el cielo comienza a amenazar lluvia a la distancia. La postal perfecta para un corazón que ya no sabe ni lo que quiere.

No es que esté enamorada. No, eso no. No me he enamorado de Isaac. Eso sería una locura, una irresponsabilidad absoluta que no me puedo permitir.

Pero sí me ha calado hondo.

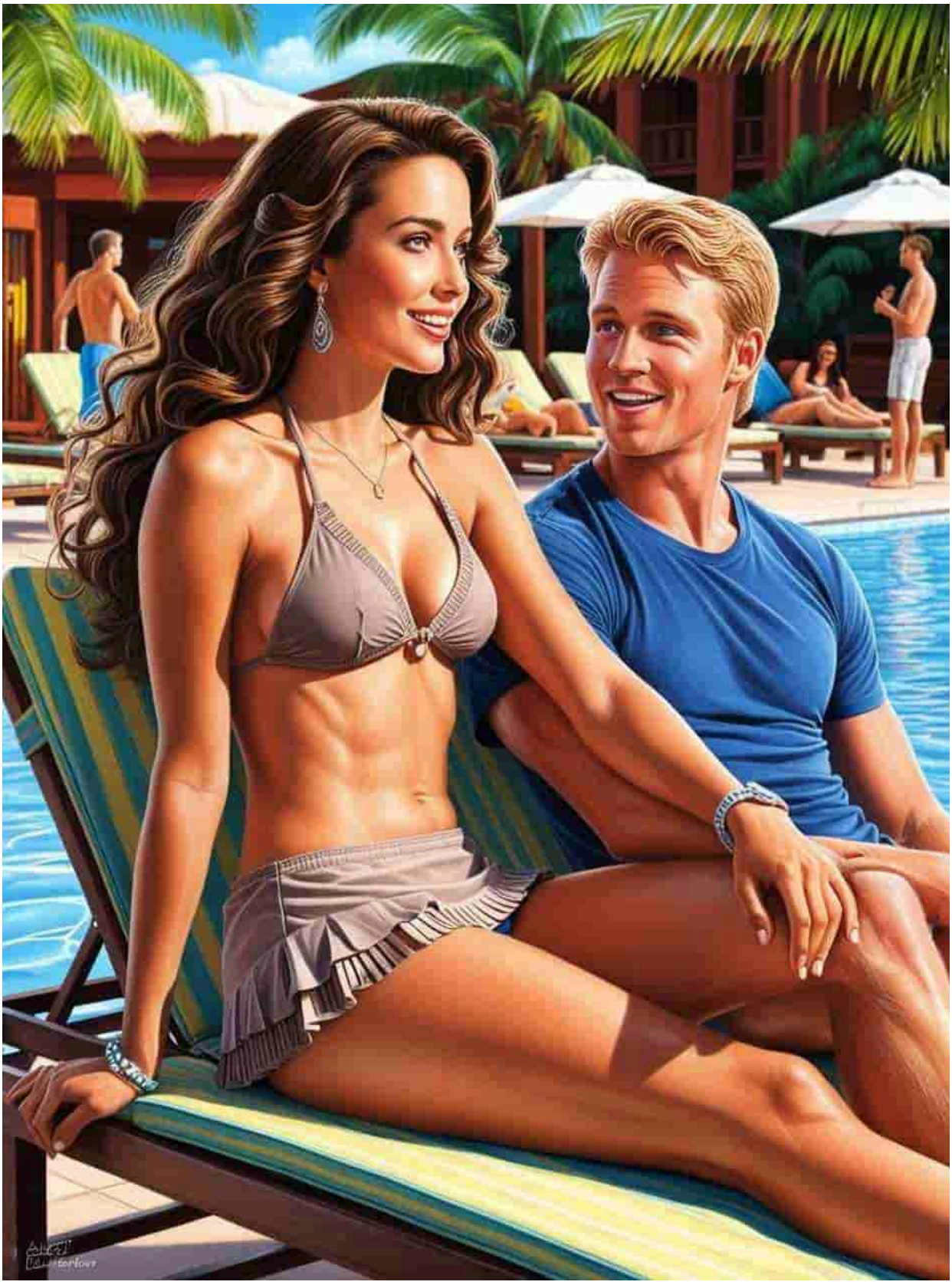
Y esa es justo la razón por la que quiero tenerlo lejos. Porque cuanto más cerca está, más difícil me resulta mantener el control.

Cierro los ojos y me dejo mecer por el sonido de las olas. Mi intento con Oliver no solo ha sido un fracaso absoluto, sino que, además, me ha dejado con una sensación amarga en la boca. No sé si es el mojito o la culpa.

Quizás ambas.

Cuando las primeras gotas empiezan a golpearme el rostro, decido volver a mi habitación.

Pero al cruzar el vestíbulo para dirigirme a mi destino, me encuentro con una sorpresa que me deja paralizada.



Capítulo 13

Un plato que se sirve mejor frío



ISAAC

El universo tiene un sentido del humor peculiar. Me paso días detrás de una mujer que me huye como si tuviera la lepra… y cuando por fin decido soltar la cuerda, ella se da la vuelta y empieza a morder.

No de manera literal, claro. Pero casi.

La escena de esta mañana en la piscina ha sido de manual: Mara, con ese bikini que debería estar prohibido por la asociación de enfermedades cardíacas (suponiendo que exista), se ha sentado junto a su amigo el americano, no sin antes cerciorarse de que pudiera verla desde mi ubicación. Y no lo digo por pedantería, pero es que ha sido demasiado descarado por su parte. Vamos, que no se ha cortado ni un pelo en poner en marcha la operación «no me importas, Isaac», cuando se ha percatado de que yo no le quitaba el ojo de encima.

Pero eso solo me hace pensar todo lo contrario. Por más que diga que no, estoy seguro de que sí que le importo (o eso es lo que

me obligo a creer porque me mata pensar que ha pasado de mí en un abrir y cerrar de ojos).

Si fuera de esta manera, no hubiera visto su mirada ir y venir hacia mi tumbona como un metrónomo nervioso. He visto cómo reía más fuerte de lo normal, cómo lo tocaba como si él fuera una lámpara de lava y estuviera comprobando si se calienta. Todo muy estudiado. Demasiado para creer que era natural.

Así que, como hombre razonable que soy (más o menos), me he prometido no caer en su juego. Me he quedado tranquilo, bebiendo cerveza y fingiendo leer un libro de vez en cuando, aunque en ningún momento he conseguido pasar de página.

Entonces ha llegado el momento del bar. Y verla caminar con él, agarrándole el brazo, riendo como si tuviera una piña colada en vena…

Ahí me he dicho: vale, hasta aquí.

Si ella puede jugar, yo también. Pero no ahora. No en este momento en que los demonios me tienen sujeto por las greñas, por no decir por otra parte más íntima de mi anatomía.

Cuando la he visto dirigirse a la playa, no la he seguido. Definitivamente, no me siento con ánimo para hacer tal cosa.

He decidido que ya está bien. Que no soy un objeto decorativo a disposición de su humor cambiante. Que también puedo ser indiferente. Que también puedo coquetear, sonreír… y si hace falta, dejarme querer un poco.

Camino hacia la recepción aparentando que voy a mirar las actividades del hotel, pero en realidad solo estoy buscando una excusa para dejar de ver a Mara y sacarme de la cabeza su maldito desfile de risas.

Eso me repito internamente mientras reviso la pizarra de excursiones junto al mostrador. A mi lado, hay varias personas consultando lo mismo, pero no les presto atención. Hasta que una voz femenina se dirige a mí con un acento castizo y una seguridad que me pilla desprevenido.

—¿Estás en la lista para la excursión de Isla Saona de mañana?

Me giro.

Y ahí está ella.

Una chica morena de unos treinta y pocos, pelo rizado (sí, tenía que ser rizado) recogido en un moño alto que amenaza con desatarse en cualquier momento, piel tostada por el sol y una camiseta blanca con letras rosas que dicen «*Sun, Sand, Sangría*».

No voy a mentir: desprende luz.

—No lo sé —respondo, algo desconcertado—. Justo estaba mirando eso.

Ella me dedica una sonrisa amplia, natural, de las que no se esfuerzan en ser perfectas.

—Pues apúntate. Merece la pena. Yo fui el año pasado y me encantó. Este año repito, pero con dos amigas que no han pisado el Caribe en su vida. Por cierto, me llamo Natalia —dice presentándose, al tiempo que me ofrece la mano.

—Isaac —respondo, estrechándola.

Y por primera vez en días, siento que alguien me mira sin escanear mi alma.

Charlamos unos minutos. Es enfermera de urgencias en Madrid, y me cuenta un par de anécdotas divertidas de pacientes que se desmayan al ver una tirita. Me hace reír. En serio. Reír de verdad, con ganas. Algo que últimamente me cuesta un mundo si no viene de una pulla directa de Mara.

Y en ese justo momento, el bendito destino hace de las suyas.

Mara aparece en la entrada del *hall*.

La reconozco al instante, aunque vaya con gafas de sol y ese pareo que le hace las piernas infinitas. Camina con ese vaivén natural que tiene incluso cuando no lo busca.

Y cuando ve a Natalia y a mí riendo juntos, se para en seco.

Literalmente. Una pausa apenas perceptible, pero clarísima para mí. Como si su cerebro dijera «*error 404: esto no estaba en el guion*».

Ella vuelve a moverse como si tal cosa, fingiendo que no ha visto nada. Pero yo sí me he dado cuenta. Y me he percatado de cómo nos ha mirado.

Y eso… es glorioso.

Natalia, ajena a todo lo que acaba de acontecer, sigue hablando.

—¿Estás aquí con amigos o solo?

—Bueno, técnicamente... diría que sí, que estoy solo —respondo, sin dar más detalles.

No necesito explicar lo de «estoy emocionalmente secuestrado por una mujer que juega al escondite con mis sentimientos».

Natalia se ríe ante mi respuesta y se encoge de hombros.

—No tengo ni idea lo que quieres decir con eso. Pero si te apuntas a la excursión, te aseguro que lo pasaremos bien. El guía es un *showman*. Bailes, bebida, snorkel… y si tienes suerte, alguna que otra tortuga marina.

—¿Y si no tengo suerte?

—Pues tendrás que aguantarte conmigo —dice guiñando un ojo.

Natalia es divertida. Agradable. Con ese tipo de confianza que hace que te sientas cómodo sin necesidad de máscaras. No hay tensión, no hay nerviosismo. Solo buena vibra.

Y, sinceramente, eso también sienta bien, que para eso me embarqué en estas vacaciones que para nada están saliendo como yo esperaba.

—Me has convencido —asiento, satisfecho por la decisión tomada. Y por otras cosas que no le digo a Natalia.

Nos apuntamos juntos en la lista, intercambiamos un par de bromas más y acordamos encontrarnos al día siguiente en el vestíbulo. Luego ella se despide con una sonrisa y se marcha al spa a buscar a su amiga.

Yo me quedo unos segundos solo, mirando el papel de la excursión.

Y es entonces cuando vuelvo a fijarme en Mara.

No se ha ido. Está sentada ahora en una butaca del *hall*, con una revista en las manos, fingiendo una tranquilidad que no se cree ni ella.

Me río por lo bajo. Está mirando en mi dirección. Con disimulo, por supuesto. Pero se le ve el plumero a leguas.

Y ahí es cuando me doy cuenta de algo: está celosa.

La mujer que lleva días tratándome como si fuera un error del sistema, como si yo fuera una notificación que quiere silenciar, *está celosa***.**

Y aunque no soy rencoroso… qué demonios. Esto lo voy a disfrutar.

Cruzo el *hall* con calma. Esa calma que solo se tiene cuando uno va a lanzar una bomba y sabe perfectamente lo que va a explotar.

Mara sigue fingiendo leer su revista. Ni siquiera sé si la tiene al derecho. Está sentada con una pierna cruzada sobre la otra y una mueca de «estoy por encima de todo» que se le está desmontando por segundos.

—¿La revista es interesante o estás esperando que la sección de cotilleos ponga algo sobre mí? —digo al pasar junto a ella.

Ella no levanta la vista de inmediato. Tarda unos segundos. Respira hondo.

—Oh, estás aquí. Qué casualidad —responde, tan seca que casi siento cómo me arrugo.

—Sí, el hotel es grande, pero no lo suficiente para que me pierdas de vista tan fácilmente, ¿no? —le digo, sentándome sin preguntar en la butaca frente a la suya—. ¿Y bien?

Ella resopla de forma audible.

—¿Acaso crees que me interesa saber lo que haces a cada momento?

—No, pero tus ojos te delatan, Mara.

—No tengo ni idea de qué demonios me hablas.

—Sí que lo sabes. ¿Te molesta que me haya entretenido con Natalia? Una chica muy agradable, por cierto. Mañana hemos quedado para ir a Isla Saona.

—¿Y por qué habría de molestarme? ¡Qué ridiculez!

Por más tajante que suene su afirmación, hay una vena traicionera que le late con fuerza en el cuello.

—Eres tan adorable, Mara. Te juro que tu actitud me resulta casi entrañable.

Ella entrecierra los ojos, ladeando la cabeza con esa expresión que podría derretir acero.

—¿Siempre eres tan modesto?

—No tanto como tú irritante —replico, sonriendo como un idiota.

Mara suelta la revista sobre el sillón que hay junto al suyo, sin dejar de mirarme.

—Así que ahora te dedicas a reclutar chicas en recepción. ¿Es tu nueva técnica de caza? ¿Te ha fallado el *Tinder* acaso?

—No necesito ningún *Tinder* para conocer a otras personas. A veces, solo hay que estar disponible cuando alguien empieza a jugar con guiris y surgen oportunidades inesperadas.

—¿Insinúas que saliste a buscar a esa chica por mí?

—¿Yo? Nooo —respondo, exageradamente inocente—. Salí a respirar, que falta me hacía, y me encontré con ella.

Mara me mira con desdén, pero noto cómo la comisura de su boca tiembla con una sonrisa que no quiere dejar salir.

—Entonces, ¿reconoces que ella se ha convertido en tu nueva víctima?

—¿Víctima? Que mal suena, por Dios. Y no, en absoluto lo es. Solo se trata de alguien que me hace reír sin lanzarme cuchillos con la mirada.

—Debes de estar encantado entonces. Una relación sin armas blancas.

—Por ahora. Pero admitámoslo, tú lo haces todo más interesante.

Mara suelta una risa inesperada. Breve, seca. Pero una risa al fin y al cabo.

—Isaac, ¿no te cansas nunca?

—De ti, no, para nada.

Hay un silencio breve. No incómodo. Más bien cargado de cosas que ninguno se atreve a decir.

—Deberías irte con tu nueva amiga. Aprovecha que todavía no ha descubierto tu lado intenso —dice con sarcasmo suave, casi como si lo dijera en broma.

—¿Quién sabe? A lo mejor hasta le gusta —respondo, fingiendo ensimismamiento.

—Eres idiota.

—¿Pero encantador?

—Solo idiota —replica, pero me dirige esa mirada que ya me sé de memoria. Esa que lanza cuando quiere besarme y empujarme por un acantilado a la vez.

—Como te decía, me he apuntado a la excursión a Isla Saona mañana —digo de pronto, cambiando de tema—. Natalia me ha convencido.

—Oh, qué bien. ¿Quieres acaso que te preste cremita para el sol?

—¿Por qué no te apuntas tú también? Dice que es un lugar fantástico.

—No, gracias. —Si las miradas matasen, ahora mismo estaría fulminado en el suelo—. No se me ha perdido nada en esa isla.

Yo me levanto, despacio, como si no me importara nada, aunque lo cierto es que me arde cada centímetro de piel por demostrarle que le importa y arrancarle esa coraza de hierro que tanto se empeña en lucir ante mí.

—Como veas, pero piénsatelo al menos. Si es así, nos vemos mañana en la excursión.

Y con esa última frase, me doy la vuelta y camino despacio hacia las escaleras. Sé que me está mirando. Lo sé con cada célula de mi cuerpo. Y me encantaría girarme, caminar hacia ella y besarla hasta que se le borren todos los argumentos. Pero no. Esta vez, le toca a ella venir a mí.

Subo a mi habitación con una sonrisa que no me puedo quitar. Hoy he ganado una pequeña batalla. Porque, aunque Mara se empeñe en negarlo, yo sé que le gusto.

Y lo peor —o lo mejor— es que eso le molesta más que nada en el mundo.



Capítulo 14

La calma antes de la tempestad



ISAAC

No sé qué me pasa. Esta noche me cuesta dormir.

Y no por el calor —que no ayuda para nada— ni por el zumbido del ventilador —que parece una hélice a punto de despegar —, sino porque mi traicionera cabeza no puede dejar de pensar en Mara.

¿Qué demonios me ha hecho para embrujarme hasta tal punto? Debería echarme para atrás su para nada disimulado desdén, pero muy a mi pesar, hay un magnetismo en ella que me tiene subyugado.

Su risa contenida que tanto le cuesta dejar escapar, su media sonrisa borde que, intuyo, no siempre es sincera. Esa forma en que me mira cuando cree que no me doy cuenta. Lo mucho que me saca de quicio. Pero, sobre todo, lo muchísimo que me atrae.

¡Qué fácil sería dejarlo estar! Dejarla con sus muros y su sarcasmo y buscar a alguien que no tenga miedo de sentir. Como Natalia, sin ir más lejos. Es encantadora, divertida y no parece haber

levantado una fortaleza alrededor de su corazón del tamaño de un castillo medieval.

El problema es que no quiero ir a lo fácil.

Quiero a Mara.

A nadie más.

Con todas sus esquinas.

Y así, pensando en ella, por fin me alcanza el sueño, que me llena de su presencia y de la ilusión de tenerla junto a mí, aunque no sea más que una alucinación onírica.

Me despierto temprano, no quiero llegar tarde a la excursión. Me ducho, me visto y bajo a desayunar con tiempo. Al llegar al restaurante habilitado al efecto, Natalia me ve, se acerca con una sonrisa y se sienta conmigo unos minutos. Es simpática y educada, pero no tonta. Nota que estoy a medias. Que hay algo en mi cabeza que no está aquí, ni ahora. Ella no pregunta, y yo agradezco su tacto.

—¿Listo para la excursión? —me dice mientras remueve el café.

—Por supuesto —respondo de manera casual. Mentira. Hay algo que me tiene nervioso, aunque no sea capaz de ponerle un nombre determinado.

Cuando terminamos de comer y nos acercamos al vestíbulo donde está previsto que nos recoja el autobús, Natalia me presenta a sus otras dos amigas que la acompañan: Soledad y Azucena, son sus nombres.

Volteo la vista en ese instante y es entonces cuando descubro a Mara al segundo.

¿Qué hace aquí?

¿Será posible que se haya decidido de verdad a apuntarse también a la visita?

Si es así, solo puedo decir que ole sus ovarios.

Aunque se lo dejé caer, jamás imaginé que fuera a acceder, pero ahí está. Va con un vestido blanco de playa, gafas de sol enormes y un gesto en la cara que dice «*como alguien me hable, le clavo el folleto de actividades en el ojo*».

Es que es preciosa, y yo no la puedo querer más en ese instante.

«¿Querer?» Dios, ¿qué estoy diciendo? Esas son palabras mayores y es muy pronto para soltarlas tan alegremente. Por suerte, nadie me ha oído pronunciarlas.

Justo en ese momento nos viene a buscar el encargado de la excursión, librándome a mí mismo de contestar la pregunta que acabo de formularme. No puedo evitar seguirla con la mirada cuando se aproxima al autobús con gesto altivo, arrancándome una leve sonrisa y haciéndome pensar que he debido volverme masoquista con los años.

Natalia, sus amigas y yo nos dirigimos juntos también al vehículo que nos llevará al embarcadero, y justo cuando estoy a punto de tomar asiento, noto la mirada de Mara clavada en mi espalda. Me giro.

No sonríe. No me habla. Solo me mira. Como si fuera a decir algo... y luego se echara para atrás.

Y ahí está. Ese segundo de vulnerabilidad en su rostro que me ha revelado más que cualquier palabra.

Ajena a todo cuanto acontece a mi alrededor, Natalia comienza a charlar con las otras dos chicas de Madrid. Yo me acomodo junto a la ventana, agradecido de que no sea conmigo con quien desee hablar, y me dejo llevar por mis pensamientos.

El día está increíblemente azul. Como uno de esos cielos de postal: limpios, brillantes, donde todo parece perfecto.

Demasiado perfecto.

Todos los hados parecen estar a nuestro favor para pasar un gran día.

El minibús que nos lleva al embarcadero avanza entre palmeras que se agitan perezosamente. Me esfuerzo por mirar el paisaje, por centrarme en la idea de que voy a visitar una de las islas más bonitas del Caribe… pero mi atención sigue atrapada en una sola persona: la que está sentada unos asientos por detrás del mío. Después de ese cruce de miradas que hemos compartido, Mara no me ha vuelto a mirar ni una sola vez. Lo sé porque me he girado al menos cinco veces.

Quizá seis.

Vale, ocho.

He perdido la cuenta.

El caso es que no me ignora por casualidad. Y por algún motivo retorcido, esa actitud suya solo hace que me entren más ganas de comérmela a besos.

El guía que nos acompaña —un tipo de acento argentino con energía de animador de crucero— lleva media hora haciendo chistes forzados por el micrófono, como si quisiera convencer a todo el mundo de que hoy vamos a vivir la mejor experiencia de nuestras vidas. Las chicas delante de mí ríen, como también lo hace Natalia. Y yo lucho por no parecer el tipo que va a una excursión en modo «contemplativo».

Pero la realidad es que no dejo de imaginar qué pasará hoy. Si Mara me va a dirigir la palabra. Si volveremos a lanzarnos pullas disfrazadas de bromas. O si, con suerte, el sol y el mar conseguirán colarse por alguna rendija de su armadura y la harán aflojar un poco. Solo un poco.

Cuando llegamos al lugar donde el catamarán nos espera, el sol sigue pegando fuerte, aunque unas nubes oscuras que asoman a la distancia nos avisan de que quizás nos caiga un chaparrón, uno de esos que son tan típicos del clima caribeño. Lo bueno que tienen estas tormentas esporádicas, es que apenas dura un rato, y en pocos minutos, el sol vuelve a hacerse notar como si nada hubiera pasado.

El mar se extiende hasta donde alcanza la vista: un manto azul turquesa que casi parece irreal. Subimos a bordo entre empujones amables y risas. Natalia se sienta a mi lado por inercia, y yo no me quejo. No por coqueteo, sino por educación.

Pero no puedo evitar mirar de reojo cuando Mara sube. Y sí, lo admito: me da un microinfarto cuando se sienta al otro lado, sola, y en diagonal a mí.

Lo justo para vigilarme. Y lo justo para que yo la vea sin *verla*.

Todo muy… ella.

El guía grita algo sobre ron y snorkel, y todos aplauden. El ambiente es de fiesta, pero ni ella ni yo parecemos compartirla de la misma manera que el resto de nuestros compañeros. Me obligo a

relajarme porque, aunque ella se esfuerce en no mirarme, sé que vamos a terminar hablando tarde o temprano. Solo hay que saber esperar.

El catamarán reduce la velocidad y todos nos ponemos en pie como si estuviéramos llegando a la Tierra Prometida.

Y en cierto modo, lo parece.

Isla Saona es un paraíso. Agua cristalina, palmeras que parecen sacadas de una película, arena blanca que brilla bajo los rayos del sol que aún luce con fuerza. El guía nos da algunas instrucciones que nadie escucha —yo tampoco, lo admito—, y acto seguido empieza el desfile de personas en busca de la mejor tumbona, el mejor ángulo para la foto y el mejor sitio para extender la toalla, como si estuvieran reclamando territorio.

Yo no busco nada de eso. Mi objetivo es otro muy distinto: ella.

Y ahí está, con ese vestido blanco que ahora ha dejado colgado de una rama y un bikini azul que me hace olvidar por unos segundos cómo respirar.

El grupo se va dispersando como niños en una excursión escolar. Natalia, que parece haber notado la poca predisposición que muestro hacia ella, se dirige a la barra libre con las otras chicas. Así que aprovecho para tomar distancia y me voy a caminar por la orilla, sin intención clara, hasta que veo alejarse a Mara por un sendero de palmeras hacia una zona más tranquila.

La sigo sin que se note. O, al menos, eso intento. Sin embargo, no tarda mucho en darse cuenta. Y cuando me ve, suspira y se detiene. Se gira, esperando a que la alcance.

—¿Me estás siguiendo? —pregunta, con una ceja levantada.

—No, esto —nos señalo a los dos de forma alternativa— es solo una mera coincidencia.

—Sí, claro… Seguro —a sus palabras le sigue una sonrisa que provoca que a mí se me detenga el corazón. ¡Cómo me gustaría verla así más a menudo!

Nos quedamos en silencio unos segundos. Ella clava los pies en la arena y yo hago lo mismo.

—No he venido aquí para discutir contigo —dice de pronto.

—Yo tampoco. Ha sido una sorpresa encontrarte esta mañana en el vestíbulo del hotel; una grata sorpresa, la verdad.

—¿Cómo es que no estás con tu nueva amiguita?

—¿Por qué habría de hacerlo, si justo ahora estoy con la única persona con la que de verdad me apetece estar?

Ella me mira. No con dureza, como otras veces. Tampoco con burla. Esta vez hay otra cosa, que no me atrevo a identificar para no crearme más falsas expectativas.

—¿Te apetece bañarte? —dice de repente, sin mirarme.

—¿Contigo?

—No, con los peces. Claro que conmigo.

Y se gira, camina hacia el agua y se mete sin esperarme.

Por supuesto, no tardo en seguirla. No voy a perder esta oportunidad.

El agua del mar está templada, y su color es tan transparente que podemos ver nuestros dedos de los pies a través del líquido elemento. Nos alejamos lo suficiente como para que el resto de las personas quede lejos, como si el mundo se hubiera apagado alrededor.

Mara flota de espaldas, los ojos cerrados, el sol brillando sobre su rostro. Yo me quedo cerca, observándola en silencio. Me gustaría tocarla, pero no lo hago. Me basta con estar aquí. Con verla soltar el aire como si, por fin, pudiera respirar.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—Me encanta —admite con un suspiro de placer.

—¿Y eso qué significa?

—Que no quiero que se acabe —responde, sin abrir los ojos.

Mi pecho se aprieta un poco. Porque no detecto ningún deje de ironía en su voz. No siento la presencia de ese escudo que ella se empeña en mostrar cuando estamos juntos.

Me acerco un poco más, flotando también junto a ella. Nuestras manos se rozan por accidente. O eso quiero pensar. No la retiro. Y lo mejor, es que ella tampoco.

—¿Sabes qué es lo peor de esto, Mara?

—¿El qué?

—Que empiezo a sentirme bien solo cuando estás conmigo. Y eso no entraba en mis planes.

Ella abre los ojos. Me mira.

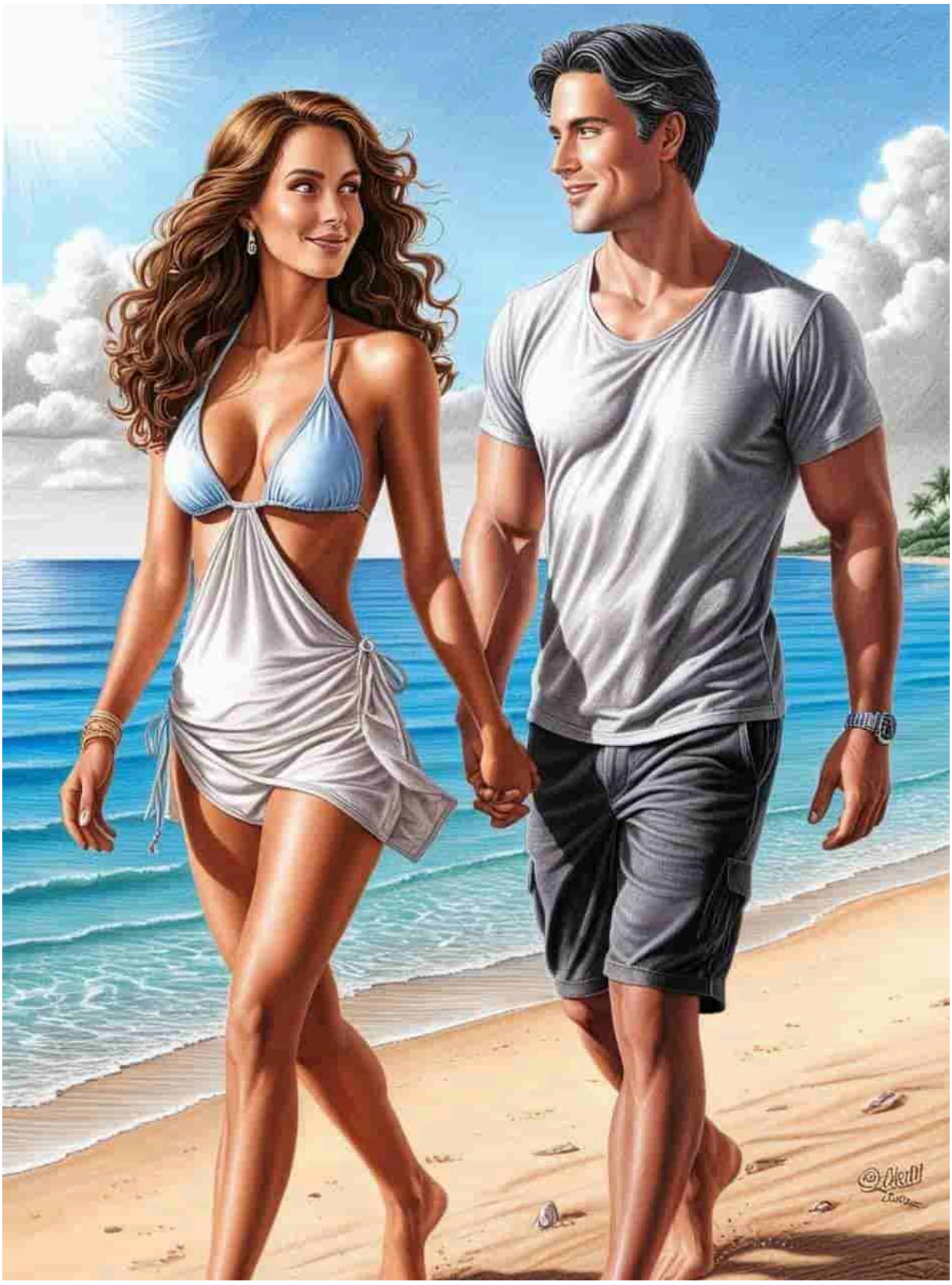
—A mí no me gustan los planes; cuando intento organizar algo, no me suele salir demasiado bien.

—¿Y si no tuvieras que hacerlos tú sola? ¿Y si inventáramos uno juntos?

Ella suspira. No dice nada. Pero en esta ocasión, su mirada no huye de la mía.

Dicen que el mar Caribe puede ser tan engañoso como una sonrisa que esconde un secreto.

Y hoy, tengo la oportunidad de confirmarlo.



Capítulo 15

Cuando el viento cambia



MARA

De repente, el guía argentino que dirige la excursión aparece caminando apresurado por la playa con un megáfono en la mano. La imagen ya es lo bastante inquietante por sí sola.

—¡Atención, por favor! —grita—. Se informa a todos los visitantes que se ha activado una alerta meteorológica por la posible llegada de una tormenta tropical. Nos recomiendan volver al hotel a la mayor brevedad posible, antes de que el catamarán no pueda regresar y nos quedemos aquí aislados.

Me giro para buscar a Isaac, y él ya me está mirando. Nuestros ojos se encuentran, y por una vez solo hay preocupación.

—¿Acaso las tormentas no son habituales aquí? —le pregunto, intentando mantener la voz firme.

—Eso tengo entendido —afirma—. Pero que lo digan megáfono en mano… supongo que no es buena señal.

Poso mis ojos sobre el mismo mar que hace apenas un rato parecía inofensivo. Ahora ya no lo es. El cielo ha empezado a

oscurecerse por el horizonte y el viento se levanta con una fuerza distinta, más firme, más urgente.

—Qué mala suerte… Justo cuando empezaba a disfrutarlo —murmuro.

—No te preocupes —me dice con voz tranquila—. Supongo que solo será una medida de precaución.

No le contesto. Solo asiento con la cabeza. Si debo ser franca, por dentro no estoy nada tranquila.

—Vamos —añado—. Regresemos antes de que nos dejen aquí varados.

El regreso en la lancha es muy distinto al viaje de ida. El cielo ha dejado de tener ese azul perfecto que me enamoró al llegar. Ahora es gris, y se va oscureciendo a cada minuto que pasa. El viento me da de frente en la cara, frío, molesto, como si también quisiera empujarnos de vuelta.

No digo ni una palabra en todo el trayecto. Isaac tampoco. No sé si lo agradezco o si lo echo de menos, porque de una forma u otra, siempre termina por hacerme reír. Pero al menos en esta ocasión sí nos hemos sentado juntos y él me agarra de la mano, sintiéndome así más reconfortada.

Me concentro en el rumor del mar que ya no suena calmado como antes. Ahora ruge bajo el casco de la lancha, como si tuviera prisa. Y yo, que me creía valiente, empiezo a sentir una opresión en el pecho que no me gusta ni un pelo.

Cuando llegamos al hotel, todo ha cambiado.

Ya no hay música en los altavoces ni camareros sonrientes ofreciendo cócteles en bandejas brillantes. En su lugar, hay empleados colocando carteles con indicaciones de seguridad. Otros reparten folletos, kits de emergencia y hojas informativas. La gente murmura en voz baja, con ese tono que no solo busca respuestas sino también, alivio.

Me adelanto hacia el tablón de actividades como si fuera a encontrar alguna certeza allí. Pero lo único que encuentro es un cartel nuevo, escrito en letras mayúsculas:

ALERTA TORMENTA TROPICAL HENRY

PROTOCOLO ACTIVO

Y justo en ese momento, una voz resuena por los altavoces del hotel:

«Estimados huéspedes: debido al avance de la tormenta tropical Henry, y por recomendación de las autoridades, el aeropuerto internacional de Punta Cana permanecerá cerrado al menos durante las próximas 48 horas. Les pedimos que permanezcan atentos a los comunicados que se realizarán por la red interna del hotel y mantengan la calma.»

Cierro los ojos un instante.

Calma.

Qué fácil suena decirlo.

Cuando los abro, tengo a Isaac a pocos pasos. Me ha estado observando desde la distancia, pero ahora ya no. Está tan cerca de mí que hasta puedo oler la sal que aún conserva en la piel.

—¿Crees que nos afectará? —le pregunto, sin rodeos—. Supongo que tu vuelo es el mismo que el mío. Estaba previsto que volviéramos a España en tres días.

—Han dicho que solo serán cuarenta y ocho horas —responde, en un intento por sonar optimista—. No te inquietes. Las tormentas tropicales son comunes por aquí.

—Lo sé —respondo, frotándome los brazos—. Pero supongo que se siente distinto cuando le toca a uno el tener que vivirlas.

Y sí, lo admito. Estoy nerviosa.

No solo por el temporal. También por estar tan lejos de casa, sola, y... vulnerable. Esa palabra que tanto odio.

—Bueno —dice Isaac encogiéndose de hombros—. Piensa que quizás esto sea una señal del destino.

—¿De qué?

—De que el universo nos quiere juntos. ¿No te parece romántico?

Lo miro con una mezcla de cansancio y estupor. ¿De dónde se saca semejantes respuestas?

—No. Me parece que eres un iluso con labia —respondo, aunque sin fuerza.

—Vale, puede ser… Y eso, ¿no te parece romántico? —insiste.

—No. Lo que me parece es que eres un bobo —aunque lo digo con una sonrisa en los labios. Este es el efecto que él me produce cuando menos me lo espero.

—En cualquier caso, creo que sería buena idea que nos mantuviéramos cerca el uno del otro.

La frase me pilla desprevenida porque esta vez, no hay broma en su voz. Solo una propuesta sencilla. Y honesta.

No respondo.

Justo en este momento, el empleado que hemos visto repartiendo bolsas, se nos acerca y nos entrega a cada uno el kit de emergencia que ha repartido entre otros huéspedes: linterna, velas, agua embotellada, instrucciones básicas. Lo sostengo entre los brazos como si fuera un salvavidas e Isaac percibe mi nerviosismo de inmediato.

—¿Quieres que nos organicemos por si pasa algo? —vuelve a ofrecerse—. No sé, estar en contacto, o que nos quedemos juntos. Por si hay que evacuar…

—¿Me estás proponiendo que me quede en tu habitación como excusa de supervivencia?

—Yo no he dicho tal cosa —dice con su sonrisa de medio lado —. Esa ocurrencia es tuya. Yo habría usado la palabra «protocolo».

Y aunque estoy tensa y el miedo empieza a escalarme por las tripas como por una liana, no puedo evitar reírme. Una risa breve, pero risa, al fin y al cabo

—Desde luego, no tienes caso, Isaac —murmuro—. Pero quizás tengas razón. Te voy a dar mi número de teléfono por si necesitas localizarme y tú dame el tuyo para lo mismo.

A pesar de que antes no había sido partidaria de que nos intercambiáramos nuestros números, esta situación me hace ser consciente de que es mejor estar acompañada y tener a alguien a quien aferrarme si la situación empeora. También nos decimos nuestros respectivos números de habitaciones… por si acaso.

La habitación está en silencio cuando entro. Demasiado silencio.

Cierro la puerta tras de mí, dejo el kit de emergencia sobre la cama sin abrirlo y me apoyo unos segundos contra la madera, con los

ojos cerrados. El viento empieza a sonar con fuerza en el exterior. Un silbido persistente, agudo, que se cuela por las rendijas de las ventanas. No es un vendaval aún, pero tampoco es una ligera brisa que digamos. Es algo intermedio.

Me siento en la cama, sin desvestirme. Todavía llevo el bañador húmedo debajo del vestido y la piel salada de haberme bañado en el mar. Me froto los brazos, para darme calor, aunque no hace frío. Me hago un moño improvisado, más que nada, para tener las manos ocupadas. Miro el reloj.

Solo son las tres de la tarde.

Cojo el folleto de instrucciones que nos han entregado y lo leo con detenimiento. Supongo que ahí se incluyen las recomendaciones típicas: mantenerse confinado en la habitación, evitar salir a espacios abiertos, llenar la bañera por si se corta el agua, desconectar los dispositivos electrónicos. En caso de evacuación, seguir las indicaciones del personal del hotel, y no usar los ascensores.

Todo normal. Todo racional. Y, sin embargo, el estómago se me encoge.

Nunca me han gustado los temporales. Ni los que vienen del cielo… ni los que me remueven por dentro. Y este que se avecina, lo quiera o no, parece tener un poco de ambos.

Camino hasta la terraza. Abro con cuidado la puerta del balcón y salgo. La brisa es húmeda, cargada de sal y electricidad. La playa, a lo lejos, ya está vacía. Todo está desierto, como si hubieran detenido el resort entero con un mando a distancia.

Vuelvo al interior y decido darme una ducha rápida con la intención de relajarme, para ocupar la mente con minucias. Una vez duchada, me visto con ropa cómoda: unos shorts y una camiseta ancha. Me quedo sentada en el borde de la cama, escuchando cómo el viento va subiendo de intensidad. Cada ráfaga suena más grave. Más decidida. Más amenazante.

Cojo el móvil. La conexión es pésima y me cuesta lo indecible pillar señal de internet, ni por wifi, ni a través de mi tarifa de datos. Tras numerosos intentos, consigo entrar en la app del tiempo, que después de un rato, consigue cargar a medias. Leo «*tormenta*

tropical Henry» y una advertencia en rojo: **Vigilancia activa. Riesgo de huracán categoría 3.**

Trago saliva.

Miro la puerta.

Isaac.

Me viene su rostro a la mente, y no porque quiera refugiarme en él, sino porque es lo único familiar que tengo ahora mismo en este lugar. Porque, aunque lo niegue, su voz me calma. Porque, aunque intente parecer fuerte, estoy sola. Y esta soledad, al menos durante esta tarde, empieza a pesarme más de lo que quiero admitir.

Me levanto. Camino por la habitación como si pudiera convencerme de que quedarme aquí es lo lógico. Lo prudente. Lo correcto. Pero el corazón late rápido, y no es sólo por la tormenta.

Me acerco a la puerta, la abro, y solo consigo vislumbrar un pasillo que permanece semi en penumbras. El viento sigue silbando a través de cualquier rendija, que da una sensación como si todo el edificio respirara. Como un animal que se agazapa antes de la embestida.

Cierro la puerta a mi espalda lentamente, sosteniendo el móvil en la mano como si fuera un amuleto. Y antes de que me quiera dar cuenta, estoy de pie frente a su puerta. Aunque dudo, termino por tocar dos veces sobre la madera. No muy fuerte, pero sí lo bastante para que pueda oírse desde el interior.

La puerta se abre y él aparece, con el pelo revuelto y una expresión entre sorpresa y alivio, reafirmándome en mi idea de que ya no quiero estar sola.

Ni esta noche, ni quizás en ninguna otra circunstancia.

—¿Mara?

Yo no digo nada. Solo asiento con la cabeza y a continuación él da un paso atrás para dejarme entrar.

—Espero que no te moleste que haya venido… —me excuso.

Observo su habitación que es casi idéntica a la mía, aunque distinta. No sabría decir por qué: quizás por el olor —ese aroma a colonia masculina mezclada con sal y humedad—, o porque hay una energía diferente en el aire, algo más cálido, más acogedor.

—Por supuesto que no. Al contrario, me alegro de que lo hayas hecho. ¿Estás bien? —me pregunta.

—No quería quedarme sola —le confieso sin pudor.

Mi voz suena más débil de lo que esperaba. Sin embargo, él no se burla, no se ríe de mí. Solo asiente, como si entendiera algo que no necesita explicación.

—¿Quieres agua? ¿Un té? Tengo galletas robadas del desayuno.

—Solo… quiero estar aquí. Contigo.

No sé en qué momento me siento en la cama. Tampoco sé en qué instante él se sienta a mi lado, sin tocarme, pero tan cerca que puedo notar el calor que emana de su piel. Nos quedamos así, sin hablar, mientras el viento se enfurece poco a poco. Las ventanas vibran. Afuera, el mundo parece tambalearse.

Aquí dentro, sin embargo, hay calma.

Es la primera vez desde que empezó todo esto que respiro sin pensar.

—¿Estás asustada? —pregunta él, después de un rato.

—Mucho —respondo.

—Si te sirve de consuelo, yo también. Pero me siento mejor si tú estás conmigo.

Lo miro. No está intentando hacerse el fuerte. No está fingiendo seguridad. Solo está siendo sincero. Y eso, ahora mismo, vale más que cualquier gesto grandilocuente.

—¿Sabes? —continúa—. No creí que vinieras.

—Yo tampoco, si te soy honesta —digo con una media sonrisa nerviosa.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—Que me siento más segura estando contigo. Tú me das una tranquilidad que hace mucho que no siento con nadie.

Él se gira y posa una de sus manos sobre las mías.

—Si es así, te agradezco que hayas venido —susurra.

Cierro los ojos un instante, y sin darme cuenta mi gesto se contrae porque me vuelvo a sentir vulnerable y es una sensación que solo me provoca desasosiego.

Isaac debe haber notado algo, porque a continuación me lanza una pregunta que me deja fuera de juego.

—Mara… ¿cuánto daño te han hecho para que no confíes en los hombres?

No hay juicio en su voz. Solo dolor. Curiosidad. Y un profundo respeto.



Capítulo 16

Lo que rompió París



MARA

Isaac me mira en silencio, y por un segundo el silbido del viento desaparece. Solo está su voz, su pregunta, y un hueco que se abre dentro de mí con la precisión de un bisturí.

Entiendo que solo se trata de la curiosidad de alguien que quiere entender, porque él no tiene la culpa de que me haya vuelto como soy. Pero esa es una puerta que me cuesta abrir, porque allí guardé todo lo que un día se rompió.

Aun así, inspiro. Me froto las palmas sudorosas contra los muslos y clavo los ojos en el punto más anodino de la colcha.

—Fue en París —empiezo con la voz ronca—. Irónico, ¿verdad? Se supone que es la ciudad del amor, aunque para mí, es más bien todo lo contrario.

Isaac no dice nada. Se limita a escuchar, y eso hace que las palabras fluyan, aunque cada una pese como una piedra.

—Durante mi luna de miel, para más inri…

Sus cejas se arquean, pero no interrumpe. Continúo.

—Yo tenía veintiséis años. Estaba enamorada. Pensaba que todo lo que había soñado desde pequeña, todo lo que veía en las películas o leía en los libros, estaba a punto de cumplirse. Lo creí con tanta fuerza que, incluso cuando las señales empezaron a aparecer, me negué a verlas.

La habitación se llena con el sonido del viento. Afuera, el temporal arrecia. Pero aquí dentro, el verdadero vendaval soy yo.

—Él se llamaba… se llama Jaime. Llevábamos tres años casados y por fin íbamos a hacer ese viaje que tanto habíamos postergado. Lo organicé con todo el esmero del mundo… porque quería que fuera perfecto. Quería que nos reencontráramos, que volviéramos a ser ese «nosotros» que el día a día había ido apagando.

Isaac asiente muy despacio, como si intentara imaginarme en otra vida, con otro hombre, en otro mundo. Uno donde yo aún no había aprendido a tener miedo.

—Y entonces… —la garganta se me cierra. Trago saliva, pero el nudo sigue ahí—. Entonces lo descubrí con otra. En nuestra cama. En pleno viaje. En mitad de la luna de miel.

Sus ojos se abren un poco más, pero sigue sin hablar. No hay necesidad, porque yo tampoco preciso de consuelo. Solo aire. Solo sacar esto de una vez por todas.

—No grité. No monté una escena. Me limité a salir corriendo. Crucé la calle, me metí en el primer café que vi y pedí vino. Varios, de hecho. Lloré en silencio. Después volví, hice la maleta y cogí un vuelo de vuelta a casa, pero esta vez, sola. Como si esa historia jamás hubiera existido. Como si pudiera borrar todo de un plumazo.

Isaac respira hondo, pero sigue guardando silencio. Me siento agradecida por ello. No quiero frases de consolación. No quiero clichés. Solo quiero… ser escuchada.

—Desde entonces, decidí que nunca más volvería a entregar mi corazón. Que nadie más tendría el poder de destruirme así. Me prometí que sería fuerte. Que dependería solo de mí. Que no habría más decepciones, ni traiciones, ni… hombres que me miraran como si pudieran arreglar lo que ellos mismos rompieron.

Lo miro al fin. Y ahí está él. Sentado a mi lado. Sin moverse. Sin huir.

—Isaac, no eres tú el problema. Lo sé. Pero no sé cómo hacer para dejar de esperar lo peor. Para no pensar que si te dejo entrar… también tú vas a encontrar la manera de hacerme pedazos.

El silencio que sigue es largo. Él entrelaza sus dedos con los míos y no siento miedo, ni rechazo, solo comprensión. Mira al suelo un segundo, como si meditara cada palabra antes de volver a dirigirse a mí.

—No voy a prometerte que nunca te haré daño —dice por fin, con una voz baja pero firme—, porque eso es algo que no se puede prometer. Pero sí puedo decirte que, en el caso de que alguna vez lo hiciera, sería sin querer. Porque ahora mismo, en este instante, lo único que deseo es cuidarte.

Y entonces, ocurre algo inesperado. Una lágrima. No suya. Mía. Una que me cae por la mejilla sin pedir permiso. La rabia que he contenido durante años se deshace con el calor de su honestidad. No porque me haya dicho algo hermoso, sino porque siento que me ha dicho la verdad.

—Estoy cansada, Isaac —murmuro—. Cansada de cargar con este escudo todo el tiempo. Cansada de fingir que nada me afecta.

Él se acerca solo un poco más. Lo justo para que nuestras rodillas se rocen. Sin presión. Sin urgencia. Solo como una presencia tranquila que me sostiene.

—Entonces déjame ayudarte —susurra—. O, al menos, déjame estar cerca de ti. Permíteme demostrarte que no todos estamos cortados por el mismo patrón. No digo que seamos unos santos, pero podemos tener todas las virtudes o defectos que cualquier otra persona, sin importar ni diferenciar que seamos hombre o mujer. Y créeme, yo también sé de lo que hablo.

Quiero decirle que no puedo. Que no debo. Que lo nuestro está destinado a ser un paréntesis en medio de una tormenta. Pero las palabras se me quedan atoradas en la garganta.

Porque hay algo dentro de mí que de verdad quiere creer, pensar que quizás pueda ser cierto.

Y justo en este preciso instante, se va la luz. Un apagón repentino que nos deja a oscuras, salvo por la luz tenue de la linterna del kit de emergencia, que parpadea desde la mesita.

Nos quedamos congelados unos segundos. Luego él se levanta con calma y coge la linterna.

—Parece que el huracán ha decidido ponerse más dramático que nosotros —bromea suavemente.

Y yo, por primera vez desde que comencé a hablar, suelto una risa que me alivia la tensión.

—No eres tan gracioso como crees —le digo, aunque mi voz suena más ligera.

Él sonríe.

—Pero tú te ríes igual.

Asiento, secándome las mejillas con el dorso de la mano.

—Isaac…

—¿Sí?

Lo miro. Con miedo. Con deseo. Con dudas. Pero también con una valentía que no sabía que todavía tenía.

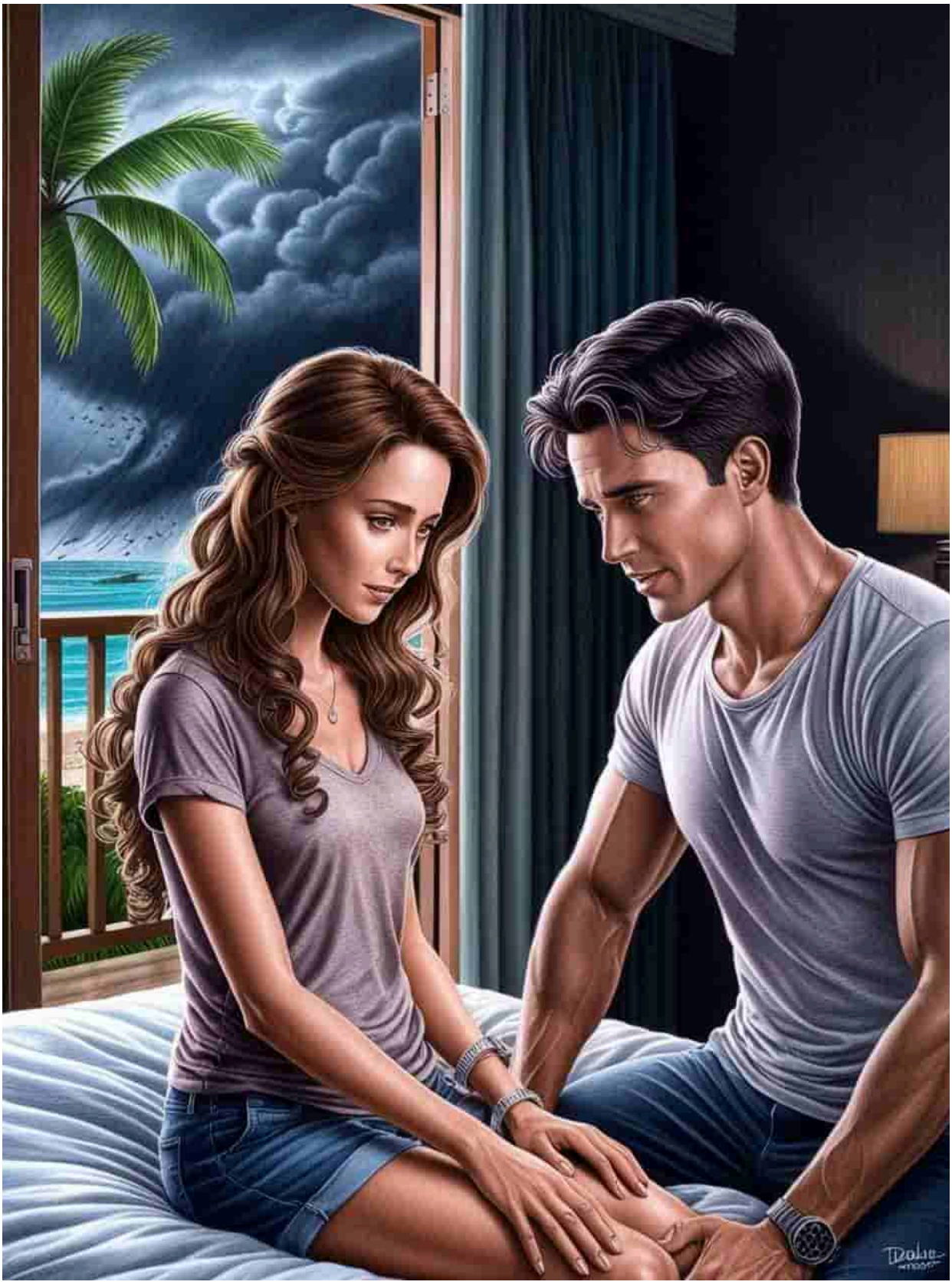
—No me pidas que confíe en ti. No aún. Pero sí te pido que no te separes de mí. Al menos, no esta noche.

Él no responde con palabras. Solo mueve la linterna, se apoya sobre la cama y se desliza hacia atrás sobre el colchón tirando de mi mano que ha vuelto a sujetar. Al final, los dos acabamos tumbados sobre la colcha y él, en un gesto instintivo, me rodea con un brazo. Con la misma naturalidad, yo dejo caer la cabeza sobre su hombro y aspiro lentamente, dejándome inundar por su fragancia.

Afuera, el viento ruge. Pero en este instante, siento una inusitada calma.

No sé qué pasará mañana. Pero esta noche, me relajo y dejo de luchar contra mis demonios.

Y eso, en sí mismo, es una pequeña victoria.



Capítulo 17

Lo que eliges amar



ISAAC

El viento golpea con fuerza las ventanas, como si quisiera abrirse paso hasta nosotros. Pero aquí dentro, envueltos en la penumbra, el tiempo parece suspendido. Mara se ha recostado a mi lado y puedo sentir su respiración acompasada. Me pregunto si ha cerrado los ojos. Si está realmente descansando o si su mente sigue enredada en la confesión que acaba de hacerme.

La linterna parpadea sobre la mesita como si también titubease. Como si sintiera que algo importante está a punto de decirse. Y entonces, su voz rompe el silencio.

—Cuando dijiste antes que también lo sabías por experiencia… ¿a qué te referías?

No suena a reproche ni a simple curiosidad. Es una pregunta suave, cargada de algo más profundo. Confianza, tal vez. O al menos, el principio de ella.

Me incorporo un poco y apoyo la espalda contra el cabecero. Paso una mano por mi pelo. Hace años que no hablo de esto, que no

lo vuelco en palabras. Pero si ella ha tenido el valor de mostrarme sus cicatrices, es justo que yo haga lo mismo.

—Estuve casado once años —empiezo, sin rodeos—. Muy enamorado. De esos amores que te hacen pensar que has encontrado a la persona con la que podrías envejecer y compartir tu vida sin aburrirte nunca.

Mara se gira levemente, y aunque no puedo ver sus ojos con claridad, sé que me escucha. Lo noto en la quietud de su cuerpo. En la forma en que su pecho se eleva de forma sostenida.

—Mis amigos me decían que tuviera cuidado —prosigo—. Que ella era muy… coqueta, por decirlo de una manera suave. Que a veces parecía disfrutar más de lo normal con la atención de otros hombres. Pero yo no les hacía caso. Pensaba que solo querían meter cizaña, burlarse de mí porque mi confianza en ella era ciega. Además, nunca he sido un hombre celoso, por lo que siempre tomé las advertencias como simple habladurías a las que yo me negaba a dar pábulo.

Suspiro.

—Como ya te dije en otra ocasión, tuvimos tres hijos. Una niña y dos niños. Y era feliz. O al menos, eso creía. Por aquel entonces yo trabajaba fuera de casa y sí, tenía un horario un poco complicado. Pero siempre intentaba llegar a tiempo para la cena, para leerles cuentos, para meterme en la cama con ellos y hablar de dinosaurios, superhéroes o del universo. Eran mis momentos favoritos del día.

Mara no dice nada. Solo sigue ahí, escuchándome con atención.

—Un día, Fernando, el mediano, empezó a encontrarse muy débil. Fiebres persistentes, moretones que no tenían sentido… Lo llevamos al hospital y tras varias pruebas, el diagnóstico fue devastador: anemia aplásica. Nos dijeron que necesitaría transfusiones urgentes y probablemente un trasplante de médula ósea. Entonces comenzaron las pruebas de compatibilidad. Recuerdo estar allí, al lado de su cama, intentando hacerme el fuerte. Lo habría dado todo por él, cualquier cosa. Y entonces, el hematólogo me llamó a su despacho. Me miró con cara de preocupación y me

preguntó si estaba completamente seguro de ser el padre biológico de Fernando. No entendí nada. Me sentí ofendido, dolido, confundido.

El silencio se densifica. Siento que Mara contiene la respiración.

—Cuando llegaron los resultados de las pruebas, la verdad salió a relucir: yo no era el padre biológico de mi hijo. No podía ser compatible… porque no compartíamos ni el tipo de sangre ni los antígenos. Sentí que el mundo se me caía encima. Como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Porque yo lo amaba. Lo amo.

Mara se incorpora un poco. Sus ojos brillan a la tenue luz.

—¿Qué hiciste?

—Bueno, lo más importante en ese momento era mi hijo. Me agobiaba la idea de que no encontráramos un donante compatible y que la cosa se complicara. Por suerte, no fue así. Aunque el tratamiento fue duro, Fernando respondió bien. Tuvimos suerte. Al final no necesitó el trasplante, solo una serie de transfusiones programadas y controles estrictos durante un tiempo. Hoy hace vida completamente normal. Juega al fútbol, se mete en líos con sus hermanos y me hace preguntas imposibles sobre el cosmos a la hora de dormir. Como siempre.

—¿Y luego?

—Bueno, una vez hubimos superado el susto, me hice pruebas también con mis otros dos niños. Te juro que no fue porque tuviera intención de tratarlos diferente a como lo hacía en función del resultado, sino porque al menos quería saber a qué atenerme. Y sí, confirmé que ellos sí eran mis hijos. Después, como debes suponer… hablé con mi mujer, la enfrenté. No lo había hecho antes porque la recuperación de Fernando estaba por encima de todo. Fue entonces cuando supe su versión de los hechos.

» Me confesó que Fernando no había sido su único error —continúo—. Que durante años había buscado fuera lo que no conseguía encontrar dentro de casa. Que se había sentido vacía, frustrada. Que yo no tenía la culpa, pero tampoco la solución. Lo dijo como si aquello me fuera a consolar, como si repartir el dolor lo hiciera más llevadero…

El rugido de la tormenta parece acompañar mis palabras. Las paredes vibran, pero mi voz permanece firme. Ya no tiembla. Es una herida vieja. Cerrada. Aunque aún duele si la tocas.

—Podría haberme roto. Podría haberle gritado, maldecido, echado a todos de casa. Pero no lo hice. Porque mientras ella me hablaba de sus vacíos, yo solo pensaba en mis hijos. En cómo iba a explicarles que papá y mamá ya no iban a dormir en la misma cama. Que la casa que conocían dejaría de ser su refugio.

Mara me mira con los ojos llenos. No de lástima, sino de algo mucho más fuerte: respeto. Y eso me sostiene más que cualquier abrazo.

—Nos divorciamos sin dramas. Por los niños. Tenemos la custodia compartida, pero da igual con quien estén, porque sabemos que cualquiera de los dos podemos verlos a diario si queremos. Me encanta prepararles la comida o salir fuera a comer con ellos, llevarlos al colegio, compartir los fines de semana. Y Fernando… —mi voz se vuelve más suave—. Fernando sigue siendo mi hijo. Puede que no compartamos la misma sangre, o las mismas células, pero es mi hijo en todo lo demás. Le enseñé a montar en bici. Le curé las rodillas cada vez que se las desolló. Y cuando están conmigo, me abraza y me da un beso de buenas noches, igual que lo hacen sus hermanos. Eso… eso no lo cambia una prueba de ADN.

—¿Y él lo sabe? —pregunta Mara, casi en un susurro.

Asiento despacio.

—Sí. Se lo contamos cuando consideramos que tenía edad suficiente para entenderlo, pero de una forma adecuada. Quisimos que lo supiera por nosotros, no por terceros. Y ¿sabes qué hizo? Me abrazó y me dijo: «Yo no quiero otro padre».

No puedo evitar sonreír. Es un recuerdo luminoso, de esos que sirven de faro cuando el resto se vuelve oscuro.

—¿Y qué pasó con tu exmujer? —pregunta ella, con cautela—. ¿Cómo os lleváis ahora?

—Nos llevamos bien —respondo sin dudar—. No somos amigos, pero tenemos un trato cordial. A veces hasta nos reímos juntos cuando hablamos de cosas de los críos. No guardo rencor, Mara. Ni por ella, ni por el pasado.

Sus cejas se fruncen, como si intentara comprender algo que no le cuadra.

—¿Y cómo lo hiciste? ¿Cómo lograste no llenarte de odio? Yo… yo no he podido. Todavía no.

La miro con ternura.

—Porque elegí no hacerlo. Por mi salud mental. Por mis hijos. Porque entendí que el dolor no justifica el veneno. Y porque no todas las personas son iguales. Tú no lo eres. Yo tampoco. Y merecemos empezar desde cero, sin cargar con las piedras que nos arrojaron otros.

Ella desvía la mirada un segundo. Pero sé que mis palabras la han tocado. Lo noto en la forma en que se muerde el labio, en cómo parpadea rápido.

—No sé si yo sería capaz… —susurra.

—No tienes que serlo ahora —le digo—. Pero puedes empezar a imaginarlo. A permitir que algo nuevo entre en ti. Aunque sea poco a poco. Aunque sea con miedo.

La linterna se apaga del todo y nos quedamos a oscuras. El viento ruge más fuerte que nunca. Afuera, la tormenta parece haber llegado al corazón de su furia. Las ventanas tiemblan. El silencio entre nosotros se llena de mil sonidos: el latido de mi corazón, la respiración de Mara o los crujidos del edificio.

Y de pronto, su mano busca la mía. Tímida. Cautelosa. Como si cada centímetro de piel fuera una frontera difícil de cruzar.

La entrelazo sin hablar y de nuevo, me tumbo a su lado, abrazados. Por un momento, no somos dos adultos rotos. Somos dos almas que se reconocen en medio del desastre. Dos personas que, pese a todo, aún creen en algo.

—Gracias por contármelo —dice ella al cabo de un rato.

—Gracias por querer escucharlo —respondo.

El colchón cede bajo el peso de nuestras historias. La tormenta sigue su curso allá afuera, pero yo ya no le tengo miedo. Porque ahora mismo, en esta oscuridad compartida, siento que algo ha cambiado.

Y justo cuando estoy a punto de cerrar los ojos, escucho su voz otra vez, bajita, casi imperceptible:

—Isaac…

—¿Sí?

—Creo que empiezo a entender por qué me haces sentir segura.

Me quedo quieto, dejando que sus palabras me calen. Porque eso, para mí, ya lo es todo.

Pero antes de que pueda contestar, su móvil vibra en la mesilla. Ella lo coge, lo desbloquea… y su cara cambia.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Es del hotel. Nos informan de que en las últimas horas no se han producido cambios en el avance de la tormenta, pero que cabe la posibilidad de que suban el nivel de alerta, por lo que debemos estar atentos a los próximos avisos.

La miro. Me mira. Y en ese cruce de miradas, se forma una decisión silenciosa.

—Sea lo que sea —le digo—, estoy contigo.

Y ella asiente.

Pero yo sé que no solo está pensando en la tormenta.



Capítulo 18

Dos días y una promesa



MARA

La habitación permanece en penumbra. Solo la luz difusa del pasillo, que se cuela por debajo de la puerta, nos da una idea de que el mundo sigue ahí fuera.

No he pegado ojo. Isaac tampoco. Lo he notado en su respiración inquieta, en cómo se remueve ligeramente a mi lado cada vez que el viento ruge con más fuerza.

El móvil vibra de nuevo sobre la mesita y ambos nos sobresaltamos. Aunque ninguno de los dos lo diga en voz alta, tenemos los nervios a flor de piel. Vemos que se trata de otro mensaje del hotel, con el mismo tono neutro, pero que me hacen tragar saliva.

«Se ha elevado el nivel de alerta por posible impacto de huracán en la zona este de la isla. Algunas áreas del complejo podrían ser evacuadas por precaución. Manténganse atentos a nuevas indicaciones del personal».

Me incorporo con rapidez. Isaac ya está sentado, mirando la pantalla sobre mi hombro.

—¿Evacuación? —pregunto, sin disimular el temblor en la voz.

—Tranquila. Aún no es seguro. Solo dicen que podría ser.

Pero las palabras se quedan flotando, como una amenaza latente. Afuera, el viento silba con más intensidad que nunca. Las ventanas vibran, y hay un zumbido constante que no sé si viene de la tormenta o de mi cabeza.

—¿Y si nos hacen salir? ¿A dónde iríamos? —pregunto, poniéndome en pie.

—No lo sé. Quizás tengan zonas interiores reforzadas. Salones comunes. Sótanos. Algo preparado.

—¿Y si no? ¿Y si…?

—Mara —me interrumpe, con suavidad, pero firmeza al mismo tiempo—. Vamos paso a paso. ¿Vale? Lo importante ahora es mantenernos informados.

Como si lo hubiéramos invocado, recibimos un nuevo mensaje, lo que nos sorprende habida cuenta de que solo han pasado escasos minutos desde el anterior. Me acerco con rapidez y compruebo su contenido.

«Informamos a nuestros huéspedes que por el momento no se procederá a la evacuación. El centro meteorológico acaba de actualizar el parte y todo hace indicar que el huracán podría desviarse hacia el noreste, si bien estamos pendiente de confirmación. Mientras tanto, por favor permanezcan en sus habitaciones y eviten salir. Les mantendremos informados».

—Pues ya se podrían haber ahorrado el mensaje de hace cinco minutos, que me ha puesto el cuerpo malo —comento, aunque la verdad es que por dentro siento algo de alivio. De todas formas, no me quedaré del todo tranquila hasta que nos digan que el peligro ha pasado.

Durante la siguiente hora, no se oye nada más que el ulular del viento y algunas puertas abriéndose y cerrándose a lo lejos. Supongo que otros huéspedes también están nerviosos. Está amaneciendo y parece que la lluvia y la tormenta empieza a calmarse un poco, así que, incapaces de permanecer encerrados por más

tiempo, bajamos a recepción por pura necesidad de movimiento y claridad.

La escena allí es de una calma tensa: parejas en pijama con cara de insomnio, una familia acurrucada en un sofá, empleados con *walkie-talkies* moviéndose de un lado a otro, y un par de señoras mayores preguntando con desesperación por sus vuelos.

Un empleado del hotel explica a un grupo que el parte más reciente indica que el huracán está empezando a virar hacia mar abierto. Que, si sigue así, solo nos tocará de refilón.

—¿Y cuándo se sabrá con seguridad? —pregunta alguien.

—En un par de horas tendremos confirmación. Mientras tanto, por favor, regresen a sus habitaciones. No hay evacuación prevista de momento.

Esa palabra —*de momento*— retumba en mi cabeza.

—¿Pero nos informarán como hasta ahora? Mi móvil no funciona bien —se queja otro de los huéspedes—. No he podido llamar a casa en toda la noche.

—Señor, estamos teniendo problemas con las comunicaciones, pero hacemos todo lo posible para que, al menos a través de nuestra aplicación, puedan mantenerse informados —le contesta con toda la paciencia del mundo—. Estamos intentando solventar todos los problemas lo antes posible.

Volvemos a la habitación. No hablamos mucho. Me acurruco en la cama junto a Isaac como si su cuerpo pudiera contener todos mis miedos. Y aunque ninguno de los dos duerme realmente, el cansancio termina por adormecernos poco a poco.

El pitido del móvil suena a las diez de la mañana. El nuevo mensaje en la aplicación del hotel aparece con letras grandes y claras:

«Confirmado: el huracán se desvía hacia el noreste. Zona de Punta Cana fuera de peligro directo. Persistirán algunas lluvias y vientos fuertes. Vuelos programados para retomarse en 48 horas.»

Exhalo el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Estamos bien —susurro.

Leo en voz alta la noticia desde la cama, medio envuelta en las sábanas, con la cabeza apoyada en el brazo de Isaac. Él se ha

despertado antes que yo y se ha quedado en silencio, sin moverse, como si no quisiera romper la quietud.

—Sí. Lo estamos.

Siento su respiración en mi nuca, lenta y profunda. Y por un instante, me permito pensar que esto —este instante suspendido en el tiempo— podría ser real. Podría repetirse. Podría durar.

Cuando me giro para mirarlo, él sonríe.

—¿Te has fijado en que una vez más el destino ha decidido darnos una tregua?

—O quizás sea una prórroga —respondo, intentando sonar desenfadada, aunque por dentro me tiemble todo.

—Si es cierto que los vuelos se retomarán con normalidad en un par de días, y suponiendo que no haya más sorpresas, podremos regresar a casa pasado mañana.

Asiento con un nudo en el estómago. No por volver. Sino por no saber qué pasará cuando lo hagamos.

Pasamos la mañana paseando por los pasillos aún húmedos del resort. Algunas palmeras han perdido hojas, hay ramas esparcidas por el césped y las piscinas están cubiertas de restos de la tormenta. Todo huele a tierra mojada y a renacer. Como si incluso el Caribe necesitara resetearse de vez en cuando.

Nos refugiamos bajo una pérgola mientras cae un chaparrón inesperado. Isaac me rodea con sus brazos y yo dejo que lo haga. Sin resistencias. Sin excusas. Me quedo ahí, pegada a su costado, escuchando cómo la lluvia tamborilea en la madera.

—No estoy acostumbrada a que me cuiden —le confieso.

—Y, sin embargo, yo no me canso de hacerlo —responde.

Cierro los ojos, porque no sé cómo responder a eso.

Es la tarde del segundo día y el cielo se abre por fin. La playa sigue cerrada por seguridad, pero el mar ha bajado la guardia. Caminamos por la orilla, descalzos, sorteando restos de algas y caracolas arrastradas por el oleaje. Isaac me coge de la mano sin preguntar. Y yo dejo que lo haga.

No hablamos mucho. Pero no hace falta. Hay algo en su silencio que me envuelve más que cualquier palabra.

Durante la cena, en el buffet parcialmente abierto, nos sentamos junto a una ventana. Afuera, el cielo comienza a teñirse de rosa. Es un atardecer precioso. De esos que parecen pintados a propósito para una postal.

—¿Has podido contactar con tu familia? —me pregunta Isaac.

—No, que va. Internet sigue caído y se ve que la red de telefonía también está tocada. No tengo móvil. ¿Y tú?

—Me pasa lo mismo que a ti. Supongo que estarán preocupados, pero poco podemos hacer de momento… Supongo que sabrán por las noticias que esta zona de República Dominicana no se ha visto tan afectada como se preveía en un principio.

—Eso espero.

Guardamos silencio, pero él percibe que tengo mi mente puesta en otra parte.

—Mara, ¿estás bien? —inquiere, bajando la voz.

—Sí… solo pensaba en cómo cada uno ha enfrentado lo que le pasó.

Isaac no dice nada. Me deja continuar a mi ritmo.

—Tú… no te aferraste al rencor. Pudiste perdonar, seguir adelante, criar a tus hijos con amor. Y yo… yo me encerré. Me puse una coraza tan gruesa que ya no sabía cómo salir de ella. Y ahora me doy cuenta de que quizás… me he perdido cosas.

Él me mira con esos ojos tranquilos, serenos, que no juzgan.

—No te perdiste nada, Mara. Has sobrevivido. Y eso ya es muchísimo. Pero si ahora estás lista para vivir, también está bien.

Me llevo una cucharada de helado a la boca sin saborearla. Solo para evitar que las lágrimas me suban a los ojos.

—A veces siento que la vida se me está escapando entre los dedos —murmuro—. Como si llevara años en pausa. Fingiendo que todo está bien solo porque no me atrevo a volver a sentir de verdad.

Isaac me cubre la mano con la suya.

—Entonces, dale al *play*. Aunque sea despacito. Aunque sea solo por hoy. Y mañana lo volveremos a enfrentar y, si te sientes preparada, volveremos a darle al botoncito.

Esta última noche no dormimos. Hablamos hasta que el cielo empieza a aclararse y los pájaros, tímidamente, se atreven a cantar otra vez. Nos contamos cosas que nunca hemos dicho en voz alta. Sueños. Fracasos. Cosas absurdas. Nos reímos. Lloramos un poco. Y cuando el despertador suena, sentimos que, de alguna forma, hemos vivido una vida entera en esos días.

Solo nos separamos para preparar las maletas en nuestros respectivos cuartos. He pasado los dos días alejada de mi habitación, salvo para coger lo imprescindible y poder ducharme en el cuarto de Isaac. Escucho unos golpes en la puerta y me apresuro a abrir, sabedora de quien está al otro lado.

—¿Lista? —me pregunta.

—Sí. Cierro la maleta y nos podemos ir cuando quieras.

El autobús que nos lleva al aeropuerto está medio lleno. Las caras de los pasajeros reflejan cansancio, alivio y cierto desconcierto. Todos hemos vivido una experiencia extraña. Una mezcla de vacaciones frustradas y redescubrimiento.

Isaac se sienta a mi lado. Me coge la mano sin decir nada. Y yo la aprieto, como si de alguna manera pudiera retener este instante unos minutos más.

—Parece que por fin nos vamos —digo, mirando por la ventanilla.

—Sí.

—¿Y cuando lleguemos?

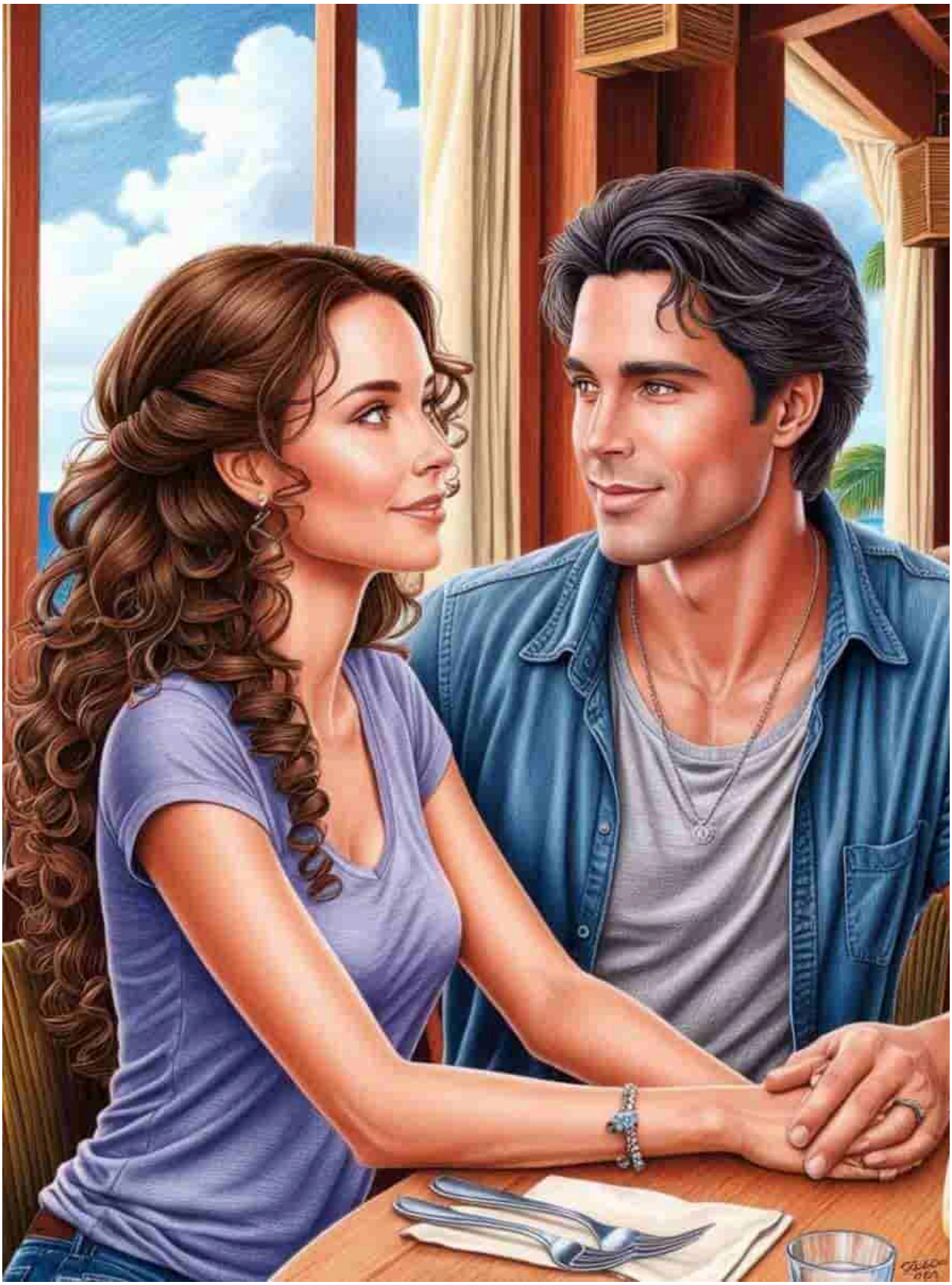
Isaac gira el rostro hacia mí. Sus ojos son un ancla.

—Cuando lleguemos, haré lo que tú quieras que haga.

Trago saliva. No le contesto. Porque tengo miedo. Porque me duele pensar en despedirme. Porque una parte de mí quiere pedirle que no se aleje, que no desaparezca. Pero otra… todavía no sabe si está preparada para todo lo que eso implica.

Y mientras el autobús avanza por la carretera mojada, con los primeros rayos de sol rompiendo entre las nubes, sé que esa decisión ya solo depende de mí. Que mi vida, por fin, ha dejado de estar en pausa.

Lo que no sé es si cuando aterricemos en Madrid, seguiré teniendo el valor de darle al *play*, tal y como él me pidió.



Capítulo 19

Aterrizajes suaves



MARA

El avión aterriza con un leve traqueteo que me despierta por completo. La voz del comandante anuncia la hora local en Madrid, la temperatura y la típica frase de «*gracias por volar con nosotros*» que nadie escucha realmente. Yo, sin embargo, siento cómo el estómago se me encoje al oírla. Es oficial. Estamos de vuelta.

Isaac me sonríe desde el asiento contiguo, ese gesto silencioso que hemos compartido varias veces en los últimos días y que dice más que muchas palabras. No nos hace falta hablar. No ahora. No aún.

Desbloqueo el móvil y, en cuanto se conecta a la red, la pantalla se inunda de notificaciones. Mensajes de mi madre, de mi hermano, de Carmen, de Joe, de Mariluz… Todos con la misma preocupación:

«¿Estás bien?»

«¿Qué ha pasado?»

«Dime si te ha afectado la tormenta»

«Avísanos cuando puedas, que estamos todos muy preocupados por ti.»

—Vaya —murmuro—. Creo que me he perdido media vida. Tengo tropecientos mensajes en el WhatsApp y también un montón de llamadas perdidas.

Isaac está haciendo lo mismo con su móvil. Su rostro se tensa un poco, aunque no dice nada. Solo asiente de vez en cuando mientras contesta rápido con los pulgares.

—¿Todo bien? —le pregunto en voz baja.

—Sí. Veo que a mí me pasa igual. Mi exmujer está preocupada, claro. Me ha dicho que ha intentado que los niños no se enteren, pero ya sabes cómo es esto… los críos captan todo. Mis padres también están alterados. En fin, les estoy escribiendo ahora mismo para decirles que estoy bien y que ya estoy de vuelta.

Asiento. Yo también empiezo a responder, uno a uno. A mi madre primero, claro, que seguramente no habrá dormido durante los últimos días a la espera de noticias. Luego a mi hermano. Después a Carmen, con un audio breve. Lo mismo con Joe y Mariluz. Me salto los mensajes del grupo de amigas porque prefiero contestarles de una forma más personal.

Mientras esperamos que salgan las maletas por la cinta, el ambiente es denso. No solo por el cansancio del vuelo, sino por ese momento extraño en el que sabes que estás a punto de despedirte y no sabes cómo hacerlo. Tampoco ayuda el murmullo constante de móviles vibrando, ruedas de maletas chocando, niños protestando medio dormidos, y gente impaciente arrimándose a la cinta como si por mirar desde más cerca, su equipaje fuera a salir antes.

Isaac guarda su móvil en el bolsillo.

—Me ha escrito Manuel —dice, con una sonrisa más relajada —. Me ha puesto: «Papá, ¿nos has traído algo del viaje o no has podido por culpa del huracán?». Me alegra saber que esa haya sido su mayor preocupación.

Sonrío.

—Tiene sentido del humor. Se parece a ti.

—Se supone que su madre había intentado que no se enterasen de nada, pero se ve que estos niños le han dado las

vueltas. Por lo menos no parece asustado. Eso ya es algo.

Y justo en ese instante, mi móvil vibra otra vez. Esta vez es el grupo de WhatsApp, Terapia de grupo.

JOE: *¿¿Maraaaaaaaa?? ¡Por fin sabemos de ti! ¡Hemos estado muy preocupadas!* 😭

MLUZ: *Dios, qué susto. Decían en las noticias que había un huracán en Punta Cana* 😱 *¿Estabas allí o habías cambiado de hotel?*

CARMEN: *Llevo dos días rezando a Santa Ana para que nos escribieras de una vez. ¿Sabes que no nos hemos despegado del televisor, nada más que pendientes de las noticias?*

Sonrío. Las quiero. Las adoro. Y sé que sus mensajes llevan capas de nervios, miedo, ternura… y un poco de histeria también.

MARA: *Chicas, tranquilas. Se nos fue la cobertura por completo por culpa de la tormenta. Acabamos de aterrizar en Madrid hace nada. Antes de que os deis cuenta estoy en casa con vosotras* ❤️❤️❤️

MLUZ: *¡Madre mía! No sabíamos si habías tenido problema con el avión de vuelta. En las noticias decía que había habido retrasos y cancelaciones.*

MARA: *Sí, pero el nuestro apenas tuvo solo un par de horas de demora. Dentro de lo que cabe, no fue mucho.*

JOE: *¡No nos hagas esto más! ¡He refrescado Google cada cinco minutos durante los últimos tres días!*

CARMEN: *Bueno, ahora que sabemos que estás en España… tú estás bien, ¿verdad?*

MARA: *Sí, sí, estoy bien. Muy cansada, pero es normal después de tantas horas. Luego os lo cuento todo. Bueno, casi todo* 😌.

JOE: *Esa carita me da miedo y curiosidad a partes iguales.*

MLUZ: *¿Te has ligado a alguien? Dímelo ya o no te dejo volver a Cádiz* 😂

MARA: *De verdad, cuando llegue y me asiente, os cuento. Lo prometo. Pero necesito una ducha, comida caliente y una cama.*

JOE: *¿Esta noche videollamada?*

MARA: *Mañana mejor. Hoy quiero dormir a pierna suelta. Pero gracias por estar ahí. Os quiero infinito* 💔

Cierro el chat con una sonrisa boba. A pesar de todo, me siento acompañada. Querida. Son mis niñas. Mis incondicionales. Las que nunca me dejan caer. Una parte esencial de mi ser.

En ese momento, aparece mi maleta. La arrastro hacia mí justo cuando Isaac recoge la suya.

—Bueno… —empieza él, con ese tono que no quiere sonar triste pero que no puede evitar—. Supongo que, si ya lo tienes todo, podemos irnos de aquí.

Estamos en medio de la zona de llegadas. Cada uno con una maleta en la mano y la ropa arrugada del vuelo. No hay música de fondo. Solo anuncios por megafonía y el sonido de ruedas golpeando baldosas.

—¿Vas bien de hora para tu tren? —pregunta él.

—Sí. Sale en tres horas desde Atocha. Menos mal que lo cogí con tiempo, previendo que pudiera haber retrasos. Así que supongo que me da para llegar, pero no me puedo dormir en los laureles. ¿Y tú?

—Igual. Mi vuelo a Sevilla es en dos horas. Voy a hacer tiempo por aquí, y tal vez aproveche para desayunar algo tranquilo.

Asiento. Y ese gesto me duele más de lo que debería. Porque sé que esta conversación es una despedida… O al menos, de momento.

—Gracias por todo, Mara —dice él, con los ojos puestos en los míos—. Por haber estado. Por no haber huido.

—Gracias a ti —respondo con una sonrisa—. Por hacer que no quisiera huir.

No nos abrazamos. Tampoco nos besamos. No hay nada grandilocuente. Solo una promesa implícita en nuestras miradas. Un «esto no se ha acabado», aunque ninguno de los dos lo diga en voz alta.

—¿Me llamarás? ¿O al menos, me escribirás? —pregunto antes de girarme.

—Todos los días, si me dejas.

—Tienes mi número. Me defraudarías si no lo hicieras —suelto con ironía—. Así que ya sabes, no te olvides de mí.

Sonrío. Comienzo a caminar hacia atrás, alejándome lentamente de él, hasta que, por fin, me doy la vuelta para dirigirme hacia la salida. No quiero girarme, porque no sé si podré contenerme. Ahora mismo tengo unas ganas de llorar que me muero.

De repente, noto que me tiran del brazo, haciendo que me detenga.

—No me gusta esta despedida tan fría —reconoce Isaac sin pudor.

—A mí tampoco...

Nos abrazamos y nos fundimos en un beso lleno de promesas, ansias y un… vamos a ver que sale de aquí. Ninguno de los dos queremos separarnos, pero ambos sabemos que no ternemos más remedio.

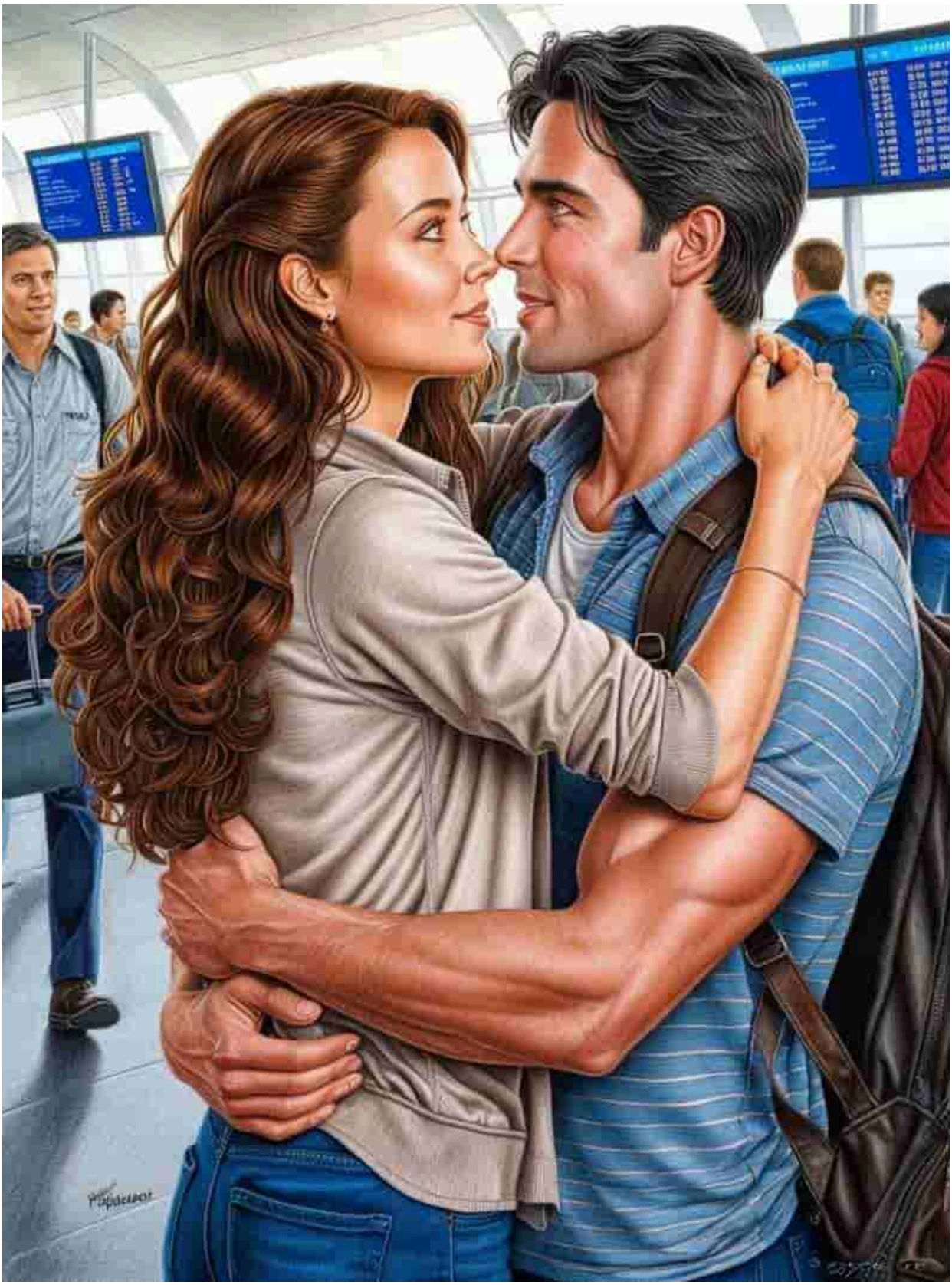
—Estamos en contacto, preciosa.

Asiento, y ahora sí, salgo del aeropuerto con los ojos humedecidos por la emoción.

¿Quién me iba a decir a mí cuando comencé esta aventura hace poco más de dos semanas, que mi viaje acabaría de semejante manera?

Y, sin embargo, mientras me pierdo entre la multitud, noto que mi interior ni se blinda ni se rompe... Al contrario, se abre. Despacio, con timidez, como una grieta por donde se cuela la luz.

No sé qué pasará mañana, pero en esta ocasión, no me da miedo averiguarlo.



Capítulo 20

Todo se siente distinto



MARA

El viaje en tren a Cádiz fue tranquilo, silencioso. Me pasé buena parte del trayecto mirando por la ventanilla, viendo pasar el paisaje como un borrón, pero sin fijar la mirada en nada. Iba con los auriculares puestos, aunque sin música. Solo necesitaba una excusa para no hablar con nadie. Ni siquiera con la señora sentada frente a mí, que se pasó medio viaje hojeando una revista de decoración y lanzándome miradas curiosas como si pudiera adivinar que traía el corazón hecho un caos.

Dormí mal por la noche. Me desperté varias veces sin saber dónde estaba. El silencio de mi piso me pareció demasiado denso, demasiado grande. Nadie respirando a mi lado. Nadie cogiéndome de la mano. Nadie riendo por lo bajo mientras me abrazaba contra su costado.

Nada más despertarme hablo un rato con mis amigas por el grupo, pero, a pesar de la confianza que les tengo (plena y absoluta), no me siento con ánimos de hablarles todavía de Isaac. Sí, les cuento

que he conocido a un hombre que me ha gustado, pero poco más, a pesar de que ellas han tratado de tirarme de la lengua en más de una ocasión. Pero cuando se han dado cuenta de que yo no estoy por la labor de contarles gran cosa, han respetado mis silencios y hemos pasado a otros temas. Ellas saben que, si necesito hablarles de él, lo haré. Pero también me conocen lo suficiente como para entender que, para determinados asuntos, necesito mi tiempo.

Mis vacaciones llegan a su fin y toca reincorporarme al trabajo en unas horas. ¿Me hubiera gustado tener más tiempo para descansar y recuperarme? Sí, sin lugar a dudas. Pero el deber llama y yo tengo que seguir pagando mis facturas.

La rutina me recibe como un viejo abrigo. Sé cómo ponérmelo, cómo moverme entre sus costuras. Café con leche, ducha rápida, autobús hasta la agencia de viajes. Pero todo se siente… distinto. Como si lo que antes era cómodo ahora me rozara.

—¡Buenos días, Mara! —me saluda Pilar desde su escritorio, como cada lunes.

—Buenos días —respondo, con una sonrisa que me cuesta más de lo habitual.

Enciendo el ordenador. Reviso el correo. Contesto a dos clientes que quieren presupuesto para una luna de miel en Grecia. Otro que pregunta si hay vuelos directos a Costa Rica. Uno más que quiere hacer un crucero por el Caribe. Ahí, justo ahí, siento como me aprieta el pecho.

Caribe.

Isaac.

Intento concentrarme. Necesito sacar su imagen de mi cabeza, pero es como intentar deshacerme del olor del mar en la piel que se queda cuando vuelves de la playa. Y no sé si quiero que se vaya.

Después del trabajo, decido pasar por el supermercado. Compro lo justo: leche, algo de fruta, pan integral. Nada que implique cocinar ni quedarme demasiado tiempo de pie en la cocina. Llego a casa, dejo las bolsas en la encimera y me quedo ahí, sin moverme. Solo escucho el zumbido del frigorífico y el sonido lejano de un televisor en el piso de al lado.

Miro el móvil. Ningún mensaje nuevo. Abro WhatsApp y compruebo que Isaac no me ha escrito. Pero tampoco lo he hecho yo. No sé por qué. Quizás porque aún no estoy lista. Quizás porque tengo miedo de que lo nuestro, fuera del resort, no sepa sobrevivir.

Pero necesito saber de él. Al menos, ver cómo le fue la vuelta, o cómo lo recibieron sus hijos. A buen seguro, con sonrisas, besos, abrazos… y esa imagen se cuela en mi cabeza, pero también en mi corazón, transmitiéndome un calorcillo interno que me resulta desconocido.

Me gustaría verlo en su faceta de padre.

Qué demonios… me gustaría verlo en cualquier faceta, sea la que sea. Pero verlo, al fin y al cabo.

Así que cojo el móvil y empiezo a teclear sobre la pantalla.

MARA: *Hola, ¿cómo estás? ¿Qué tal la vuelta a casa?*

Espero. Las rayitas azules no tardan en aparecer.

ISAAC: *Cansado. Muy cansado. Al final mi vuelo salió con más de dos horas de retraso, así que el viaje se me hizo eterno.*

La conversación se detiene unos segundos. De repente los tres puntos sobre la pantalla me advierten de que Isaac está escribiendo de nuevo.

ISAAC: *No paro de pensar en ti.*

Sonrío. Pero es una sonrisa torcida, como la que se forma cuando estás a punto de llorar.

¿Debo decirle que yo también? ¿Que lo extraño más de lo que hubiera creído posible?

Me siento en el sofá, con las piernas recogidas. Al final me arrugo y no escribo lo que mi corazón siente de verdad, sino que me limito a preguntarle por sus hijos y cómo ha sido el reencuentro. No difiere demasiado de la imagen que yo me había creado y de nuevo, me hace sonreír al imaginarlo. Se trata de una pincelada de cómo es su vida *normal*, y siento que me gustaría formar parte de esa cotidianidad.

Cuando terminamos de hablar, me tumbo en el sofá sin hacer nada útil. Solo… existiendo. Solo intentando no echarlo de menos. Solo luchando por entender por qué me siento tan incompleta ahora que estoy de vuelta.

Mis amigas no tardan en mandarme un mensaje:

JOE: *Bueno, ¿cuándo vamos a quedar? Estamos deseando verte.*

CARMEN: *Y que nos cuentes todos los detalles de tu viaje.*

MLUZ: *Yo puedo comprar unas empanadas en la tienda que hay cerca de la biblioteca. Vosotras traéis las bebidas. ¿Cómo os viene vernos mañana en mi casa?*

MARA: *Si no os importa, lo dejamos para el viernes, ¿de acuerdo? Apenas me he recuperado del jet-lag y he tenido que volver al trabajo con más sueño que una cesta de gatitos. Además, quiero contaros algo y necesito vuestra opinión.*

JOE: *Sobre, ¿qué? Danos un adelanto y no nos dejes en ascuas hasta el viernes, que todavía quedan varios días.*

Guardo silencio unos segundos. Ellas son mi terapia, mi grupo, con quien todo lo hablo y quienes mejor me comprenden.

MARA: *Sobre el chico que os comenté que había conocido. Pero os adelanto que no esperéis una novela rosa. Es más bien… algo que no sé cómo etiquetar.*

MLUZ: *Lo sabía. Algo me decía que ahí había más tela que cortar de la que tú nos habías dicho.*

JOE: *Mariluz, tú siempre con tus historias de amor… muy propio de ti. Y Mara, cielo, las mejores historias no necesitan etiquetas.*

CARMEN: *Que te hayas dado la oportunidad a ti misma de conocer a alguien y que ese alguien te genere dudas, ya es algo novedoso. Estamos deseando que nos cuentes, cielo. Ya sabes que nosotras siempre vamos a estar aquí para lo que necesites.*

MARA: *Lo sé. Sabéis que confío en vosotras más que en nadie en el mundo, porque sois las únicas que conocéis todas mis aristas, que me consta que no son pocas. Pero mejor, os lo cuento el viernes.*

JOE: *¿Y nos vas a tener en ascuas todos hasta entonces? Malaaaaa*

Sonrío.

MARA: *Hablamos para ver a qué hora quedamos, ¿vale? Adiós, chicas. Os quierooo*

Suspirando, dejo el móvil a un lado.

Pero entonces me doy cuenta de que Isaac ha contestado una vez más.

ISAAC: *Llámame cuando quieras. O me escribes, o me haces señales de humo… no sé, lo que te apetezca. Solo te pido que no desaparezcas.*

Van pasando los días y todo me recuerda a él. El olor del gel de ducha que usé en el hotel. La canción que sonaba en el bar de la piscina y que ahora se escucha por casualidad en la radio. El café, que ya no sabe igual. Las sábanas frías. La falta de una voz que me diga: «¿Qué planes tienes hoy?»

Lo intento. De verdad. Salgo a caminar. Me empeño más que nunca en mi trabajo para distraer la mente. Sonrío y finjo que todo va bien, pero por dentro, hay un runrún constante. Como un eco que no se apaga. Como una promesa que se ha quedado colgada del aire.

Cuando llega el viernes, me planto frente al espejo y me sorprendo peinándome con más esmero de lo habitual. No porque espere impresionar a mis amigas —ellas me han visto en mis mejores y mis peores días—, sino porque siento que lo que voy a contar esta noche merece un poco de respeto.

Mariluz nos recibe con su habitual calidez. Su casa huele a empanadas recién horneadas (se nota que las acaban de preparar en la *empanadería*) y a varitas de incienso de vainilla. Joe trae una botella de vino blanco. Carmen, una bolsa llena de snacks y chocolates «por si la historia que tengo que contarles lo exige», dice.

Nos sentamos en el salón, cada una en su rincón habitual, como hacemos siempre. Siento como si el tiempo no hubiera pasado. Pero yo sé que algo sí ha cambiado. O al menos, en lo que a mí respecta.

Empezamos a hablar de todo un poco, de cuestiones genéricas: de Joe y su nuevo compañero de trabajo con el que se ha visto obligada a ir a Francia; de Mariluz, del curso de escritura que está haciendo y de lo entusiasmada que está con su profesor; y de Carmen, de su casa nueva y de la rutina con sus *adorados* niños, y a quienes les da clase.

—Vale, venga —dice Joe, alzando su copa, sin poder contener más la intriga—. Querida mía, nos tienes en vilo desde hace días. ¿Nos vas a contar de una puñetera vez qué te pasa? Habla ahora o sentirás nuestro acoso constante en el cogote …

Todas ríen. Yo también, sobre todo porque sé de sobra que, si decidiera callar, ellas no me presionarían de ningún modo. Es una máxima que impera en nuestro grupo: respetar nuestras palabras, pero también nuestros silencios.

Cuando me dispongo a hablar, noto un nudo en la garganta que me obliga a inspirar hondo.

—Está bien. Como ya os adelanté, conocí a alguien durante el viaje. Se llama Isaac. Es… diferente. Bueno. Honesto. Pero tiene hijos, está divorciado, todo tipo de ataduras de las que yo rehúyo… Y lo peor de todo es que me ha removido cosas que creía tener controladas. No sé, me siento muy perdida. Y me angustia, y a la vez, me ilusiona y me da miedo… Todo al mismo tiempo y os juro que no tengo ni idea de cómo gestionarlo.

Mariluz deja la copa a un lado, con los ojos abiertos.

—Eh, tranquila. Vayamos por parte. Para empezar, ¿qué me dices de ti? ¿Qué sientes por él?

—Es que no lo sé —respondo, bajando la mirada.

—¿No lo sabes o quizás prefieres no saberlo? —me pregunta Carmen.

Touché.

—Me hizo sentir segura —reconozco—. Me hizo reír. Me escuchó como hacía tiempo que nadie lo hacía. Pero desde que volví… todo me parece fuera de lugar. Como si lo que vivimos solo pudiera tener sentido allí. No sé si tiene cabida en mi vida real.

Carmen asiente despacio.

—¿Y no has pensado que quizás esa *vida real* ya no te sirve? A lo mejor él no es el problema. A lo mejor eres tú, y que la cuestión se solucionaría si te abrieras un poco.

Por un momento, siento unas ganas de llorar inmensas.

¿En qué me he convertido, por Dios? ¿Por qué me he vuelto tan blandengue?

Mis amigas notan mi angustia y Joe me coge la mano con cariño.

—A veces, el miedo de que algo nos dañe otra vez es más fuerte que las ganas de intentarlo. Pero tú has sido valiente. Ya has dado el primer paso. El resto, solo es seguir andando.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El tipo de silencio que se da solo entre amigas que se entienden con miradas.

—Tengo tanto miedo. Me rompí una vez, y me reconstruí a mí misma. ¿Y si vuelve a pasar? —digo, exponiendo todos mis miedos.

—Cariño, a veces ocurre, pero no dudamos de que eres lo bastante fuerte como para levantarte de nuevo si hiciera falta. Además, nosotras siempre estaremos aquí para apoyarte y sostenerte si fuera necesario. Pero no debes pensar en que va a ir mal. Te estás arriesgando a dejar de vivir por miedo a disfrutar de lo que quizás el destino te tiene reservado. A veces, hay que dar el paso y ser valiente.

Esas palabras me siguen rondando y martilleando la cabeza cuando, un par de horas después, regreso a casa. Me descalzo en la entrada, me suelto el pelo y me sirvo un vaso de agua.

Me siento en la cama, aún vestida, con el móvil entre las manos.

No hay mensajes nuevos.

Pero no importa. Sé lo que tengo que hacer.

Busco su contacto y abro el chat.

MARA: *Hola. ¿Te apetece que nos veamos pronto?*

Y mientras espero su respuesta, algo en mi pecho se calma. Porque por primera vez en mucho tiempo, aún con miedo, me atrevo a darme una oportunidad.



Capítulo 21

El peso de un pequeño detalle



MARA

Termino terminando de ponerme el pijama cuando escucho el sonido del mensaje.

ISAAC: *Cuando tú quieras.*

Tres palabras. Sencillas. Llenas de todo y de nada.

Me quedo mirando la pantalla con el pulgar en el aire, congelado a medio camino de una respuesta. No porque no sepa qué decir, sino porque me aterroriza decidirlo. Después de todo lo vivido, de todo lo hablado con mis amigas, no hay más excusas: estoy lista. O eso me empeño en creer.

Sin embargo, pasan los días y no concretamos nada.

Nos escribimos, sí. Nos mandamos audios cortos, también. Compartimos memes absurdos, por supuesto. Y, sin embargo, sigo sin proponer una fecha clara para volver a vernos, aunque él me ha preguntado un par de veces al respecto. Pero como yo no fijo un día, él no me insiste en demasía.

Hasta que hoy, miércoles por la noche, al llegar del trabajo, mi vecina llama a mi puerta y me entrega un paquete perfectamente embalado.

—Hola, cielo —me dice doña Rosario—. Hoy ha venido el cartero y ha traído esto para ti. Como tú no estabas, lo he recogido yo.

—Muchas gracias —le contesto mientras miro extrañada el envoltorio, pues no he hecho ningún pedido recientemente. Sin embargo, mi nombre y dirección están perfectamente identificados.

No tiene remitente y no consigo identificar la letra manuscrita del papel.

Me despido de doña Rosario sin muchas contemplaciones: el paquete centra toda mi atención. Lo abro con cuidado, como si temiera estropear su contenido. Dentro, envuelto en papel kraft y atado con una cuerda fina, hay un objeto rectangular. Cuando deshago el lazo y aparto la protección, descubro un pequeño álbum de fotos encuadernado en lino gris.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras lo abro.

La primera imagen me hace reír y emocionarme a partes iguales: estoy yo de perfil, en la playa. El viento me revuelve el pelo, y tengo la mirada perdida hacia el mar.

¿De dónde ha salido esta foto?

Ahora sí, no me cabe duda de quien me ha enviado el regalo.

Paso la página.

Otra foto. Estoy leyendo en una tumbona. Me reconozco en la postura: una pierna cruzada, el ceño ligeramente fruncido, concentrada. Isaac ha captado un gesto mío tan íntimo que me resulta casi violento. Me siento vulnerable al verme desde fuera… y al mismo tiempo, profundamente conmovida.

Paso otra hoja y ahí estamos los dos. En una foto tomada durante una excursión a Guadalupe, riendo. Recuerdo ese momento. Era cuando el guía había hecho una broma absurda y yo casi escupí el agua de la risa. Esa imagen no puede haberla tomado Isaac. Me imagino que ha pedido las fotos a otros compañeros de excursión que las fueron compartiendo entre los del grupo.

Hay más fotos. Algunas de mí en el crucero, otras en el comedor del resort, una en la que estoy dormida en la hamaca —esa me da vergüenza—, y una última que me desarma por completo: yo, de espaldas, caminando por la orilla, con un vestido blanco ondeando y el atardecer tiñéndolo todo de naranja y oro.

Y entonces llego a la parte final del álbum.

Ahora son fotos de él.

Isaac en el bar del resort, con una cerveza y el pelo revuelto. Isaac con una camisa azul, con un amago de sonrisa en los labios. Isaac apoyado en una barandilla, mirando hacia el horizonte. Son imágenes íntimas, profundas, y me doy cuenta de que me las ha incluido como si me estuviera dejando entrar un poco más en su mundo. No tengo ni idea de quién se las habrá hecho, pues me consta que ha viajado solo, pero tampoco es algo que me preocupe.

Acaricio su rostro en una de ellas. La yema de mis dedos roza el papel satinado con una ternura que no me esperaba. Lo echo de menos. Mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir en voz alta.

Entre las páginas del álbum encuentro una nota escrita a mano. Su letra es clara, firme. Casi puedo oír su voz mientras la leo:

«No sabía que se podía echar de menos a alguien antes de despedirse. Pero contigo me pasó. Este álbum es un resumen de lo que vi cuando no sabías que te miraba. Porque, aunque no te dieras cuenta, cada vez que te observaba, entendía un poco mejor por qué el mundo tenía sentido justo ahí, donde estabas tú.»

Siento que el aire se me queda atascado en el pecho. Y de repente, se me forma un nudo en la garganta.

Abrazo el álbum con fuerza contra mí, como si fuera un salvavidas al que aferrarme, como si pudiera detener todo lo que se me viene encima.

No quiero seguir conteniendo nada y no tiene sentido retrasar lo que ambos deseamos: reencontrarnos.

Voy a ir a verlo, está decidido. Voy a descubrir qué más hay detrás de estas fotos, de estas miradas, de estas palabras. Porque lo que me ha hecho sentir con un simple álbum, con un regalo tan íntimo y sincero, no puede ser algo pasajero.

Y, además, tampoco quiero que lo sea.

No tardo en escribirle y voy directa al grano.

MARA: *Hola. Acabo de recibir tu regalo y es… Me ha encantado.*

ISAAC: *Me alegro, preciosa. Espero que sirva para que no te olvides de mí.*

Me río.

MARA: *Eso es imposible, te lo aseguro. Por cierto, este finde lo tengo libre… ¿Te viene bien que nos veamos? ¿Te apetecería venir a Cádiz?*

Su respuesta no tarda ni un minuto:

ISAAC: *Tengo a la prole conmigo. Pero si te animas, podrías venir tú a Sevilla y así los podrías conocer. Les he hablado de ti a mis hijos y tienen ganas de conocerte.*

Me quedo con el móvil entre las manos, pensativa. No es lo que esperaba, pero… pufff, es que no quiero dejar pasar más tiempo sin verlo.

Paula, Fernando y Manuel. Sus hijos. Pienso que, si me decido a arriesgarme a empezar una historia con él, esos tres enanos han de estar incluidos en nuestras vidas.

¿Nuestras vidas? ¿Cuándo he empezado a pensar así? Hace apenas un mes tenía una vida perfectamente ordenada, organizada y… quizás, no del todo feliz.

Uff, de solo pensarlo, siento un vértigo que tira para atrás.

MARA: *¿Y no es un poco pronto para que me conozcan?*

ISAAC: *Si fuera cualquier otra, sí. Pero eres tú.*

Joder con Isaac. Tiene respuestas para todo.

Vuelvo a mirar el álbum de fotos, aún abierto sobre el sofá, como si también él estuviera esperando mi decisión. Acaricio una última vez la portada antes de contestar.

MARA: *Vale, voy. Pero dime el nombre de un hotel que quede cerca de tu casa y yo me encargo de hacer las gestiones desde la agencia, ¿vale? Así no estorbo y estoy a dos pasos, por si quieres que hagamos algo los cinco.*

ISAAC: *Ni hablar. Te quedas con nosotros en casa. Tengo espacio, tengo ganas, y no pienso desperdiciar ni un minuto de los que podamos compartir.*

Muerdo mi labio inferior. Noto ese aleteo de mariposas del que había olvidado cómo se sentía.

MARA: *De acuerdo. ¿Qué me recomiendas llevar para conquistar a tres desconocidos?*

ISAAC: *Solo lo que tienes dentro. Lo demás, lo ponemos nosotros.*

Sonrío. Ayy, que Dios me pille confesada porque ni siquiera yo sé dónde me estoy metiendo.

El sábado amanece temprano para mí y, por primera vez en mucho tiempo, no me importa el madrugón. El cielo aún está algo oscuro cuando salgo hacia la estación, con la maleta en una mano y el alma encogida por el nerviosismo.

Durante el trayecto en tren, intento leer, pero no consigo concentrarme. El paisaje pasa a través del cristal sin que le preste atención a las localidades por las que vamos pasando. Me descubro ensayando respuestas para preguntas que quizás no lleguen. ¿Y si no les caigo bien? ¿Y si me siento fuera de lugar? ¿Y si esto va demasiado rápido?

Pero entonces pienso en él. En sus ojos tranquilos, en su manera de decirlo todo con un gesto, en la ternura con la que me ha enviado el álbum. Y se me pasa la angustia.

Cuando llego a la estación de Santa Justa, el corazón me da un vuelco. Isaac está allí, con la misma camisa azul que aparece en una de las fotos. A su lado, tres figuras diferentes: Paula, que me dijo que tiene quince años, con auriculares colgando del cuello y mirada inquisitiva; Fernando, de trece, jugueteando con una pelota antiestrés; y Manuel, el benjamín de nueve, con una mochila de su equipo de fútbol y una sonrisa tímida que se le escapa antes incluso de hablar.

—¡Hola! —saludo, más nerviosa de lo que pensaba.

—Mara —dice Isaac, y en su voz encuentro la seguridad que tanta falta me hace.

Nos damos dos besos con la contención propia de estar delante de niños. Él me presenta con naturalidad.

—Chicos, ella es Mara.

—Tú eres la mujer del álbum —afirma Manuel sin filtros.

—Así es. No sabía que lo hubieras visto.

—Claro que sí —responde él con confianza—. Papá nos ha enseñado todas las fotos y tú aparecías en muchas de ellas. Además, nosotros lo ayudamos a colocarlas en el libro que te mandó.

Me río.

Fernando me lanza una mirada evaluadora, pero termina saludando. Paula tarda unos segundos más, pero al final asiente con una media sonrisa.

—¿Te apetece que vayamos primero a casa a soltar tus cosas o prefieres que vayamos a dar una vuelta y dejemos el *trolley* en el maletero del coche? —me pregunta Isaac.

—Como tú prefieras. Este fin de semana soy toda tuya.

Él se acerca a mí, y baja la voz lo suficiente para que sólo yo lo oiga.

—Mucho cuidado con lo que dices o de lo contrario me tomaré tus palabras al pie de la letra, así tenga que dejar a los niños con su madre.

Nuestros ojos se cruzan y nos sostenemos las miradas. Hay complicidad en ellos y veo ese gesto de picardía tan propio de él… y que tanto me gusta.

—Anda, vayamos a dar una vuelta —sugiero al final para no ahondar más en el tema.

Pasamos el día paseando por la ciudad. Isaac me enseña su barrio, la heladería donde siempre acaban después del cole o la librería de segunda mano que tanto le gusta. Los niños se van soltando poco a poco, y yo también. Comemos juntos, hablamos, jugamos. Hay risas, momentos torpes, alguna que otra discusión entre hermanos… Todo se siente de lo más natural. Y sobre todo, muy, muy real.

Por la noche, ya en su casa, me muestra la habitación de invitados. Es sencilla, pero acogedora. Y junto a ella, hay un pequeño cuarto de baño que me han ofrecido usar si me apetece darme una ducha por mañana. En la mesita de noche hay un vaso de agua con una rosa roja dentro, una pequeña lámpara y una nota suya:

«Descansa. Mañana te sigo enseñando mi mundo.»

Acaricio las palabras con los dedos, igual que hice con las fotos y sonrío. Es una sensación extraña porque, por un segundo, me siento parte de algo. No como invitada, sino como alguien que empieza a pertenecer.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos. Escucho el murmullo de voces en el pasillo, la risa de uno de los niños, el sonido de una puerta cerrándose. Isaac increpando a Paula para que apague la tele de su cuarto y se eche a dormir de una vez…

Y pienso que tal vez, solo tal vez, este vértigo que siento no sea miedo… sino la certeza de que estoy cayendo en el lugar correcto.



Capítulo 22

Tres pequeños terremotos



MARA

Me despierta el ruido de la cafetera desde la cocina. Huele a pan tostado y a algo que burbujea en una sartén. Me estiro sobre la cama sin abrir los ojos y por un segundo, tardo en recordar dónde estoy. Pero entonces oigo una carcajada infantil al otro lado de la puerta y todo encaja.

Estoy en Sevilla. En su casa. Con ellos.

Me levanto y, tras darme una ducha rápida, bajo a la cocina. Isaac está preparando el desayuno mientras Manuel y Fernando discuten sobre cuál es el mejor superhéroe del universo Marvel. Mientras uno se decanta por Hulk, el otro prefiere a Spiderman. Paula, sentada en la esquina de la mesa con una taza de leche, me lanza una mirada de reojo y luego esconde una sonrisilla.

Isaac me mira y me dedica esa media sonrisa que ya siento como un refugio.

—Buenos días, dormilona —dice, mientras me sirve una taza de café.

—Buenos días. Huele a gloria.

—Es nuestro desayuno especial de domingo. Tradición familiar. No podíamos dejarte fuera.

Observo que lo que se fríe en la sartén son unos churros congelados, de los que ya han debido dar cuenta los más pequeños, a la vista de los platos con azúcar que tienen junto a sus tazas de cola-cao. Me siento a la mesa con ellos y poco a poco me voy soltando. Manuel me ofrece probar su tostada con mermelada de fresa. Fernando, continuando con la discusión con su hermano, me pide que elija entre Spiderman o Hulk. Paula me pregunta si soy más de libros o de películas.

Y entre pregunta y pregunta, me doy cuenta de que estoy disfrutando. De verdad. No hay tensión ni silencios forzados. Solo una cotidianidad que me acoge y me envuelve con su calidez.

Pasamos la mañana en un parque cercano. Juegan al baloncesto, se empujan en los columpios, me hacen partícipe de sus chistes infantiles. Isaac me lanza una mirada desde el banco donde se sienta un momento a descansar. En su gesto hay algo que me estremece: orgullo, cariño, esperanza.

Pero también una invitación, o, mejor dicho, una pregunta silenciosa: ¿Quieres esto?

Asiento con la cabeza, sin palabras. Él me sostiene la mirada por unos segundos más. Luego, se levanta y se acerca hasta donde yo estoy. Se sienta a mi lado, lo suficiente para que nuestras piernas se rocen.

—¿Qué te han parecido? —me pregunta en voz baja, como si temiera escuchar la respuesta.

—Son geniales. Cada uno a su manera. Paula es más observadora de lo que parece. Fernando tiene una energía desbordante. Y Manuel… bueno, creo que me ha adoptado desde el primer momento —respondo, sonriendo—. Se nota que son niños felices, y eso habla bien de ti y tu exmujer, al menos como padres.

Isaac se queda en silencio un segundo. Me observa. Me evalúa, quizás, como si estuviera tratando de medir cuánto hay de verdad en mis palabras.

—Tu opinión me importa mucho, Mara. Más de lo que puedo explicar. Esto… —hace un gesto amplio con la mano, abarcando a sus hijos, el parque, su vida— no es negociable. Son mi mundo. Y si alguna vez decides darle una oportunidad a lo que hay entre nosotros, debes tener presente que ellos también forman parte del trato. Quiero ser muy sincero contigo respecto a esto, ¿lo entiendes?

—Lo sé. Y sí, claro que lo entiendo.

En este instante soy consciente de una cosa muy importante: si quiero tener una relación con Isaac, no puedo arrancarlo de aquí. No puedo imaginar una historia donde él deje Sevilla por mí, donde sus fines de semana con los niños se negocien como parte de un acuerdo. Ellos están aquí. Su vida está aquí. Y si yo quiero estar en ella, soy yo quien tiene que encajar, no al revés.

¿Puede convertirse eso en un inconveniente?

Sí, podría. Pero también puede representar una prueba de fuego. Una manera de averiguar si realmente quiero esto. Si estoy dispuesta a dejar de mirar el amor como un futuro improbable y empezar a vivirlo como un presente con todos sus matices.

Me vuelvo hacia él.

—Lo entiendo —repito, sin ningún género de dudas. Él asiente con un brillo nuevo en los ojos, como si hubiera conseguido leer dentro de mis pensamientos.

Comemos en un restaurante cerca del parque donde hemos pasado la mañana y aprovechamos después para bajar el almuerzo dando un paseo. Isaac tiene que dejar a los niños con su exmujer a la hora de la merienda, así que pasamos un momento por casa para que ellos recojan sus mochilas del colegio para el día siguiente.

Me ofrece acompañarlos cuando los lleva a casa de su ex, pero yo declino la invitación. Creo que me resultaría un poco incómodo. Con haber conocido a los niños ya he tenido suficientes emociones para el fin de semana. Él lo comprende y los niños se despiden de mí con besos y abrazos, como si fuera una vieja amiga de la familia, aunque solo haya pasado con ellos unas pocas horas. Han sido intensas, eso sí, pero apenas se han reducido a dos ratos.

—Vuelvo enseguida —me dice Isaac—. Estás en tu casa, así que dispón de ella a tu capricho. Te mando un mensaje cuando esté

llegando y nos vamos los dos por ahí. Te prometo que las próximas tres horas serán solo para nosotros.

Me río nerviosa.

—¿Acaso no te has cansado todavía de mí?

—En absoluto. Me encanta pasar tiempo con mis hijos, pero también necesito mirarte sin interrupciones. Hablarte bajito. Tenerte cerca sin que nadie grite «papá, mi hermano me ha pegado».

Se me escapa una nueva risa divertida, pero también me tiembla el corazón.

Cuando por fin pasa a recogerme, va en su coche con la ventanilla bajada y una canción suave sonando de fondo. Me subo sin decir nada, y durante un instante, el mundo se queda fuera.

Conduce hasta un mirador a las afueras de Sevilla, uno de esos sitios altos desde los que la ciudad parece de juguete. Nos bajamos, caminamos hasta el borde del mirador y nos sentamos en un banco.

Ninguno habla, ni falta que hace. El silencio lo dice todo.

Finalmente se gira hacia mí y me acaricia el rostro con la yema de los dedos, como si no se atreviera a romper el hechizo.

—No te imaginas cuánto significa que te hayas animado a venir este fin de semana. Sabes que me gustas, Mara. Mucho más de lo que debería, teniendo en cuenta el poco tiempo que hace que nos conocemos —susurra.

—¿No nos estaremos precipitando, Isaac? ¿Crees que ha sido buena idea que tus hijos me conozcan tan pronto?

—Si te soy sincero, tenía muchas ganas de que te conocieran. Algo me decía que les gustarías, y no me he equivocado. Ellos mismos me lo han dicho de camino a casa de su madre.

—¿Acaso no les han caído bien otras *amigas* tuyas?

—Eres la primera que conocen desde que me separé. Te aseguro que no llevaría a mi casa, y mucho menos compartiendo su mismo techo, a alguien a quien no creyera que puede llegar a ser importante para mi familia.

—Cómo me gustaría tener tu seguridad, Isaac.

—¿Por qué no pruebas a dejarte llevar por el corazón?

—Es justo lo que estoy haciendo. De lo contrario, no hubiera venido —reconozco.

Me sonríe y percibo que mi respuesta sincera le ha tocado la fibra. Entonces se acerca a mí y me besa. No con urgencia, sino con profundidad. Como quien ha esperado mucho tiempo para hacerlo bien y por fin sabe que está en el camino correcto.

Y yo respondo. Porque también quiero apostar. Por él. Por mí. Y por lo que sabemos que está naciendo entre los dos.

Sin embargo, el reloj nos traiciona y, más que nos pese, llega pronto la hora de decirnos adiós.

Isaac me lleva a la estación, aparca y me acompaña hasta la puerta que da acceso a los andenes. No hay prisa, pero tampoco nos sobra el tiempo. Nos miramos como quien quiere memorizar cada gesto.

—Gracias por venir —dice, sin soltar mi mano.

—No. Gracias a ti por hacerme sentir parte de tu día a día.

—Lo eres, aunque que te tenga tan lejos.

—Bueno, ni tanto. Cádiz solo está a poco más de una hora de distancia. Podrías venir un fin de semana que no tengas a los niños. O si los tienes, vente con ellos. Todavía hace buen tiempo para pasar un día en la playa y seguro que ellos lo disfrutarían. Eso sí, nos tendríamos que apañar con colchones en el suelo, porque mi piso no es muy grande.

—Y si lo hiciéramos, ¿dónde dormiría yo? —la mirada de Isaac es tan intensa, que me derrito por dentro.

—Lo discutiremos cuando vengas.

Nos besamos. Esta vez con más hambre, con más deseo, con más miedo también. Porque duele separarse cuando empiezas a construir algo.

Subo al tren y me siento junto a la ventana. Saco el móvil. Tengo un mensaje suyo antes de que arranque el convoy:

ISAAC: *Te has llevado una parte de mí. Devuélvemela pronto, por favor o de lo contrario, tendré que ir yo a por ella.*

Mi respuesta la tengo clara.

MARA: *Te tomo la palabra como una promesa.*



Capítulo 23

Si me atrevo



MARA

El tren avanza a ritmo constante atravesando un paisaje que apenas se percibe a través de las ventanillas y que solo lo ilumina la luna llena que luce en el cielo en todo su esplendor. Apoyo la frente contra el cristal y cierro los ojos un instante. El vaivén suave me adormece, pero no me permite desconectar. Mi cabeza está demasiado llena de escenas, de voces, de gestos. Llena de ellos, de los niños. Llena de él… de Isaac.

Hace apenas unas horas estaba desayunando con tres pequeños terremotos alrededor de una mesa. Manuel tiraba su taza de leche con cacao al tratar de coger un churro del plato que estaba en el centro; Fernando reía como si no hubiera un mañana por la torpeza de su hermano; y Paula preguntaba si me gustaba leer novelas de fantasía, y se ofrecía a dejarme alguna de las que tenía en su cuarto.

Mientras tanto, Isaac me observaba en silencio, apoyado desde los hornillos donde acababa de preparar el desayuno familiar,

de una manera como si en su mirada bailara una pregunta que se intuía importante para él. Lo supe porque así lo sentí.

Con esa actitud prudente, tan característica suya, me preguntaba con los ojos si quería formar parte de eso. De esa vida ruidosa, imperfecta, llena de migas de pan sobre el mantel, con dibujos colgados en la nevera y mochilas por el suelo. Y aunque no le di una contestación clara en ese momento, la respuesta dentro de mí fue indiscutible.

Sí.

Lo supe cuando vi a Fernando llorar de risa por un chiste absurdo. Lo supe cuando Paula se levantó y me trajo su libro favorito para prestármelo. Lo supe cuando Manuel me abrazó sin pedirme permiso. Lo supe cuando Isaac me llevó al mirador y me besó como si el tiempo no nos alcanzara, como si su mundo tuviera una rendija abierta para mí.

Y ahora, de vuelta a Cádiz, a mi casa, no siento tristeza. Sino más bien algo parecido a la paz. Una paz intranquila, sí, porque no sé qué pasará mañana. Pero una paz limpia, honesta, que reconcilia por una vez lo que me dice la cabeza con lo que siente mi corazón.

Nada más llegar a casa, me pongo mis zapatillas y enciendo el calentador del baño para darme una ducha. Aunque por el día todavía hace calor, a pesar de estar en otoño, la temperatura desciende cuando llega la noche. Mientras espero, saco el móvil del bolso que he dejado sobre el sofá hace un momento. El grupo de WhatsApp de mis chicas —*Terapia de grupo*— tiene varios mensajes sin leer. Sonrío. Las imagino impacientes, cuchicheando entre ellas como adolescentes a la hora del recreo.

Abro el chat.

MLUZ: *¿Ha vuelto ya nuestra sevillana?*

JOE: *Seguro que sí. Pero se ve que está tan ocupada con su maromo caribeño que parece que sus amigas han dejado de existir para ella.*

CARMEN: *O está en un tren sin cobertura, que será lo más probable, y no nos puede contestar, ¿no os parece?*

JOE: *Vale, te lo compro. Pero al menos, desde que llegó a Sevilla el sábado, bien podría haber dado señales de vida. Que*

parece que ya no existimos.

MLUZ: *Mira que eres agonía. ¿Acaso no le dijimos que se dedicara a disfrutar y se olvidara de nosotras durante el fin de semana? La pobre no ha hecho más que obedecernos.*

JOE: *Pufff, lo sé. Pero como la conozco, me da miedo que se esté comiendo la cabeza más de la cuenta y que la cague. Solo quiero que sea feliz.*

CARMEN: *Eso es lo que todas queremos y no dudo ni por un instante, de que ella lo sabe de sobra. Así que mantengamos la calma, que ya nos escribirá cuando pueda o quiera, ¿vale?*

Me río sola al leer la conversación completa. Carmen, como siempre, la más calmada y *equilibrada* de todas mis chicas.

MARA: *Buenas noches, bonitas mías. Ya he vuelto. Estoy viva, sana y salva en casa. Y también cansada como si hubiera corrido una maratón.*

JOE: *¡Aleluya!*

MLUZ: *¿Y qué tal? ¿Bien? ¿Mal? ¿Regular?*

MARA: *Bien no. mejor que bien, de verdad. Me lo he pasado genial. No os imagináis cuánto me alegro de haber dado el paso de ir a verlos.*

CARMEN: *Vaya, hablas en plural. Doy por sentado que eso incluye a los niños también.*

MARA: *Sí. Y eso ha sido lo que más me ha sorprendido. Me daba miedo, no os lo voy a negar, pero… son encantadores. Cada uno a su manera. Y me he sentido muy acogida. Muy cómoda, a pesar de que ya sabes que yo no tengo el instinto maternal que tienes tú, Carmen.*

JOE: *Ay, que me emociono. No sabes el peso que me has quitado de encima. Estábamos todas muy preocupadas por ti.*

MARA: *Lo sé. Pero de verdad, os repito que estoy muy bien.*

MLUZ: *Y bueno, ya puestos, ¿pasó algo entre vosotros (que no involucrase a los niños, claro está)? Tú sabes a lo que me refiero…*

JOE: *Ya salió la románticona del grupo.*

MLUZ: *Venga, déjate de rollos, Joe, que tú tienes la misma curiosidad que yo.*

MARA: *Nada de lo que estáis pensando. Solo nos besamos. No hubo más. Pero ahora sí que no tengo duda de que lo que hay entre nosotros es real. No es solo química o deseo. Es respeto, ternura… Algo que no me esperaba.*

CARMEN: *¿Y tú cómo lo estás llevando?*

MARA: *Eso mismo me preguntaba en el camino de vuelta. Y he llegado a la conclusión de que estoy… bien. En paz. Es la primera vez en años que estoy dispuesta a intentarlo, aunque me asuste un poquito. Bueno, bastante. Pero no me importa estar asustada. Suena raro que yo lo diga, ¿verdad?*

JOE: *¿El miedo es por lo que sientes o por lo que puede pasar?*

MARA: *Por eso último. Porque él vive en Sevilla y yo en Cádiz, y las relaciones a distancia pueden terminar siendo complicadas.*

MLUZ: *Bueno, pero apenas hay una hora de trayecto entre las dos ciudades. Conozco a gente que va y viene a diario por trabajo.*

CARMEN: *Además, si lo vuestro avanza, quizás él se anime a venirse a vivir aquí. Sevilla es una ciudad preciosa, pero ¿a quién no le gusta vivir cerca de la playa?*

MARA: *No, esa no es una posibilidad que contemple siquiera, la verdad. Sus hijos están allí y no podría, ni querría, pedirle que se alejara de ellos. Y eso puede que nos acabe separando.*

MLUZ: *¿Y si no? ¿Y si os acercáis en lugar de alejaros? ¿Por qué te tienes que poner siempre en lo peor?*

MARA: *No lo sé. Supongo que eso lo veremos con el tiempo. Pero si algo tengo claro, es que esta vez, no voy a huir por temor a que no salga bien. Me puedo estar equivocando… Es posible. Pero Isaac no es Jaime.*

Se hace el silencio en el grupo por unos segundos.

Es la primera vez que soy capaz de escribir el nombre del *innombrable*. Hasta ahora había sido un tabú en el grupo, pero en esta ocasión, siento que ya va siendo hora de dejar atrás los demonios de una vez.

Y entonces, una a una, empiezan a escribir.

CARMEN: *Que orgullosa estoy de ti.*

JOE: *Todas lo estamos.*

MLUZ: *Así se habla, amiga. Así se empieza a vivir de nuevo.*

Me quedo mirando la pantalla unos instantes más. Y en silencio, les doy las gracias porque sin ellas, no me habría atrevido a dar el paso.

La noche cae con lentitud. Me meto en la cama con el móvil entre las manos, incapaz de dormir.

Pienso en Isaac.

En su mirada cuando me recibió en la estación. En cómo me apartó un mechón de pelo mientras los niños se reían en el salón. En su voz baja cuando me dijo que le gustaba más de lo que debería.

Y, sobre todo, pienso en lo que él representa.

Isaac es lo opuesto a Jaime. Es transparencia. Es paciencia. Es un lugar al que volver. Y, sin embargo, también representa un cambio de rumbo que no sé si puedo asumir. Porque enamorarme de él es enamorarme también de una ciudad que no es la mía, de una rutina que no controlo, de tres niños que no he parido, pero que ya me han tocado el alma.

Y aun así… me siento preparada.

Antes de dormir, le escribo un mensaje.

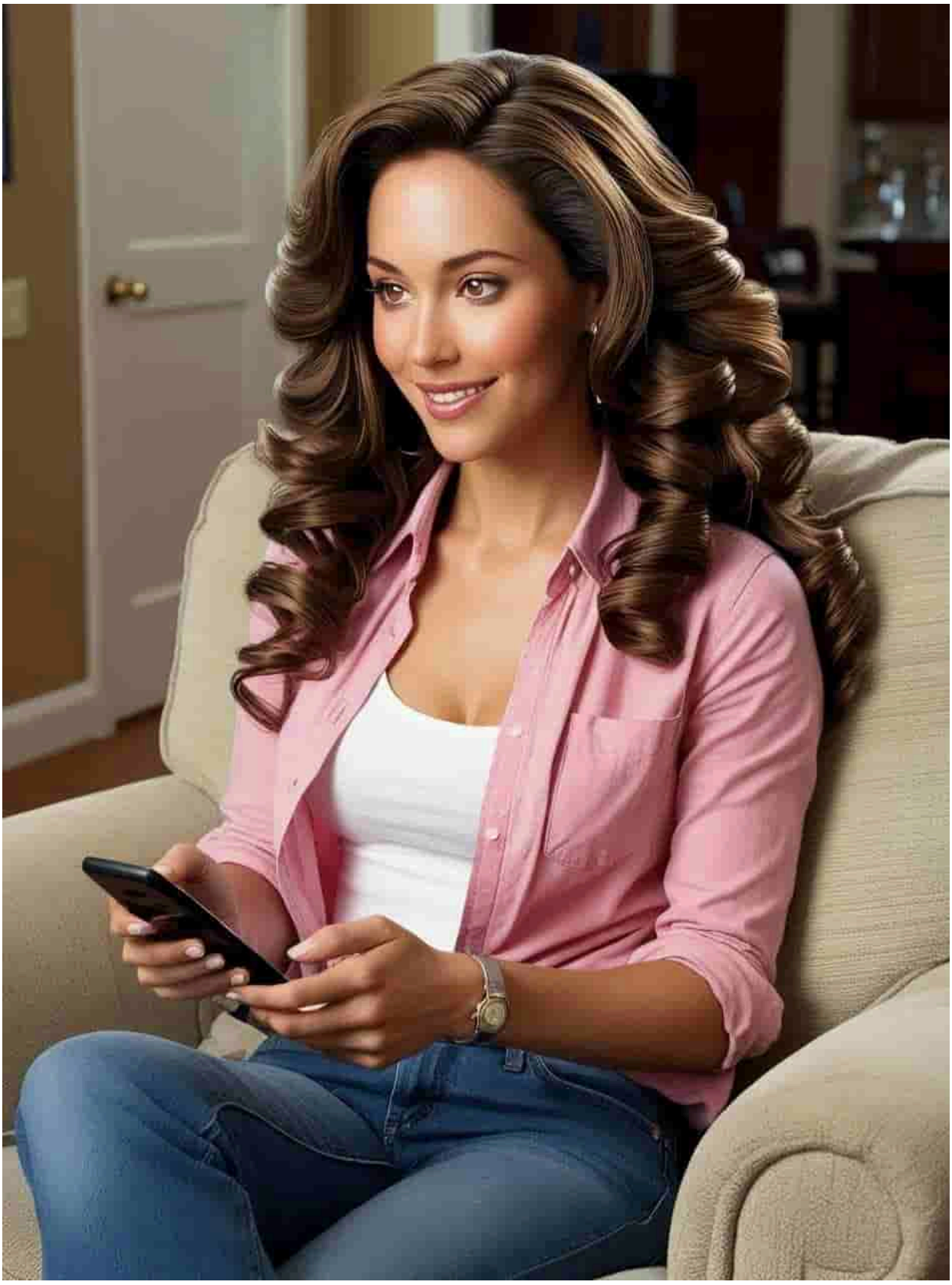
MARA: *Gracias por este fin de semana. Ha sido mucho más de lo que esperaba. Me has regalado una nueva forma de ver las cosas. Y sí, estoy dispuesta a ver qué hay al otro lado del miedo.*

No tarda en responder.

ISAAC: *Entonces yo me encargaré de que lo que haya al otro lado, valga la pena.*

Apago la luz.

Y consigo dormirme sin que haya armaduras que constriñan mi alma.



Capítulo 24

Vuelven los viejos fantasmas



MARA

Es lunes y suena el despertador a las siete en punto, como es habitual. Lo apago sin pensar, como tantas otras veces, pero al abrir los ojos me doy cuenta de que hay algo distinto. No en la habitación, sino en mí.

El silencio ya no se siente tan solitario. No es que se haya llenado de repente, pero hay una sensación nueva flotando en el aire: la de no estar vacía por dentro. La de tener algo que me empuja a salir de la cama con otra intención.

Me ducho, desayuno y salgo a la calle con un ritmo que no es urgente, pero sí decidido. El trayecto hasta la agencia de viajes es el de siempre, pero el mundo me parece más amable. La ciudad no ha cambiado, claro que no, soy yo la que la observa con otros ojos. Sin lugar a dudas, siento el alma mucho más ligera.

—¡Buenos días, Mara! —me saluda Pilar con su habitual energía desde su mesa de atención al cliente.

—Buenos días, compañera —respondo, y me sorprendo a mí misma sonriendo sin esfuerzo.

Durante la mañana, me sumerjo en presupuestos, destinos, paquetes familiares. Y de pronto, cuando una clienta me pide información sobre estancias con niños en la Costa del Sol, me sorprendo recomendando actividades que descubrí gracias a los hijos de Isaac. Como si de pronto, su mundo ya estuviera mezclándose con el mío sin que me dé cuenta.

A la hora del almuerzo, me siento frente a una ensalada que no me apetece demasiado y abro el WhatsApp.

MARA: *Hola*.

ISAAC: *Hola. Justo ahora estaba pensando en ti… Bueno, la verdad es que no hay momento en que no lo haya hecho, pero no quería molestarte porque sé que estabas trabajando. ¿Estás teniendo un buen día?*

MARA: *Sí, acabo de parar para almorzar. Y, si te sirve de consuelo, yo también he estado pensando en ti.*

Hacer tal afirmación en voz alta (o lo que es lo mismo, por escrito y directamente dirigida al hombre que ocupa mis pensamientos), hace unas semanas hubiera sido una auténtica quimera.

ISAAC: *Espero que no fuera por algo que haya hecho mal ;)*

MARA: *Al contrario. Es por todo lo que hiciste bien.*

Su respuesta no llega de inmediato, pero cuando aparece, me deja el corazón latiendo un poco más deprisa.

ISAAC: *Me gusta saber que estoy contigo, aunque espero que no solo sea en esa cabeza que tienes tan bien amueblada, sino un poquito más cerca del centro del pecho. Al menos tú sí que estás conmigo: en mi día, en mis ideas y en todo lo que planeo.*

MARA: *Bueno, pues déjame ahí que es un buen sitio.*

ISAAC: *No te preocupes, que no tengo ninguna intención de cambiarlo.*

Cierro el móvil con una sonrisa estúpida. ¡Joder! ¿Esto me está pasando de verdad?

Conforme transcurre la semana, tengo la sensación de que lo que me rodea va cambiando de una manera sutil. No dejo de ser yo, pero hay una parte de mí que ya no se siente sola. Isaac y yo hablamos cada día. A veces por mensajes. A veces por llamadas nocturnas que se alargan más de lo razonable. Y otras, por videollamadas en las que, a menudo, aparece Manuel para enseñarme su dibujo del día, Fernando para contarme una tontería de su instituto o Paula para pedirme una recomendación de película.

Es curioso. Siempre creí que una relación a distancia sería como un muro. Pero con Isaac, es más bien un puente. No nos vemos, pero nos sentimos cerca. No compartimos el mismo espacio, pero empezamos a compartir la vida.

Mis amigas lo notan.

—¡Te brillan los ojos! —me dice Joe un viernes por la tarde, mientras tomamos un café en la terraza de siempre, en el hotel Las Cortes de Cádiz—. Y no me vengas con que es el reflejo del sol.

—Estoy bien —respondo, encogiéndome de hombros. Lo cierto es que es verdad. Lo estoy. Muy bien, incluso.

—No me puedo creer lo que has cambiado en estas últimas semanas. Lo he comentado con el resto de las chicas, y ellas opinan igual.

—No se lo digas a ellas, pero me alegro que hoy Carmen y Mariluz no hayan podido venir. La primera porque no haría más que hablarme de las bondades de los niños, y la segunda porque le sale la vena romántica y en cuestión de dos minutos te monta una novela.

—Bueno, Mariluz no está ahora precisamente para novelas.

—Normal. Por eso siempre me ha dado tanto miedo fiarme de los hombres. Mira lo que le ha pasado a ella.

Me quedo pensativa… No puedo evitar que mis monstruos internos reaparezcan durante unos instantes.

—Eh, eh, quita esa cara que te conozco, ¿de acuerdo? —me advierte Joe, que me conoce mejor que si me hubiera parido.

—Yo no estoy poniendo cara de nada…

—Sí que lo haces. Has dado un primer paso, no vengas a echarte atrás ahora. No todos los hombres son iguales.

—Y lo dice alguien cuya estima por el género masculino dejó bastante que desear después de tener a su hija.

—Eso pasó hace ya mucho tiempo. Ahora tengo los pies bien asentados sobre la tierra, mi trabajo, mi niña, ¿qué más podría pedir?

—¿Un compañero de trabajo que a la vez te guste y te desquicie?

—Vete a la porra, Mara…

Esa noche, Isaac me propone ver una película juntos. Cada uno desde su casa, pero los dos al mismo tiempo. Me río con la idea, pero acepto. Nos decidimos por una que ya tiene unos años, pero que a mí me encanta, aunque de la que no siempre he leído buenas críticas: *La casa del lago*, protagonizada por Sandra Bullock y Keanu Reeves.

Y mientras tengo el portátil sobre las piernas y una manta por encima, él me escribe cosas como:

ISAAC: *No puedo concentrarme con ese actor tan feo. ¿Qué le veis las mujeres, por favor?*

Yo sonrío.

MARA: *¿Quieres dejar de quejarte y verla? La próxima la eliges tú, pero esta es mi elección y te toca aguantar.*

Unos minutos después:

ISAAC: *Uff, es que esta historia no tiene mucho sentido, ¿no? ¿Cómo se van a estar escribiendo con ese salto temporal de dos años?*

MARA: *Se llama ficción. ¿Por qué no pruebas esperar al final y mientras tanto te dejas llevar un poquito por la imaginación?*

ISAAC: *Bah, yo no esperaría a nadie tanto tiempo. Dos años sin saber nada de la otra persona… ni aunque fuera Scarlett Johansson. Bueno, quizá por Scarlett sí haría el esfuerzo* 😂

Me quedo mirando la pantalla, frunciendo el ceño.

MARA: *Vaya, mira qué bonito. Me alegro de saber dónde estoy yo en tu escala de prioridades.*

Hay un par de minutos de silencio. La película sigue avanzando, pero ninguno escribe nada.

ISAAC: *Era una broma, Mara. Lo sabes, ¿verdad?*

MARA: *Sí, claro. Una broma. Muy graciosa, por cierto.*

ISAAC: *¿De verdad te has molestado por eso?*

MARA: *¿Y si fuera al revés? ¿Si yo dijera que sí que esperaría por Brad Pitt, pero que por ti ni un fin de semana?*

ISAAC: *Pues te diría que Brad Pitt no tiene mi sentido del humor. Pero vamos, tampoco montaría un drama por un comentario tonto.*

Resoplo. No sé por qué me ha molestado tanto. O sí lo sé, pero no quiero admitirlo.

MARA: *Olvídalo*.

ISAAC: *No, no lo voy a olvidar. ¿Es que no puedo decir nada sin que le busques los tres pies al gato?*

MARA: *¿Y tú no puedes medir lo que dices?*

ISAAC: *¿Medirlo? ¿Estás escuchándote? Siempre tengo que medir mis palabras, andar con cuidado, no tocar tus heridas… ¿Y tú? ¿Tú haces lo mismo conmigo?*

La frase me deja helada.

ISAAC: *Te presenté a mis hijos, Mara. A lo más importante de mi vida. Y tú ni siquiera puedes tomarte una maldita broma con ligereza. No sé qué más quieres que haga.*

No contesto.

¿De verdad estamos discutiendo por una película que tiene más años que la *Tota?*

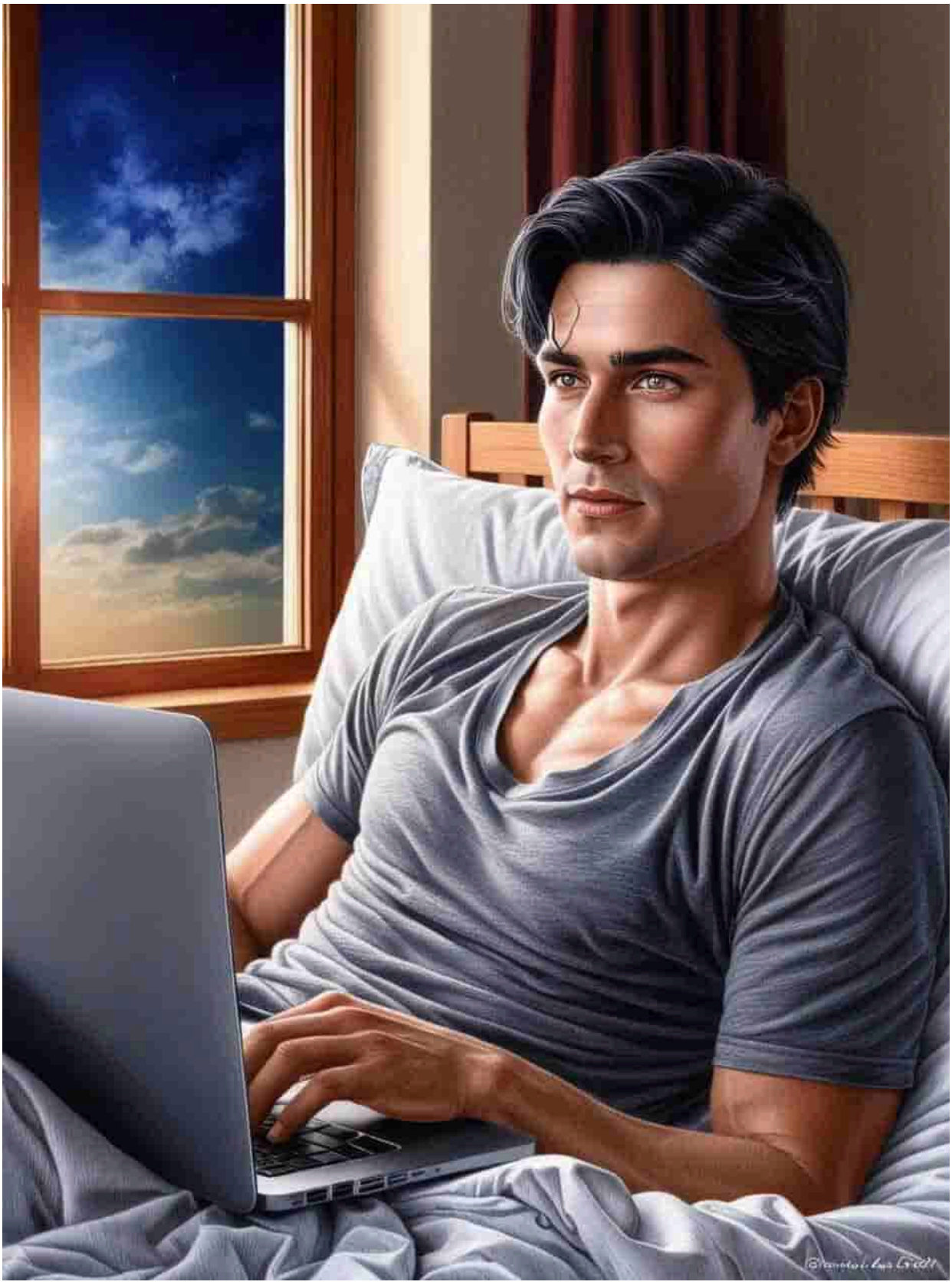
¿Por qué se ha puesto así?

¿Será que a veces soy realmente insufrible o quizás el insufrible es él?

Lo cierto es que no nos conocemos lo suficiente, y es probable que hayamos corrido más de la cuenta… Parecemos dos tontos adolescentes que no controlan sus hormonas, y una relación a nuestras edades, igual deberíamos llevarla desde una perspectiva más serena.

Sea como fuere, a mí no me apetece seguir escribiéndole más esta noche.

Pero él tampoco me manda ningún mensaje más.



Capítulo 25

Rompiendo barreras



MARA

No he dormido bien.

La película terminó, pero yo me quedé un rato más con la pantalla encendida, mirando un punto fijo del escritorio, como si de ahí fuera a brotar la respuesta a todas mis dudas. Otra vez mis inquietudes. Otra vez mis miedos. Pero la diferencia es que, en esta ocasión, no quiero volver a cerrarme y marchitarme como una flor en un jarro de cristal. Cerré el portátil sin despedirme, aún con la punzada de su última frase atravesándome el pecho.

«Te presenté a mis hijos, Mara. A lo más importante de mi vida.»

¿Y qué he hecho yo? ¿Qué le he ofrecido a cambio? Nada. Solo medias sonrisas, palabras contadas y un muro que a veces se vuelve tan alto que hasta a mí me cuesta ver si al otro lado hay alguien esperándome.

¿Me he pasado de prudente?

No me gusta sentirme vulnerable, eso ya lo sé. Pero él no tiene la culpa de lo que me hizo otro hombre. No es justo que pague las facturas emocionales de una luna de miel truncada ni de un matrimonio que tenía los días contados. Isaac ha estado ahí, ha tenido paciencia, ha sido tierno, generoso, e incluso divertido cuando yo solo tenía ganas de esconderme.

Y yo… yo reacciono mal ante una maldita broma.

Vale, no fue la más oportuna del mundo. Pero tampoco era para salir por peteneras como lo hice. No fue lo que dijo lo que me dolió, sino la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, tengo algo que perder.

Y si lo pierdo, ¿seré capaz de sentirme bien conmigo misma?

Por la mañana, mientras me tomo el primer café en la cocina, dejo el orgullo en el fregadero junto a la taza del desayuno y cojo el móvil. No me lo pienso mucho; no quiero volver a echarme atrás.

MARA: *Hola. ¿Tienes un minuto?*

No tarda ni tres segundos en contestar.

ISAAC: *Deberías saber que, para ti, siempre lo tengo.*

Sonrío. Sus palabras me alivian más de lo que me atrevo a admitir.

MARA: *Siento lo de anoche. Me pasé. No fue culpa tuya.*

Tarda un poco más en responder. Imagino que está midiendo sus palabras. Quizá ahora es él quien camina con cautela. Lo comprendo. Yo también lo haría.

ISAAC: *Quizás a mí también se me fue la situación de las manos. Entiendo que estés protegiéndote.*

Trago saliva. Porque no solo entiende. *Me comprende.* Y eso, en este momento de mi vida, lo cambia todo.

MARA: *¿Qué te parecería una escapada este fin de semana, aprovechando que hay puente? Tú, los niños… y yo. Podríamos alquilar una cabaña en la sierra. Respirar aire limpio, ver si sobrevivimos todos juntos durante unos días.*

Silencio.

Un minuto.

Dos.

El corazón me late fuerte. ¿Y si dice que no? ¿Y si piensa que es demasiado tarde? ¿O que es demasiado pronto?

Pero entonces aparece la burbuja de escritura en la pantalla.

ISAAC: *¿Estás segura? Porque me gustaría saber con qué Mara me voy a encontrar. ¿Con la que se ríe y deja que me acerque? ¿O con la de las aristas que me pinchan cada vez que la tengo al lado?*

Cierro los ojos. Me lo merezco.

MARA: *Con la que lo está intentando.*

Pasan otros segundos. Esta vez no hay burbuja, pero su respuesta llega como una caricia:

ISAAC: *Entonces, vámonos. Seguro que a los niños les encantará la idea, aunque Paula seguramente no se separe de su móvil ni un minuto.*

La cabaña está en medio de un claro rodeado de árboles, con un porche de madera y una chimenea que promete tardes de mantas y anécdotas contadas a la luz de la lumbre. El viaje hasta aquí transcurre en un ambiente tranquilo. Los niños, entusiasmados, van en el asiento trasero jugando a adivinar animales con los ojos cerrados. Isaac me lanza de vez en cuando una mirada de esas que no juzga, pero observa. Me siento algo expuesta, como si estuviera pasando una revisión invisible.

No me suelta preguntas incómodas ni discursos dulzones. Solo me mira, y con eso basta.

Al llegar, descargamos las maletas, organizamos las habitaciones —yo duermo sola, en principio— y salimos a caminar un poco por los alrededores.

Su trato, aunque cálido, es distinto. Más cauteloso. Como si temiera que un gesto fuera suficiente para que yo volviera a cerrarme en banda. Y no lo culpo.

En medio del bosque, Manuel tropieza y se cae de bruces. Nada grave, pero el susto nos sacude a todos. Isaac lo alza en brazos y le besa la frente, mientras le dice que es un niño valiente. El

pequeño, abrazado a su cuello, asiente con lágrimas en los ojos. Me quedo observándolos. Y ahí lo siento.

Ese pellizco en el alma.

Eso es lo que quiero. Lo que me gustaría construir. No una familia perfecta ni un cuento de hadas. Pero sí una historia real, imperfecta, en la que yo también me permita ser parte.

Isaac me mira de reojo. Yo le sonrío. Solo eso.

Pero es suficiente para que su mano roce la mía mientras seguimos caminando.

Y así, pasamos la tarde entre risas infantiles, bocadillos improvisados y una excursión corta hasta un mirador desde donde se ve todo el valle. Paula me revela a modo de confesión que le gusta escribir y yo le digo que tengo una amiga que también lo hace y que ya tiene terminadas tres novelas, aunque todavía no se ha atrevido a publicarlas. Fernando me dice que cuando crezca quiere ser *youtuber*, y le advierto que tiene que ser muy bueno para destacar en un mundo digital donde muchos jóvenes pretenden lo mismo. Manuel, por su parte, quiere ser arqueólogo, aunque dice que solo si puede llevar espadas. Ahí no se me ocurre nada que contestarle.

¿Espadas? ¿Para qué quiere un arqueólogo espadas?

Hacía tiempo que no sentía tanta tranquilidad. Y lo curioso es que no viene de estar sola, como tantas veces he buscado, sino de compartir.

Mi paz surge de ver a Isaac con sus hijos, de escuchar cómo les habla, cómo les explica el nombre de las estrellas, cuando cae la noche. De cómo ríe cuando uno de ellos inventa una historia disparatada con osos y robots. Me contagia esa alegría sencilla, sin artificios. Y poco a poco, sin darme cuenta, bajo la guardia. Me descubro tocándole el brazo sin pensar. Aceptando su mano cuando me la ofrece para cruzar un pequeño riachuelo. Mirándolo a los ojos sin esquivarle la mirada.

Cuando por fin los niños se van a la cama, caen rendidos a las primeras de cambio, exhaustos tras un día movidito. Es entonces cuando el silencio nos envuelve como una manta invisible.

Estamos en el salón de la cabaña, frente a la chimenea encendida; él con una copa de vino entre los dedos y yo abrazada a

mis rodillas, envuelta en una suave manta de pelo largo que es una delicia.

—Gracias por invitarme a venir —dice él sin mirarme, como si temiera que decirlo en voz alta lo hiciera más vulnerable.

—No, gracias por seguir aquí, por no haber huido de mí como hubiera hecho yo —respondo.

Nuestras miradas se encuentran, sin tensión, sin reproches. Solo una corriente suave que lo arrastra todo. Las palabras que no decimos flotan entre nosotros, pero ya no pesan. Ya no duelen.

Él deja la copa sobre la mesita baja. Se incorpora despacio, y se acerca a mí. Sus dedos se posan sobre mi mejilla como si temiera romperme. Yo no me aparto. Al contrario, cierro los ojos y me dejo tocar.

—Me voy a la cama. ¿Quieres venir conmigo? Te advierto que no será para dormir… —la pregunta desde luego no puede ser más directa.

Y, aun así, asiento.

Lo he debido sorprender, porque su gesto cambia de repente.

—¿Estás segura? —pregunta, con la voz más grave que nunca.

Me río.

—No me preguntes eso, porque si lo pienso demasiado, soy capaz de volverme a esconder.

Y entonces, me levanto. Sin prisas, sin miedo. Camino descalza por el suelo de madera hasta su habitación, que está al final del pasillo. Sé que me sigue. Oigo sus pisadas, pero no me giro.

Entro.

Me detengo en el centro del cuarto.

Él cierra la puerta tras de sí.

Y sin decir nada, sin necesidad de palabras, se acerca y me abraza, dejando fluir en ese abrazo todo lo que nos hemos callado: el deseo contenido, el cariño acumulado, la esperanza de lo que puede ser.

Nos desnudamos sin torpeza, con cuidado, como quien abre un regalo que ha esperado mucho tiempo. No hay urgencia, pero sí hambre. No hay promesas, pero sí certezas.

Él desliza los tirantes de mi pijama con una lentitud que me enciende. Sus dedos exploran mi piel como si quisiera memorizar cada centímetro, como si no tuviera prisa por llegar a ningún sitio, pero al mismo tiempo no pudiera esperar más. Yo también recorro sus hombros con las uñas, con la boca, con el deseo contenido durante semanas. Mis labios encuentran los suyos en un beso que comienza suave, pero que enseguida se vuelve profundo, necesitado, lleno de todo lo que hemos callado.

Me tumba sobre las sábanas sin dejar de mirarme. Sus ojos oscuros arden con una mezcla de ternura y deseo que me desarma por completo. Se inclina sobre mí, me besa el cuello, los hombros, el pecho, con una dedicación que me hace temblar. Cada caricia es una declaración silenciosa, cada roce, una promesa que no necesita palabras.

—Eres preciosa —murmura contra mi piel, ronco, sincero—. No sabes cuánto he soñado con esto.

No le respondo con palabras. Le beso. Le guío. Le dejo ver que no es el único que ha fantaseado con este momento.

Cuando por fin nos unimos, lo hacemos despacio, como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros. Él entra en mí con suavidad, como si temiera hacerme daño, pero con la firmeza de quien sabe exactamente lo que quiere. Y yo lo quiero todo: A él. A su forma de moverse dentro de mí. A su respiración desbocada cerca de mi oído. A sus manos fuertes sujetándome como si no pensara soltarme jamás.

Nuestros cuerpos se sincronizan sin esfuerzo. El ritmo sube, baja, se adapta a nuestras miradas, a los suspiros, a los gemidos ahogados en besos. No hay miedo. No hay pasado. Solo nosotros dos, por fin en el mismo lugar, en el mismo instante.

Cuando llego al clímax, me aferro a él como si me fuera la vida. Y al sentir su propio temblor, su gemido profundo, su entrega completa, sé que este no es un encuentro más. Es el comienzo de todo.

Ya no me siento rota.

Me siento libre.

Y, sobre todo, me siento *amada*.

Despierto por la mañana con su brazo rodeándome la cintura y su respiración acompasada acariciándome el cuello.

Sonrío.

Me giro despacio, y él abre los ojos.

—Buenos días —susurra, con voz ronca.

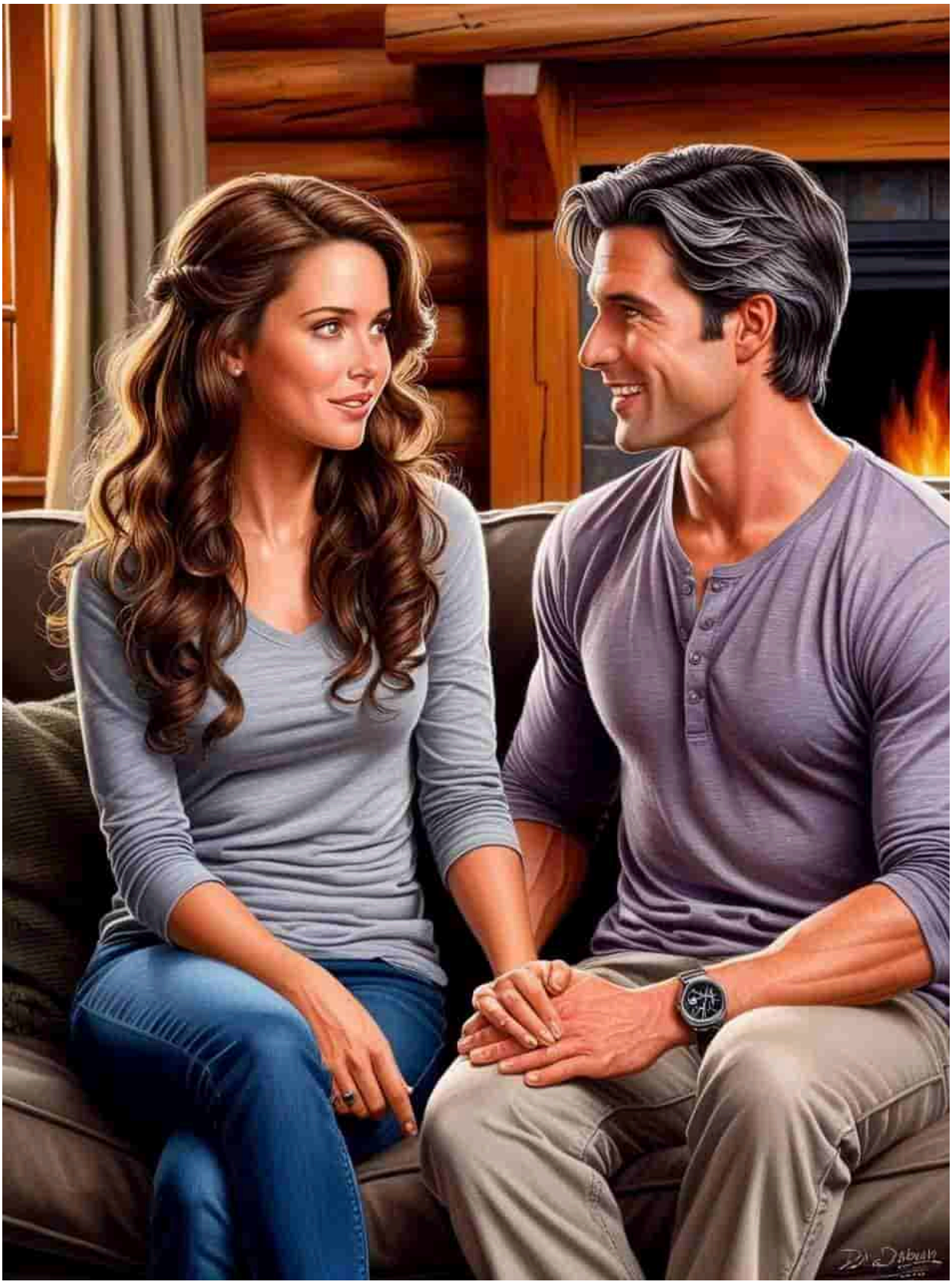
—Buenos días —respondo, acariciándole la mejilla con la yema de los dedos.

—¿Sabes qué? —dice, mirándome como si acabara de encontrar su lugar en el mundo—. Me gusta esta versión de ti.

—¿Cuál?

—La que no se esconde.

Le sonrío, porque yo también la prefiero. Y porque por fin, empiezo a reconocerme en ella.



Epílogo

Nuevos comienzos



MARA

Jamás imaginé que la felicidad pudiera sentirse así.

No como un estallido, ni como una euforia pasajera, sino como una calma constante. Un susurro que te acompaña incluso en los días grises, sabiendo que por fin estás donde debes estar.

Hace ya unos meses que me mudé a Sevilla con Isaac. Dejé atrás mi ciudad, aquella donde nací y me crie. El piso que cada vez sentía más solitario y que ya no significaba nada para mí. Me despedí de la rutina de una vida a medias porque sentía que me faltaba el complemento que la llenaba. Por esos y otros motivos vine a empezar de nuevo, aunque en realidad siento que no empecé, sino que *continué* lo que ya habíamos comenzado tiempo atrás casi sin darnos cuenta.

La adaptación fue más sencilla de lo que creí. El miedo duró poco. Y lo que vino en su lugar fue… hogar.

Qué palabra tan pequeña y cuánto significado encierra.

Los niños me aceptaron desde el principio, acostumbrados como ya lo estaban a que muchos fines de semana los pasara junto a ellos. Quizás también contribuyó el hecho de que no intenté reemplazar nada ni a nadie (al fin y al cabo, ellos tienen a su madre y a su padre, que hacen un trabajo excelente en sus respectivos roles). Yo solo me limité a estar para ellos: con los deberes, las meriendas, las noches de cuentos y los partidos de fútbol en el parque. Ahora me llaman por mi nombre, pero cuando creen que no los oigo, me llaman «*nuestra otra mamá*». Y a mí es que se me derrite el alma enterita.

Isaac y yo funcionamos como si lleváramos años juntos. Nos reímos, discutimos, nos peleamos, nos reconciliamos… De eso va la vida, porque es imposible que nuestra convivencia, o la de cualquier pareja normal, sea perfecta al cien por cien. Pero lo más importante, es que siempre nos apoyamos el uno al otro. Nos buscamos en la cocina, en la ducha, en el sofá. Creo que me conoce mejor que yo misma, y lejos de atemorizarme, me da seguridad.

Esta mañana, mientras desayunábamos juntos —sin niños, que esta semana toca que estén con su madre—, le hago la pregunta que llevo unos cuantos días guardándome.

—¿Qué pasaría si te dijera que me gustaría ampliar la familia?

Él se queda quieto, la tostada a medio camino entre el plato y la boca. Me ha mirado con los ojos muy abiertos, como si no estuviera seguro de haber entendido bien.

—¿Ampliar…?

Asiento, mordiéndome el labio. Y termino por encogerme de hombros, sin saber muy bien cómo va a reaccionar ante la noticia.

—¿Qué te parecería si te dijera que estoy embarazada, Isaac?

El silencio que sigue es tan corto como intenso. Él se levanta, se acerca, se arrodilla frente a mí y apoya la frente sobre mi vientre, que todavía no muestra señales visibles de vida.

—¿De verdad? —susurra, con la voz rota de emoción.

—De verdad. Me hice la prueba la semana pasada, pero no sabía cómo contártelo. Hasta a mí me ha tomado por sorpresa, porque a mis cuarenta y un años, no creí que bueno… me pudiera pasar esto. Pero luego he pensado lo que va a suponer para ti. Al fin

y al cabo, tú ya tienes tres hijos, y un cuarto… No sabía cómo te lo tomarías, pero está claro que tarde o temprano te lo tenía que decir.

Me levanta de un tirón y me abraza fuerte. Tanto que casi no puedo respirar. Y ríe. Ríe y llora al mismo tiempo.

—Oh, tontita, ¿cómo te has podido callar algo así durante una semana entera? Y yo, sin darme cuenta de nada. Esto es… Mara, ¡me parece una noticia maravillosa!

—¿En serio? ¿De verdad te hace ilusión?

—¿Estás de broma? Estoy deseando decírselo a los niños. Van a alucinar. Estaban pidiendo un perrito, pero esto lo supera todo.

Nos reímos juntos. Y en este momento, mientras lo veo tan ilusionado, tan entregado, me doy cuenta de que el temor se ha ido. Ya no hay sombras del pasado, ni heridas abiertas. Solo esta certeza cálida que me da el estar viviendo una vida que me hace feliz.

Y entonces él me mira, como si se le acabara de ocurrir algo que no puede esperar.

—Si ya no te asustan los compromisos… —empieza, con esa media sonrisa suya que me puede—. ¿Qué te parece si damos uno más?

—¿Uno más?

—Casémonos, Mara.

Me quedo callada, pero no porque dude. El matrimonio fue un tema prohibido durante mucho tiempo. Pero ahora… ahora no lo veo como una jaula, sino como una promesa hecha desde la libertad.

—¿Y tú no crees que ya tenemos bastante con los niños, el bebé en camino y todo lo demás?

—Y no nos olvidemos del perrito… —Volvemos a reírnos—. Quizá sea mucho para llevar por delante, pero lo cierto es que no quiero que pase un solo día más sin saber que, a pesar de todo, tú *quieres* estar conmigo.

Lo miro a los ojos. Y ahí está todo. El presente. El futuro. Mi felicidad.

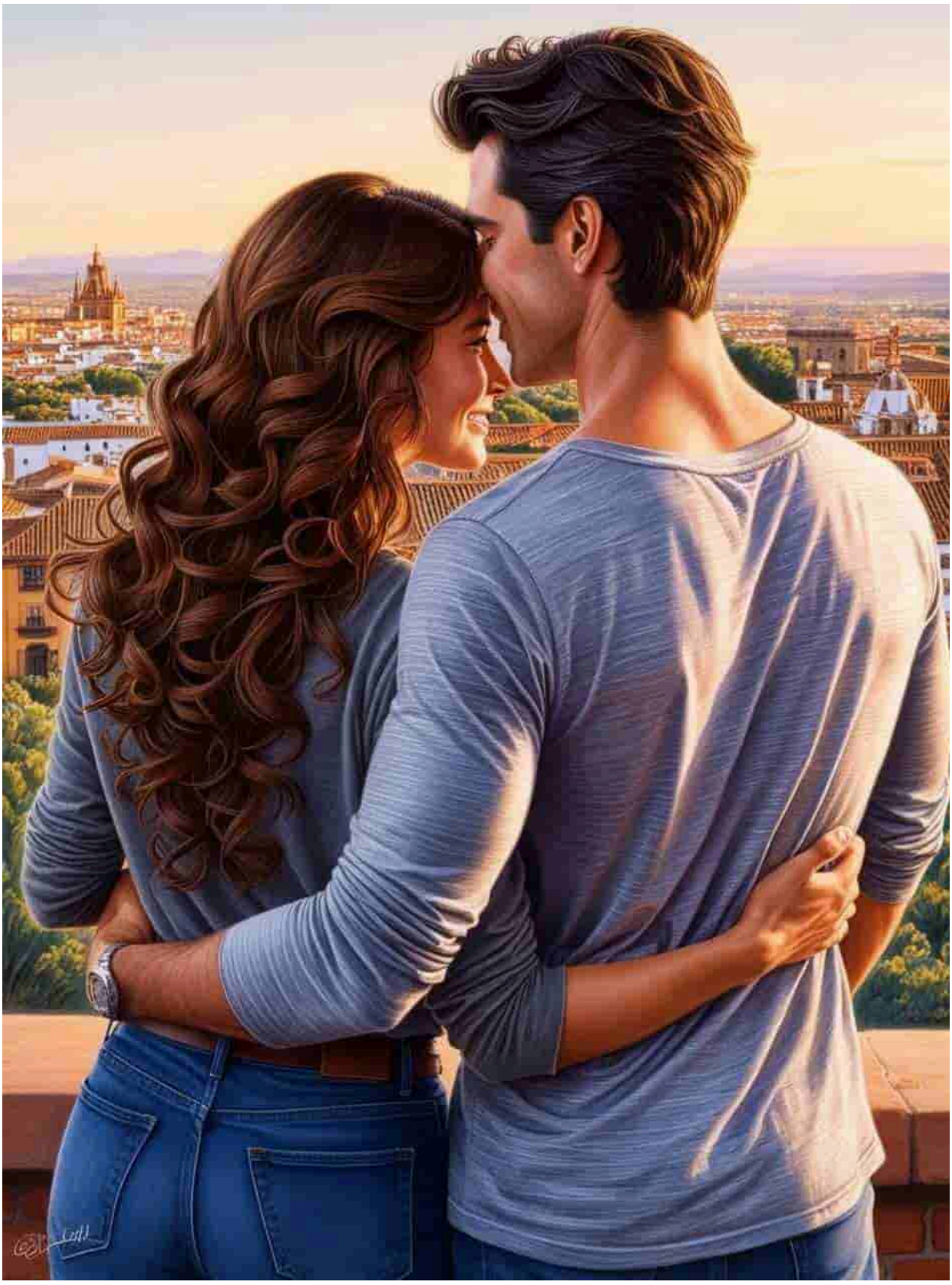
—Vale —respondo, con una sonrisa que me nace del alma—. Casémonos.

Y esta vez, no porque lo necesite.

Sino porque quiero.

FIN

Como suele ser habitual al finalizar cada una de mis novelas, aprovecho estas últimas líneas para pedirte, si fueras tan amable, que dejaras una valoración sincera sobre qué te ha parecido la historia. Para todos los autores, y sobre todo los autopublicados,vuestras opiniones nos sirve mucho no solo para seguir creciendo como escritores, sino para que la novela pueda llegar a más lectores. Muchas gracias por acompañarme una vez más.



Y ya por último, sólo me queda presentaros la historia de la última chica del grupo: Carmen, que estará disponible a partir del próximo 29 de agosto.

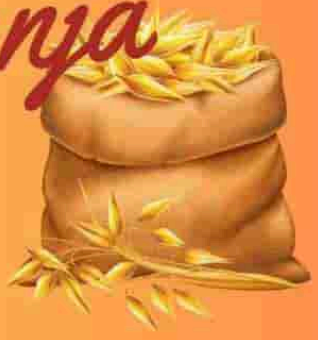
Al igual que con el resto, estará disponible en a un precio reducido duratne el periodo de preventa en el siguiente enlace:
https://amzn.eu/d/0VKZseH

MAR ALVAREZ



No te enamores en la granja





No te enamores en otoño

No te enamores en la oficina

El amor no está en su lista de prioridades, pero a veces el corazón tiene otros planes.
Joe tiene dos pilares fundamentales: su hija y su trabajo. Se siente satisfecha con la vida serena y predecible que ha forjado con esmero a lo largo de los años, y no permitirá que nada ni nadie altere su apacible existencia.

Pero, ¡zas! Todo cambia cuando Enzo, un experto en marketing digital con una sonrisa cautivadora y mirada divertida, irrumpe en su vida. De repente, su mundo perfectamente equilibrado empieza a tambalearse, y lo que comenzó de manera forzada como una colaboración profesional se convierte en una atracción imposible de ignorar. Enzo la empujará a salir de su zona de confort, y Joe deberá enfrentarse a la gran pregunta: ¿está lista para arriesgarlo todo por una segunda oportunidad en el amor?

No te enamores en la biblioteca

Luz, una bibliotecaria de 41 años, ha pasado su vida entre libros alimentando un sueño secreto: convertirse en una autora reconocida de novelas románticas. Sin embargo, su miedo al fracaso ha sido siempre su mayor enemigo. Cuando organiza un taller de escritura en su querida biblioteca y consigue que su autor favorito, el enigmático Gael, lo imparta, todo parece un sueño hecho realidad. Pero Gael, tras varios fracasos literarios, oculta su propia lucha interna y su necesidad de volver a sentirse relevante en el mundo editorial.

Entre clases de escritura y charlas de café, el vínculo entre Luz y Gael crece, llenando sus días de complicidad y emociones inesperadas. Pero mientras Luz comienza a abrir su corazón y su talento a este hombre al que siempre ha admirado, una traición inesperada se cierne sobre sobre ella.

Una historia sobre sueños, traiciones, segundas oportunidades y la delicada frontera entre el amor y la ambición.

No te enamores en el Caribe

Mara no cree en el amor desde que su luna de miel terminó en un desastre que cambió su vida para siempre. Desde entonces, ha levantado muros infranqueables y se conforma con una vida tranquila trabajando en una agencia de viajes que no le apasiona. En un intento de desconectar de su rutina, decide embarcarse en unas vacaciones al Caribe, donde espera disfrutar del sol, la playa y, quizás, alguna aventura pasajera sin ataduras.

En el paraíso, sus planes de desconexión toman un giro inesperado cuando Isaac se cruza en su camino. Un hombre atractivo, persistente y con una forma de ver la vida muy diferente a la suya que se ha propuesto derribar las barreras que ella ha construido durante los últimos años.

Entre paisajes idílicos, momentos inesperados y conversaciones bajo las estrellas, Mara tendrá que decidir si merece la pena enfrentarse a lo que más se teme.

No te enamores en la granja

Carmen, una profesora de primaria, tiene una misión clara: evaluar la granja escuela a la que planea llevar a sus alumnos para la excursión de fin de curso. Pero lo que no sabe es que su visita a este bucólico rincón rural pondrá a prueba más que sus habilidades como educadora.

Marcos, el gruñón granjero que lleva el negocio, no tiene ningún interés en trabajar con niños ni en recibir visitas. Para él, la granja es su mundo, su refugio del ruido y de la superficialidad de la ciudad. A menudo se siente subestimado por ser granjero, convencido de que la gente lo subestima a causa de su profesión. Por eso, mantiene a todos a distancia, incluido Carmen, cuya dulce paciencia parece ser la única cosa que lo desafía.

Entre discusiones, malentendidos y una química inesperada, Carmen y Marcos se verán atrapados en una batalla constante entre el corazón y la razón. ¿Quién ganará de los dos?

Books By This Author

Dama de Noche

Luz, una bibliotecaria de 41 años, ha pasado su vida entre libros alimentando un sueño secreto: convertirse en una autora reconocida de novelas románticas. Sin embargo, su miedo al fracaso Dama, una joven panadera sevillana, se encuentra atrapada en una relación tóxica cuando su vida toma un giro inesperado. Siguiendo a su novio a Madrid, descubre un mundo de oportunidades, pero también de opresión. En su camino se cruza con Oscar, un atractivo investigador de objetos antiguos del Museo Naval.

En medio de la quietud del museo, Dama tropieza con un antiguo manuscrito que oculta secretos del pasado. A medida que investiga, se ve envuelta en regresiones en el tiempo, sumergiéndola en una travesía de autodescubrimiento y superación personal.
Dama de Noche es una historia apasionante sobre el poder del amor, la resiliencia y la redención.

La Perla de Cartagena

En el exótico telón de fondo de Cartagena de Indias, Felipe Guzmán, un ambicioso escribano español, busca su destino en una tierra de promesas y peligros. Pero su llegada no solo marca el comienzo de una nueva carrera profesional, sino también el encuentro con Flora Orellana, una panadera local cuya belleza eclipsa incluso la luminosa ciudad conocida como La Perla del Caribe.
Mientras se oculta un romance prohibido, el destino de Cartagena se ve amenazado por la sombra de una flota británica implacable, dispuesta a conquistar y someter, no solo los derechos de sus habitantes, sino también el de un estilo de vida próspero y ejemplar.

En medio del caos y la incertidumbre, héroes inesperados emergen: desde el valiente Virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava, hasta el legendario don Blas de Lezo, cuya astucia y coraje desafían a un enemigo formidable.
¿Acaso en los momentos más oscuros se revelan los verdaderos héroes? Aventúrate en esta épica narrativa de historia, pasión y valentía, donde el amor y el deber se entrelazan en una batalla decisiva por la supervivencia.

Viernes de Pecado

Un regalo sorpresa lleva a Alana a Los Viernes de Pecado, una sala en la que el anonimato es la excusa perfecta para dar rienda suelta a la lujuria, a las pasiones desenfrenadas y a los contactos clandestinos. En su primera experiencia en ese local, coincide con un hombre cubierto por un antifaz de zorro a quien de inmediato identifica como el compañero de trabajo que la trae de cabeza y, a pesar de su innata timidez, se deja arrastrar a un excitante laberinto de sexo desconocido para ella. Pero la cosa se complica cuando la química entre el zorro y ella entra en combustión, llevándola más allá de lo que iba a ser un simple encuentro sórdido y furtivo. Poco a poco descubrirá que las apariencias engañan, y que las cosas y algunas personas no son como ella creía.
Adéntrate en Los Viernes de Pecado, una novela en la que los sentidos despiertan y el amor aparece sin buscarlo.

El Profesional

La vida de Emma, monótona y aburrida, necesitaba un aliciente que le hiciera volver a sentir que, además de madre, seguía siendo mujer. Para ello, decide buscar los servicios de un profesional del sexo que sacuda su existencia durante unas horas y le ayude a salir del aburrimiento de su anodina vida diaria. Sin embargo, su particular Eros resulta ser una sorpresa que pondrá del revés su aposentada y tranquila rutina. Una noche de hotel. Cuatrocientos

euros. Y un secreto q saldrá a la luz después de 8 largos años. ¿Te animas a descubrirlo?

Dos vidas para llegar a ti

Ares era un hombre feliz. Tenía todo cuanto había deseado en la vida: una familia a la que adoraba, el trabajo que siempre había soñado y una mujer de la que estaba profundamente enamorado. Pero una noche, el destino se cruza en su camino y le arrebata todo cuanto tenía. Camino a Madrid para cubrir la coronación del nuevo rey, Felipe VI, sufre un accidente de coche que cambiará por completo todo cuanto ha conocido.
Varado en un mundo donde nada tiene sentido y cuyas normas no alcanza a comprender, tendrá que luchar por encontrar el equilibrio entre lo que su mente sabe que es lo mejor para aquellos que le rodea, y lo que su corazón y sus principios le dictaminan.
¿Será capaz de encontrar la armonía entre sus dos vidas sin renunciar a lo que más ama?

Un Okupa en mi corazón

Sabrina, arquitecta y diseñadora de interiores, mantenía vivo un sueño desde hacía años: devolver a La Alborada, aquel palacio de cuentos de hadas sucio y abandonado que veía de niña en sus paseos, el esplendor y la belleza de tiempos pasados. Por eso, cuando la oportunidad de su vida se presenta, se aferra a ella dispuesta a conseguirlo como sea.
Sin embargo, no contaba con que la mansión de sus sueños encerrara un "regalo" inesperado: el príncipe también venía incluido con la casa y con él allí, las extrañas leyendas que corrían por la ciudad sobre el palacio comenzaban a cobrar sentido.
Nunca pudo sospechar que aquel "príncipe encantador", en ocasiones molesto y desquiciante, pero también pícaro y divertido, consiguiera con su simple presencia que todo su mundo, sus creencias, sus objetivos y sus principios cambiaran radicalmente. Pero sobre todo, lo que nunca imaginó fue que lograra colarse en

sus pensamientos, en sus sueños y en su corazón de manera irremediable y eterna.

Al Sur

Una despedida de soltera... Una reunión de negocios...
La noche une a Luna y a Pablo, haciendo que entre los dos nazca la atracción y el deseo mutuo desde el primer momento. Pero ella no puede permitirse más líos de los que ya tiene, así que prefiere huir de la tentación y desaparecer sin dar a Pablo ningún dato que le permita encontrarla. Pero él no es un hombre que se rinda fácilmente. Tiene muy claro lo que quiere y ha decidido buscar la manera de encontrar a aquella joven misteriosa de la que solo sabe su nombre.
Una casualidad la pondrá de nuevo en su camino, y para evitar que se le vuelva a escapar, le propondrá un negocio que podría suponer a Luna un importante espaldarazo a su incipiente carrera como diseñadora de moda flamenca.
¿Será capaz de rechazarlo y seguir con su planificada vida? ¿O lo arriesgará todo, sacrificando su aparente equilibrio por el interés profesional?

Camino al Paraíso

Finalista Premio RNR-Vergara 2014. Edición 2018
Sevilla. Año de Nuestro Señor de 1.493.
Tras el descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias Occidentales por el ya almirante Cristóbal Colón, Javier Alonso, capitán de una de las naves que acompañarán al descubridor en su segunda expedición, está ansioso por zarpar con el deseo de formar parte del asentamiento que está previsto establecerse en la isla de La Española. Manuel Espinosa, su mejor amigo, también va a participar en la empresa colonizadora, dejando a su prometida, Mariana Balboa, en Sevilla. Pero, a diferencia de Javier, su viaje está motivado por la ambición y la codicia, no por el deseo de conocer otras culturas y nuevos horizontes.

Lo que Manuel ignora al marchar es que la joven destinada a ser su esposa es una muchacha indómita que no acepta la imposición del compromiso concertado por su familia, especialmente después de haber conocido al capitán Alonso. Decidida a conseguir el amor de Javier, Mariana inicia una intrépida aventura que romperá con los convencionalismos de la época, aún a costa de su buen nombre y el de su familia.

En Busca de la Redención

Manuel es un hombre atormentado por sus fantasmas. En el pasado, viajó al Nuevo Mundo y allí cometió un terrible crimen movido por los celos y por su carácter misógino y carente de honor. Con sus fechorías les ha fallado a su mejor amigo, a la que fue su prometida y, sobre todo, al mejor hombre que ha conocido nunca, su padre.
Su mala vida le lleva a enfrentarse cara a cara con la muerte. Este hecho le demuestra que es imposible que su existencia pueda ser más indigna y resuelve que la mejor manera de saldar las cuentas que tiene pendientes con Dios es poniéndose en manos de la justicia de los hombres.
Cuando comprende que su existencia no tiene sentido y que sus malas acciones de antaño no le hacen merecedor de una segunda oportunidad, aparece un ángel en forma de mujer dispuesta a liberarlo de los demonios que le atormentan y a hacerle creer que todo ser humano, incluido él, merece la redención cuando su arrepentimiento y sus ansias de enmienda son sinceras. Pero solo tiene una manera de conseguir saldar sus viejas cuentas con el Altísimo: renunciar a ese ángel que le ha llenado de esperanza, convirtiendo la separación en su mayor penitencia.

El Sendero de la Venganza

La promesa de un niño ante la tumba de sus padres.
La obsesión de una niña por quien cree el amor de su vida.
El pasado une a Javi y a Angélica de manera trágica y desconocida para ambos: mientras él se siente sujeto a su juramento de

venganza, intensificado por su sentido del honor, ella no está dispuesta a dejar pasar la única oportunidad que le brinda el destino para enamorar al hombre con el que lleva soñando desde que era una cría.

Javier estaba convencido de que nada sería capaz de apartarlo de su propósito. Sin embargo, no contaba con que una hechicera de ojos verdes se le cruzase en el camino y que provocara, con su dulzura y belleza, un terremoto interior al comprobar como la atracción que lo lleva en su dirección está fuertemente en oposición con el objetivo que se ha marcado.
Ambos aprenderán que la venganza es un sendero difícil de transitar y que se mueve en ambas direcciones: al igual que tiene un camino de ida, también lo tiene de vuelta. ¿Quién ganará la batalla en este enfrentamiento de voluntades en el que nadie está dispuesto a transigir, y en el que los dos pierden de todas formas?
Descúbrelo en esta tercera y última parte de la Serie Conquista: El Sendero de la Venganza.

About The Author

Mar Álvarez



Puedes seguirme a través de los siguientes canales:
www.maralvarez.es

Instagram: @maralvarez_escritora
Facebook: Mar Alvarez
TikTok: @maralvarezescritora